



José Luis Caballero

LOS PECES SOLO FLOTAN MUERTOS

rocaeditorial ●

Barcelona, 1972. Un misterioso asesinato en el Club Náutico pondrá en jaque a la policía de la ciudad y a los Servicios Secretos de la Casa del Príncipe Juan Carlos de Borbón.

LOS PECES SOLO FLOTAN MUERTOS

JOSÉ LUIS CABALLERO



© 2020, José Luis Caballero

Primera edición en este formato: enero de 2020

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-18014-16-1

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LOS PECES SOLO FLOTAN MUERTOS

José Luis Caballero

Una mañana de 1972 aparece un cadáver flotando en aguas del Club Náutico de Barcelona. El muerto es Alberto García Rañé, joven hijo de la alta burguesía barcelonesa, tripulante del Blue Spice, uno de los veleros que debe participar en la selección para la Olimpiada de Múnich. La autopsia demuestra que la causa de la muerte ha sido un fuerte golpe en la cabeza y todas las miradas apuntan al Blue Spice, donde se dice que iba embarcado el difunto, pero no todo es lo que parece.

El encargado de la investigación es un inspector de policía, Cristóbal Molina, recién llegado a Barcelona y que proviene de la Marina, donde ha trabajado en los servicios de inteligencia hasta que la malaria contraída en Guinea le ha hecho abandonar la carrera militar. La investigación del crimen de Barcelona la hará la jueza Marta Esteller, una de las primeras juezas en España, casada, con una niña y una brillante carrera judicial, pues es protegida del presidente de la Audiencia Territorial de Barcelona.

La investigación se ve entorpecida por el hecho de que uno de los veleros que debe participar en las pruebas está patroneado por el príncipe Juan Carlos y se quiere evitar cualquier noticia que lo pueda relacionar.

ACERCA DEL AUTOR

José Luis Caballero es licenciado en Ciencias de la Información por la UAB. Trabajó en *Mundo Diario* y después en *El Correo Catalán*, *El Observador*, las revistas *Vivir en Barcelona*, *Algo 2000*, *Playboy*, *Lecturas* y *Pronto*. Colaboró en Punto Radio, Ràdio Sant Feliu, Ràdio Cornellà y Ràdio Sant Boi. En la Facultad de Periodismo se especializó en Servicios Secretos y Relaciones Internacionales, cultivando amistades peligrosas con la OLP y la Libia del coronel Gadafi y con buenas amistades en ciertos organismos de Chile, Colombia, Israel... e incluso de España. Es conferenciante sobre temas de espionaje y literatura. Ha escrito varias novelas, entre ellas *El espía imperfecto*, publicada en este sello editorial en 2009.

ACERCA DE LA OBRA

«Un cabo de la Policía Armada permanecía atento, sin quitar ojo del cadáver, y un grupo de hombres con mono de trabajo, sobre la terraza de un chato edificio cercano, observaba el espectáculo. [...] El cielo estaba encapotado, uno de esos odiosos días en los que la humedad barcelonesa se puede cortar con un cuchillo. Me subí el cuello de la gabardina para protegerme del viento, áspero y desagradable, que hacía oscilar los mástiles de los veleros.»

EN LOS PECES SOLO FLOTAN MUERTOS

1

El cuerpo estaba tendido en el muelle sobre un charco. Junto a él, un agente de paisano hablaba con un muchacho de poco más de veinte años y con un hombre maduro, de aspecto distinguido. Me fijé sobre todo en el chico porque me recordaba a alguien, a mí mismo quizá. Vestía un pantalón de chándal y una camiseta que dejaba al descubierto unos brazos musculosos y bronceados. Mantenía los ojos bajos, como los siervos o como los culpables, y parecía que estuviera haciendo círculos en el suelo con la punta de la zapatilla de deporte. El otro parecía sacado de la portada de una revista, con más dinero en ropa deportiva del que yo ganaba en un mes en la Brigada de Investigación Criminal. Un cabo de la Policía Armada permanecía atento, sin quitar ojo del cadáver, y un grupo de hombres con mono de trabajo, sobre la terraza de un chato edificio cercano, observaba el espectáculo.

El cielo estaba encapotado, uno de esos odiosos días en los que la humedad barcelonesa se puede cortar con un cuchillo. Me subí el cuello de la gabardina para protegerme del viento, áspero y desagradable, que hacía oscilar los mástiles de los veleros. Me tomé un minuto para encender un cigarrillo protegiendo la llama de la cerilla con las manos. Eché un vistazo al otro lado de la dársena: la bandera sobre el edificio de la Capitanía, desplegada por un viento que podría hacer volar sobre las olas a cualquiera de la veintena de veleros atracados en los muelles del Club Náutico. El agente de paisano terminaba su turno de noche y me preguntó si era el inspector encargado del caso. No estaba muy seguro, así que le respondí con un gruñido de asentimiento y me encontré con la mano del hombre elegante estrechando la mía.

—Ignacio Rosell, presidente del Club Náutico.

—Inspector Cristóbal Molina, de la Criminal —dije—. ¿Ha encontrado usted el cadáver?

—No —se adelantó el agente—. Ha sido el marinero de guardia. Vive aquí, en un barco.

Me agaché para ver el cuerpo, no sin echar otro vistazo al veinteañero, que había retrocedido un paso, en silencio, como si quisiera perder protagonismo.

—¿Quién es el muerto? —pregunté al aire, sin mirar a nadie.

—Alberto García Rañé —respondió el agente—, un habitual del Club, y está registrado, marinero de uno de los veleros..., treinta y un años. Lo ha encontrado hace un rato, flotando como un pez...

—Los peces solo flotan muertos —dije.

—El marinero de guardia lo encontró poco después de las siete de la mañana —aclaró Ignacio Rosell.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al chico.

—Ferrán..., Fernando Riera —respondió.

Balbuzeaba, pero no tenía por qué ser determinante. Mucha gente se siente incómoda delante de la Policía, algunos con razón y otros sin ella.

—Les preguntaba qué coño es un marinero de guardia —añadió el agente.

—Se ocupa de ayudar a atracar los barcos y de los suministros —apuntó Rosell—. Su guardia va desde las siete de la mañana hasta las dos...

—¿Él no sabe hablar? —lo interrumpí.

Empezaba a caerme mal el señor Rosell y eso que solo acababa de conocerle, pero lo catalogué enseguida como uno de esos individuos a los que su estatus les hace creerse en posesión de la verdad. Buen corte de pelo, sienes plateadas, piel lustrosa y todo eso.

—Perdón. Por supuesto, lo siento —respondió Rosell con rapidez.

—Lo he visto nada más levantarme. Ahí —murmuró el chico señalando un recodo donde el pantalán se unía al muelle y formaba un remanso de agua estancada, cubierta de detritus flotantes—. Eran poco más de las siete. Lo he sacado con el bichero. Luego he llamado al señor Rosell...

—¿No sabes que los cadáveres no se tocan? —gruñí—. ¿Aún no ha llegado el juez de guardia? —añadí dirigiéndome al agente.

—Su señoría se toma su tiempo —respondió con un cierto toque de desacato.

—Dime algo más, del muerto.

—En su ficha del Club consta como estudiante —me informó el policía leyendo sus notas—. El padre, fallecido. La madre vive, pero está en una residencia o algo así. Soltero, según parece, y sin novia conocida.

El cadáver pertenecía a un hombre joven, de estatura media y muy delgado, de pelo negro y ensortijado. La cara y la parte superior de la cabeza estaban deformadas por un golpe brutal. Tenía un vistoso tatuaje en el hombro, típico de los marineros, y vestía una camiseta ligera, blanca, manchada de sangre. Era difícil precisar más detalles después del remojón. Una ráfaga de viento hizo oscilar los barcos atracados y las jarcias martillearon contra los mástiles. Hacía mucho tiempo que no percibía ese sonido, desde mis paseos por el puerto de Cartagena, pero lo seguía apreciando como algo familiar. El cadáver llevaba unos pantalones también blancos, de lino probablemente, y un solo mocasín, el del pie derecho.

—Pertenece a la tripulación del Blue Sea —informó Rosell sin que nadie le preguntara.

El bichero estaba tirado en el muelle y me fijé en la camiseta del muerto, rasgada en el lado izquierdo, probablemente por donde el marinero lo había enganchado. Lo más destacable era no obstante la cabeza, parcialmente aplastada por el lado derecho, con el ojo casi invisible, tapado por un gran hematoma. Algo contundente y pesado lo había golpeado con fuerza, probablemente fracturando el cráneo y provocando una herida en la frente de al menos quince centímetros, rodeada de sangre y cabellos aplastados.

—¿Tampoco ha llegado el forense? —pregunté.

—Ahí viene —respondió el agente.

—Justo a tiempo, ¿no? —jadeó el recién llegado arrastrando sus probables cien kilos. Se presentó como doctor Sentís y, sin mirar nada más, se inclinó sobre el cadáver con notable agilidad. Llevaba un maletín metalizado y las gafas casi le colgaban de la nariz de un modo que, en otras circunstancias, podía haber sido gracioso—. Vaya vaya. Buen golpe.

—¿Es esa la causa de la muerte? —pregunté.

—Despacio despacio. ¿Es usted el encargado del caso?

—Inspector Molina. De momento, soy el encargado del caso.

—Verá, Molina. Este golpe podría matar a un buey, pero eso no quiere decir que lo haya matado. Habrá que llevarle al depósito y echar un vistazo. Es usted nuevo, ¿no? No le tengo visto.

—Sí, muy nuevo —respondí algo molesto.

Aquella mañana todo el mundo parecía caerme mal, así que me hice la promesa de rectificar y mantener a raya solo a Ignacio Rosell. Estaba seguro de que la causa de mi actitud era que había dormido mal, como siempre, y todavía no había podido recuperar lo que podríamos llamar una respiración normal. La humedad de la maldita ciudad no me lo ponía fácil. Pero de eso y de que fuera mi primer caso de homicidio no tenía la culpa ninguno de los presentes.

—Pues hoy tenemos un día de estrenos. Tengo entendido que el juez de guardia también es nuevo —añadió Sentís bajando la voz.

—¿Lo conocías? —pregunté al marinero de guardia, que permanecía tan callado como el muerto.

—Sí. Sí, señor. Éramos amigos. Era... marinero de...

—Del Blue Sea —completé—. ¿Qué barco es?

—Aquel —señaló Ignacio Rosell.

Uno más de la veintena de veleros. A simple vista no me pareció diferente a los demás. Un velero de competición de un solo mástil, estilizado y ligero, pintado de azul como indicaba su nombre.

—¡Hay que joderse! —exclamó el agente—. Ahí viene... el juez, bueno, sí, el juez...

No entendí su titubeo hasta que me fijé en las dos personas que se acercaban desde la sede del Club: uno era un agente de uniforme, así que el juez debía ser el otro..., por decirlo de alguna manera. Era una mujer, y no tuve tiempo de pensar algo al respecto. Unos diez pasos desde el edificio hasta el borde del muelle donde reposaba el cadáver no daban lo suficiente como para asimilarlo. El cabo de la Policía Armada saludó y se quedó casi en posición de firmes, a la espera de órdenes.

—Bueno. Todo suyo —me dijo el agente del turno de noche—. Yo me voy a dormir.

—De paso, llévate al chico a la Jefatura —le dije—, que me espere allí.

Me quedé mirando cómo la jueza se quitaba los guantes de cabritilla. Me presenté. Ella apenas murmuró un «buenos días» y dedicó toda su atención al cuerpo de la víctima. Era joven, menos de cuarenta años, según le calculé; alta, delgada, morena y con aire distinguido. No pensé en su capacidad como juez, algo que no era cosa mía, solo en que era una mujer muy atractiva que ponía un punto agradable a una mañana nefasta. Llevaba un ligero abrigo de entretiempos y sabía inclinarse de esa manera elegante que evita que la falda suba por encima de las rodillas. Se acuclilló junto al forense y deduje por su expresión que no debía ser la primera vez que veía un cadáver. Nada de aspavientos, ni de arrugar el entrecejo y apretar los labios. Tal vez no era tan novata como podíamos pensar. Yo no tenía la menor idea de que la Judicatura hubiera dado el salto al siglo veinte y admitiera mujeres en sus férreas filas. Me quedé callado, en parte porque no tenía nada que decir y en parte porque esperaba acontecimientos. Fue ella la que rompió el hielo, se irguió y soltó un profesional:

—¿Qué tenemos?

Ni se dignó mirarme mientras le conté lo poco que sabía. Imaginé que estaba haciendo lo

mismo que yo, tomar contacto, lo que no dejaba de ser gracioso.

—Acabo de llegar... —metió baza Sentís. Extendió la mano, que la jueza estrechó sin demasiado calor, y le dijo su nombre y rango, muy disciplinado, añadiendo que estaba encantado de conocerla.

—¿Ah, sí? —dijo ella sin dejar de observar el cadáver.

Empezó a caerme bien el escepticismo de la jueza, tal vez por mi decisión de pagar solo con Rosell mi mala noche. El presidente del Club Náutico volvió a presentarse.

—Perdonen. Marta Esteller, juez instructor —se disculpó ella—. Me pierden las formas. Acabo de tomar posesión del número cuatro.

—Y por lo que sé —añadió Sentís—, es la segunda mujer en obtener una plaza en la Judicatura.

—Sí, creo que soy la segunda. Doctor... ¿Sentís? ¿Causa de la muerte?

—Le decía al inspector que es difícil determinarla a causa de la inmersión. Parece que no hay ninguna otra herida aparte del golpe en la cabeza y... un rasguño del bichero. Con la autopsia podré decirle algo más concreto.

—¿Bichero?, ¿qué es un bichero? —rezongó la jueza con una pizca de mal humor.

—Ese madero con un gancho en la punta. —Lo señaló—. Se usa para sacar cosas del mar. Y puede que también para aplastarle la cabeza a alguien, aunque este parece que está limpio.

La jueza Marta Esteller me miró por primera vez. No supe determinar si la mirada era de atención, de indiferencia o de reproche, pero sus ojos marrones me provocaron la sensación que debe tener un insecto cuando lo miran al microscopio.

—No creo que... —Rosell se calló cuando se percató de que nadie le prestaba atención.

—Ya he visto la ambulancia ahí fuera —dijo la jueza dirigiéndose al forense—. En cuanto lo considere oportuno, puede levantar el cadáver.

—El lunes sin falta tendrá el informe —aseguró Sentís tan diligente como un mayordomo inglés.

La jueza volvió a enfundarse los guantes, a mi juicio con estilo, con mucho estilo, y echó a andar hacia la sede del Club. Caminando a su lado le hice un resumen de sus propias conclusiones iniciales. Que el cadáver flotara en aguas del Club podía significar que había caído desde el muelle o desde alguno de los barcos, incluido aquel en el que trabajaba la víctima, el Blue Sea. Me detuve para señalarle el velero.

—Nunca había visto tanto barco junto —dijo ella.

—Es por la Olimpiada de Múnich —le aclaró Rosell—. Este fin de semana estaban previstas las regatas de entrenamiento.

Había leído algo en la prensa, aunque mi afición por las regatas era tan escasa como la que sentía por las procesiones de Semana Santa. Antes de dejar el muelle di instrucciones al cabo de la Policía Armada para que cerraran el acceso al Blue Sea, al igual que al sector del muelle donde los enfermeros se disponían a llevarse el cadáver.

—¿Es necesario precintar el velero? —se quejó Rosell en voz baja—. Es uno de los mejor preparados...

—Probablemente es el escenario de un crimen —dije con sequedad.

Íbamos a entrar en el edificio principal del Club cuando se abrió la puerta y me llevé la segunda sorpresa del día, o la tercera si contaba el cadáver. Una sorpresa también en forma de

mujer. Si la jueza era atractiva, la recién llegada era espectacular. Traté de disimular y no prestar demasiada atención a unas piernas larguísimas embutidas en un pantalón blanco y ajustado, a la blusa igualmente blanca y semitransparente, a los labios rojos y sugerentes, y a unos brazos desnudos, bronceados y perfectos. La acompañaba un hombre de mediana edad, alto, con profundas entradas y cuidadosamente peinado hacia atrás. Rosell hizo las presentaciones sin saber si dirigirse a mí o la jueza Esteller pero fue el recién llegado quien estableció las prioridades y estrechó la mano de la jueza. La mujer simplemente dejó resbalar sus ojos verdes por el extremo del pantalón.

—¿Y usted es...? —inquirió la jueza en un tono inexpresivo.

—Higinio Mas, para servirla. Soy miembro de la directiva del Club... y armador del velero Fortuna. Mi esposa, Teresa Cunit.

Por un momento dejé de prestar atención a la señora Cunit.

—Si no me equivoco, el patrón del Fortuna es el príncipe Juan Carlos.

—Sí. Su alteza ha tenido la deferencia de patronear mi barco. ¿Navega usted?

—No en veleros —dije.

—¿Conocía usted al difunto? —preguntó la jueza.

Mientras escuchaba la floreada respuesta negativa de Higinio Mas, volví a dedicar mi atención a Teresa Cunit, en parte porque era digna de observación y en parte porque el maquillaje, el peinado, el vestuario, todo parecía absolutamente perfecto, como si acabara de salir de un proceso de restauración. Fumaba con el estilo que solo tienen las damas de la parte alta de la ciudad y parecía no tener demasiado interés en la conversación. Me pregunté qué estaban haciendo allí los dos, el armador del velero Fortuna y su espectacular esposa. Aunque todavía era una hora muy temprana parecía como si la señora de Mas durmiera preparada para cualquier eventualidad. Lo valoré un instante pero tomé la decisión de que no valía la pena compartir aquel detalle con su señoría. Al fin y al cabo, nos acabábamos de conocer. Tras el intercambio de saludos, la jueza Esteller enfiló la salida.

—Si me permite, señoría, ¿se va a encargar usted de la instrucción? —pregunté.

—Parece que sí. Tengo entendido que este es su primer caso en Barcelona —indagó ella a su vez.

—Mi primer caso. Punto.

—También es mi primer puesto en la Judicatura. Espero que eso no sea un problema para ninguno de los dos.

—¿Problema? No, señoría. Estoy acostumbrado a tratar con gente...

—No lo diga —cortó ella con una frialdad que me paró los pies—. Tan novata como yo.

—No iba a decir eso.

—¿Qué hacía usted antes de entrar en la Policía? Y no me diga que estudiar, no tiene edad.

—Soy..., era oficial de la Armada.

—¡Ah!, claro. ¿Dónde estaba destinado?

—Aquí y allá. Ya sabe cómo es eso.

—No, no sé cómo es eso, pero está bien, inspector Molina. Ya nos conoceremos. De momento haga su trabajo y presénteme un acusado.

—¿Aunque sea el armador del Blue Sea? —dije con absoluta incontinencia verbal.

—¿Qué quiere decir? —se envaró la jueza.

Habíamos llegado al aparcamiento y se había parado frente a un pequeño Seat 127 rojo que me pareció poco acorde con su cargo.

—No quería ofenderla, pero no estoy acostumbrado a ver jueces interrogando a gente de alcurnia. Y también pensaba que los magistrados viajaban siempre en coche oficial y con chófer.

—Pues ya ve. Ha fallado en sus dos prejuicios. ¿Algo más, como alguna reticencia porque soy mujer?

—Sobre eso no tengo nada que decir —me apresuré a contestar.

Encendí un cigarrillo mientras veía alejarse el utilitario de Marta Esteller. Mi primer caso en la Brigada de Investigación Criminal de Barcelona y entraba con mal pie. Una jueza novata, un par de testigos de alto nivel y, por si faltaba algo, revoloteando por el Club el príncipe de España, presumiblemente el próximo jefe de Estado.

2

La mañana en que había pisado por primera vez la Jefatura Superior de Policía de Barcelona ya había imaginado que nada de lo relativo a mi nueva vida iba a ser fácil. No hacía ni dos meses que había salido de mi retiro, por llamarlo de alguna manera. Una casa en el campo, lejos de todo, en el centro de una llanura que era como la nada, deferencia de los amigos que se hacen después de años de servicio. Ni siquiera aquella especie de paraíso había conseguido eliminar las pesadillas, pero al menos había tenido la virtud de ayudarme a asimilarlas como parte de mí mismo. La alternativa hubiera sido un centro de salud para enfermedades mentales, un manicomio en lenguaje coloquial, pero alguien había movido influencias y dinero. Ventajas de saber elegir esposa.

El día de mi llegada a la Jefatura Superior de Policía de Barcelona fue uno de esos típicamente invernales. Llovía a mares y el agua se me había colado por las costuras de la gabardina. Tuve que enseñar mi identificación al policía de guardia en la puerta y también al del registro, aunque este tuvo la deferencia de saludarme con un amistoso «bienvenido». No me esperaba ninguna fiesta de acogida, así que cuando recibí un apretón de manos y un gruñido del inspector de guardia pensé que eso iba a ser todo. Después de casi quince años bajo el manto de la Marina de Guerra, acostumbrado a los saludos, las formalidades y la férrea disciplina, el ambiente de la Jefatura de Policía de Barcelona me había parecido de lo más relajado.

Un agente me acompañó por un largo pasillo gris, como su uniforme, y me mostró la sala de la BIC, un paraíso formado por media docena de mesas, archivadores en la pared y un botellón de agua sobre una mesa carcomida. Mi flamante escritorio estaba lleno de papeles y de restos de comida y bebida, con un cenicero lleno de colillas y un sofá al lado cubierto por una manta que olía a mil rayos. A aquella hora la sala estaba vacía, pero el olor del tabaco había arraigado en las paredes y en las pilas de papel y lo impregnaba todo, a pesar de la ventana entreabierta. El patio interior daba la impresión de que estuvo pintado de blanco en tiempos del general Prim. Se oían cacerolas en algún sitio, voces de las que no distinguí nada y algún que otro ruido inidentificable. Cerré la ventana buscando un poco de silencio. Llevaba mal los ruidos de una gran ciudad. Después de unos cuantos años en el interior de África y seis meses en una casa de reposo tal vez no se me podía pedir que soportara el escándalo de un bar en plena efervescencia, de un ama de casa hacendosa o de obreros trabajando en una zanja.

Me senté a la mesa, impracticable, y la despejé un poco. Eché un vistazo a los expedientes dejados allí sin duda por los del turno de noche. No tenía ni idea de si tenía que hacer algo con ellos o solo era una casualidad que los compartiera. Detrás de mí, en la pared, colgaba un crucifijo con la foto del jefe del Estado a un lado pero, curiosamente, en el espacio que debía

ocupar José Antonio Primo de Rivera solo había una huella de humedad.

—La otra noche se cayó y no teníamos repuesto —dijo una voz a mi espalda. Debía rondar los sesenta, con el pelo gris espeso y una pajarita incongruente para la hora y el lugar. Mostraba unos ojos algo tristes y fruncía los labios de un modo curioso alrededor de una pipa apagada—. El cuadro del falangista, me refiero. Soy Florencio Muñoz, inspector de segunda. Tú debes ser el nuevo, ¿no?

—Lo soy. Molina. ¿Hay café por aquí?

—Abajo, en la cantina. Si lo pides te lo suben, pero te llegará frío y a la hora de cenar. Vamos, te invito y te presentaré a la gente.

El bar situado en la planta baja podía pasar por una de las muchas cantinas de oficiales que ya tenía vistas, solo que en esa todo el mundo iba de paisano y no parecían existir las jerarquías. Predominaba el café, alguna copa de Soberano y unas tortitas de siniestro aspecto. Aquella mañana me había puesto mi mejor traje, como si fuera a una boda, pero pronto me di cuenta de que entre aquella concurrencia no era fácil desentonar. Muñoz me presentó a un par de inspectores que más parecían jóvenes estudiantes, con parkas y barba de dos o tres días, Zipi y Zape según Muñoz, y a uno de los del turno de noche, abonado a la oscuridad, como decía él, con aspecto de no haber dormido en varios días y una corbata que recordaba la soga de un ahorcado. El café no era demasiado tóxico y me reconfortó mientras mi anfitrión me iba señalando a los que serían mis compañeros más o menos cercanos.

—Ese es Velasco. —Señaló a un inspector alto, desgarrado y con largos mechones cruzándole la cabeza para disimular la calva—. Estuvo en la División Azul cuando tenía dieciocho años, pero es tan tonto que lo cogieron prisionero nada más llegar. En cuanto te pille por banda te contará su vida, y reza para que no lo haga en ruso. Ese es Bastús. —Señaló a otro con aspecto de artista de cine y con el brazo izquierdo cortado más arriba del codo—. Ahí donde lo ves, es uno de los mejores del cuerpo. Sabe más que nadie del oficio de investigar. Lo que no sé es cómo se las arregla para escribir a máquina. Al jefe de la Brigada ya lo conocerás. Aunque se apellide Franco no tiene nada que ver... —Señaló con la cabeza el retrato del caudillo que presidía la barra—. Cuidado, te dirá que está para servirte pero ni te lo pienses.

—¿Y aquel? —pregunté señalando a uno pequeño y atildado, más parecido a un *latin lover* sacado de algún folletín que a un agente.

—Ese es Iglesias, el madrileño... Denunciaría a su madre por un ascenso. Lo han rebotado de la BPS después de lo de Capitán Arenas.

—¿Capitán Arenas?

—¿No lees los periódicos? —me espetó Muñoz mirándome de reojo—. Una explosión en un piso. Dieciocho muertos. Y mal asunto, ahí viene.

No dije nada y me prometí leer el periódico. El exmiembro de la Brigada Político Social que se dirigía hacia nosotros llevaba el traje más caro de la concurrencia, con los pantalones acampanados a la última moda, camisa de un rosa pálido y corbata exquisitamente anudada. Lucía anillos que parecían de oro, y sus zapatos brillaban tanto que casi obligaban a cerrar los ojos.

—Así que tú eres el nuevo —dijo tendiéndome la mano—. Inspector de primera Jesús Iglesias. Espero que este rojo no te haya hablado mal de mí.

—Para este meapilas el que no es de comunión diaria es un rojo —replicó Muñoz—. Pero no le hagas caso, le gustan más los burdeles que las iglesias.

—¿Os habéis enterado de lo de El Ferrol? —dijo Iglesias.

—Algo.

—Esos comunistas de mierda. Deberíamos liquidarlos a todos. ¿Tú qué opinas? —me preguntó a mí.

—Que no entiendo de mierdas —dije y una carcajada general recorrió la cantina.

La aparición de Franco, el jefe de la Brigada de Investigación Criminal, cortó las risas.

—Antes de encomendarle ningún caso —me apuntó Franco con el dedo—, Muñoz le llevará a dar una vuelta por nuestro terreno favorito, ¿verdad, Muñoz?

—A tus órdenes.

—Habla en otro momento —añadió Franco dirigiéndose a mí, no sé si como una amenaza o como una deferencia.

La calle por la que circulábamos tenía una suave pendiente y estaba tan sucia que costaba trabajo no pisar algo desagradable entre los charcos putrefactos y fangosos. Un olor indefinible parecía subir desde el suelo o tal vez emergía de los numerosos y decrepitos bares. Había mujeres por todas partes que trataban de simular que no hacían lo que hacían, acurrucadas bajo los voladizos y en los portales, intentando protegerse de la lluvia que caía sin interrupción. Los hombres, en menor número, llenaban los bares más que las aceras o se movían con torpeza cerca de las paredes. Mentalmente fui tomando nota de las calles por las que transitábamos, una vieja costumbre, mientras Muñoz iba contando anécdotas del barrio y señalando individuos de mirada esquiva o mujeres con faldas cortas, cigarrillo en la boca y mirada vacía. Cadena, San Rafael, San Olegario, Tapias...

—Ahora lo llaman el Distrito Quinto, pero siempre ha sido el Barrio Chino —dijo mientras hacía un alto para encender la pipa—. Aquí se concentra todo lo que nos interesa: las putas, los chorizos, los macarras, los carteristas y poca cosa más. Han empezado a aparecer algunos atracadores de más altos vuelos, pero no por aquí. Y luego está el tráfico de hachís, cuatro gilipollas que viven de eso. ¿Qué hacías antes de venir aquí?

—Es mi primer destino —respondí.

—Ya. Pero vendrás de algún sitio.

—De la Marina.

—¡Oh! Tranquilo. Yo del Ejército. Lo dejé en el 45 y pedí el ingreso en el cuerpo. Me faltan un par de años para jubilarme. Esto era un destino tranquilo.

—¿Era?

—¡Adiós, don Florencio! —nos saludó una mujer entrada en años y en carnes, pintada como una artista de cabaret y con el pelo tan rojo que parecía que iba a echar humo de un momento a otro.

—Esa es Michelle, la llaman la Francesa y es la *madame* más importante del barrio —me aclaró Muñoz tras devolver el saludo—. Lo sabe todo y lo controla todo. Cuando necesites información acude a ella. Es como la agencia Efe o algo así.

—¿Es francesa de verdad?

—Creo que sí, aunque a lo mejor es porque domina el francés. —Sonrió—. ¿Hablas francés?

—Un poco.

Tampoco era cuestión de contarle que el francés era mi segunda lengua y a veces la primera.

Una necesidad en algunos de los lugares en los que había trabajado, pero aquello no tenía por qué interesarle a Muñoz.

—Se la encuentra siempre en un local donde se reúnen todos los chorizos del barrio a última hora de la tarde. Ahora aún es pronto. Si te pasas por ahí, recuperas alguna cosilla, y de paso te cuentan cosas de lo más variopinto. De vez en cuando nos llevamos alguno a la Jefatura, pasa allí la noche y si se pasa de rosca lo calentamos y a otra cosa.

—¿Y ya está?

—Ya está... o ya estaba. Eran buenos chicos y hasta ahora si se colaban en una tienda de vez en cuando o en algún piso era sin hacer daño a nadie, pero últimamente, no sé, hay gente nueva y más mala leche.

—¿Qué quieres decir? Un chorizo es un chorizo.

—Los tiempos cambian —negó Muñoz—. La gente se vuelve más borde. Incluso los chorizos de siempre. Es como si algo se estuviera acabando. Los buenos rollos, la convivencia. Tú eres un carterista y robas carteras, yo un poli y te detengo. Unos días en chirona y a otra cosa. Pero ahora hay algo...

—Algo, ¿como qué? —pregunté interesado, no supe bien por qué.

—No sé. Algo diferente.

—¿Maldad? —aventuré.

—Tal vez. Eres un tío listo. —Muñoz me miró con algo que parecía admiración—. El otro día unos críos apalearon a una mujer en la plaza Gala Placidia, por nada. No se pudo sacar nada en claro, unos niños bonitos, de barrio rico. Y esas cosas antes no pasaban. Por lo menos aquí. Supongo que lo ha habido siempre, pero parecían esas cosas de pueblo, un poco retorcidas.

—De odios ancestrales..., como si viniera de otro tiempo.

—Oye. ¿De dónde sales tú?

—No me hagas caso. Es que leo mucho.

—Sí..., será eso.

—¿Qué tal es Iglesias? —pregunté tras un silencio algo embarazoso.

—Es un falso. Todos los días a misa y no falta por aquí ni un sábado para echar un polvo gratis. Es de esos falangistas valerosos, un coñazo. ¿Estás casado?

—Más o menos —dije con pocas ganas de hablar de mi matrimonio, que hacía aguas por todas partes, como un viejo barco.

—Entiendo. Y no quieres hablar de eso. Yo también y yo tampoco —dijo Muñoz con una sonrisa sarcástica—. Y si algún día tienes necesidades, recurre a la Francesa. Tiene por ahí un negocio legal donde las chicas son más presentables y limpias, sobre todo limpias. No queremos que cojas unas purgaciones. No serás uno de esos que se tiran todo lo que ven y luego se confiesan...

—Ningún hombre en su sano juicio se confiesa. —Sonreí.

—Eso dice mi mujer. Que todos tenemos algo que ocultar. Y el peor sitio para ocultar nada es un confesionario. Te lo digo yo. Mira. Ahí está la farmacia: Gomas y lavajes —leyó en voz alta el letrero—. Además de curarte todo lo innumerable trapichean con recetas del seguro. Nada importante. La gente tiene que ganarse la vida, ¿no?

Lo entendí, pero me abstuve de preguntar si él también se ganaba la vida. Después de ver contrabando de tabaco en los buques de la Armada, robos descarados en los ranchos de los

soldados y trasiego de mercancías ilegales entre las provincias africanas y la Península, estaba seguro de que también allí habría gente que se ganaba la vida. Comimos algo en un bar donde todo el mundo parecía conocer a don Florencio Muñoz. A pesar de las protestas del dueño, él pagó religiosamente la cuenta, pero yo no podía estar seguro de si lo había hecho por deferencia a mí o por costumbre.

—Hablando de ganarse la vida —dijo señalando al frente con la barbilla—. Mira quién está ahí. Es Paco, el carterista más ilustre del barrio, toda una institución. Ven.

En cuanto vio que nos acercábamos, Paco hubiera querido fundirse, al menos eso es lo que creí ver en su sonrisa desmañada y su inseguridad a la hora de tirar hacia babor o hacia estribor.

—¡Ven aquí, hombre! —dijo Muñoz con una sonrisa de superioridad pasándole el brazo por el hombro.

Paco era un individuo anodino, de esos en los que la gente no se fija cuando pasa por su lado. Vestía un traje vulgar, de un color gris indefinido, y una corbata mal anudada y peor conjuntada. Debía andar por los cincuenta, tal vez más, un tipo nervioso, cualidad fatal para un carterista, pero quizá se debiera a nuestra presencia y ejerciendo su oficio controlara mucho más.

—¿Cómo va el negocio hoy? —preguntó Muñoz sin soltarle del hombro en un apretón amistoso.

—¿El negocio?, don Florencio..., ya sabe, uno va trapicheando...

—Sí, lo sé. Mira, este es mi amigo, lo vas a llamar don Cristóbal, ¿entendido?

—Don Cristóbal, sí. Entendido, mucho gusto. —Paco me tendió la mano y se la estreché.

Había estrechado otras mucho más indignas en mi vida. La mano sí, la mano era propia de un carterista, de dedos finos y largos, suaves como los de una mujer, con las uñas limpias y bien recortadas, sin un callo, y con unos nudillos y articulaciones apenas perceptibles. Ideal para deslizarla en un bolsillo descuidado o un bolso demasiado abierto.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Muñoz sin soltarlo.

Por un momento pensé en lo peor, pero al menos en eso estaba equivocado y lo único que estaba buscando era información.

—Nada nuevo..., don Florencio. Bueno, eso, que en San Agustín se juntan, ya sabe, los lunes por la noche, en el altillo...

—Eso solo le interesa a Iglesias, lo sabes, ¿no?

—Yo con el inspector Iglesias no quiero saber nada, don Florencio —se rebeló Paco—. Usted sabe que con usted todo lo que sea, pero con ese...

—Vale. No digas nada de lo que te arrepientas. ¿Lo ves? —me dijo Muñoz cuando dejó marchar a Paco y continuamos su paseo—. Iglesias tiene la mala costumbre de mezclar las cosas. Estaba en la BPS y quiere volver. Pero le ha salpicado lo de Capitán Arenas. Lo de las reuniones clandestinas en los Agustinos todo el mundo lo sabe, se lo chivan desde el confesionario. Ahí sí tienes tus fuentes de información.

—¿En el confesionario?

—Claro. No me seas ingenuo, ¿te crees lo del secreto de confesión? Anda, vámonos, que parece que arrecia —añadió mirando al cielo lluvioso.

—¿Y qué pasa en los Agustinos?

—Comunistas. Reuniones de tíos de su sindicato. Ya sabes, subversivos, pero tenemos gente allí por si hay algo interesante. Están carcomidos de chivatos.

En el camino de regreso hacia la Jefatura, Muñoz me acabó de contar algunas peculiaridades, como que al terminar el turno a las ocho tenían que tener listo el papeleo si había algo de lo que informar. Desembocamos en la plaza Real, atiborrada de una variopinta concurrencia de *hippies*, ociosos y parroquianos en las terrazas. Me fijé en la entrada de un local acristalado con un gran letrero y una iluminación discreta, casi escondido en una esquina.

—¿Qué es eso?

—¡Ah!, el local del que te he hablado. El Club de Jazz —dijo Muñoz—. ¿Te gusta el jazz?

—No especialmente.

Nos acercamos hasta la puerta y contemplé las fotografías del interior del local y de los músicos. Una especie de cueva con individuos trajeados tocando instrumentos diversos. No dije nada por si mi compañero se ofendía.

—Lo llamamos el Club de Jazz, claro —me insistió Muñoz—, aquí venía lo mejor de lo mejor, pero cerró hace un par de años. Ahora suelen venir los polis libres de servicio, Michelle y lo peor del barrio, todo sea dicho. Es como un terreno neutral, zona de tregua. Yo prefiero la ópera y hay otras cosas más interesantes en la plaza. —Muñoz señaló a algunos individuos de peligrosas cataduras y mujeres obviamente en horas de trabajo—. Como te iba diciendo, de horas extras nada. O sea que cuando hay que estar, estás. Y a nadie se le ocurre reclamar nada. Por la mañana se hace la vista gorda con los horarios y la entrada de servicio. ¿Qué hacías exactamente en la Marina? —preguntó.

—¿Exactamente? —devolví la pregunta.

Nos detuvimos junto al ventanal de un bar, en una callejuela oscura, moteada por una ligera lluvia y sin apenas transeúntes. No me apetecían las confidencias nada más incorporarme, aunque lo de menos es que fuera el primer día, tampoco me apetecerían el segundo.

—Yo hice la guerra como alférez, luego me reenganché como sargento y me destinaron a Melilla. Un encanto de ciudad. Lo dejé y..., bueno, antes de pedir el ingreso en el cuerpo estuve en un convento...

La última frase de Muñoz quedó en el aire y no supe si me estaba tomando el pelo. Señaló la iglesia que había a la derecha, una gran mole de color gris, con expresión tan seria que no tuve más remedio que preguntárselo:

—¿Es en serio?

—Como lo oyes. No llegué a profesar, hubiera sido demasiado. Viví como novicio durante casi tres años, pero lo dejé también. Se come mal y lo de las mujeres está mal visto, les van más los hermanos.

—No me extraña. —Sonreí.

—¿Y tú?

—He servido en la infantería de Marina.

—¡Ah! Vaya. No sé si felicitarte... ¿Y dónde, si puede saberse?

—Aquí y allá..., en Cartagena, en el Sáhara..., en Guinea...

No creí que ocultárselo fuera una buena idea, pero tampoco tenía que dar explicaciones. La lluvia parecía que iba a durar toda la vida. Todavía dimos otra vuelta por el barrio y pude comprobar un par de cosas: que Muñoz era un tío discreto y sabía respetar los silencios. En los bares pugnaban por invitarnos a una copa y algunos individuos hacían mutis por el foro en cuanto nos veían.

El reloj marcaba las seis de la tarde cuando llegamos a una calle estrecha y corta. Idéntica a las otras callejuelas que habíamos recorrido. Muñoz me hizo un gesto para que lo esperara en la acera y entró en un viejo edificio oscuro. Comprobé que era hombre de pocas palabras, algo que yo agradecía. Mientras me fumaba un cigarrillo acomodado en el portal, como un poli cualquiera, traté de situarme, pero aquella calle empedrada me pareció una más de cualquier barrio antiguo. No había ningún letrero a la vista, así que me quedé con la referencia que me había dado Muñoz: «Un par de manzanas por debajo de la Jefatura».

Ya empezaba a oscurecer y los escasos transeúntes pasaban deprisa, sin mirar a ningún lado, como si temieran a algo agazapado en los portales o tras las ventanas. Tuve la extraña sensación de encontrarme solo, como si el mundo hubiera desaparecido, una sensación que ya conocía de otro tiempo y otro lugar. Frente a mí, al otro lado de la calle, había una especie de mercería con un escaparate lleno de colorido, con cintas, hilos y mil modelos de botones y broches. En Santa Isabel las mujeres fang suelen llevar hasta diez o doce collares de cuentas de colores, a modo de única prenda sobre el pecho. Algunas son bellísimas, pero la dura vida que les ha correspondido las hace brillar muy poco tiempo.

Ya hacía un rato que había apagado el cigarrillo cuando Muñoz apareció en lo alto de la escalera con un pequeño paquete en la mano. No era más grande que un libro, envuelto en papel de estaño y aparentemente ligero.

—Tabaco para pipa —dijo—. Me lo traen de Holanda. No lo voy diciendo por ahí porque es contrabando, claro. Aquí no me lo podría comprar.

—He visto cosas peores —le dije.

—¿Ah, sí? Algún día me contarás alguna. —Muñoz no pareció esperar una respuesta.

Se metió el paquete de tabaco en el bolsillo del abrigo, demasiado pequeño para contenerlo, y me recitó otra retahíla de peculiaridades del barrio. Caminamos hacia la Jefatura mientras yo permanecía atento a mi nuevo entorno y trataba de no imaginar cuáles serían todas aquellas cosas peores.

3

La pesadilla se me presenta con frecuencia, siempre la misma. Es una selva. Indefinida, pero muy familiar. Voy corriendo con la seguridad de que alguien me persigue, aunque no puedo verlo. Al principio lo achaqué a mi dificultad para respirar por el asma, pero desde que he conseguido reducirlos me he dado cuenta de que la frecuencia de ese sueño se mantiene, mientras que los ataques se van espaciando.

—El asma bronquial es una enfermedad atípica —me dijo la psicóloga especialista del Ejército—. En muchos casos es una enfermedad genética y latente, que se presenta cuando algo la hace salir a la superficie.

Apenas habían pasado unas semanas desde que me habían sacado de Guinea con un ataque de asma y algo parecido a un trauma psicológico, aunque siempre creí que más bien había sido una excusa para quitarme de en medio. Y allí estaba, en un bucólico encierro, ante una psicóloga que debía doblarme la edad con la orden expresa de responder a sus preguntas, seguir sus consejos y, en definitiva, comportarme como un buen paciente.

—¿Cuándo se le presentó el primer ataque?

—Hace unos meses. ¿Conoce Guinea? Regresaba de Río Muni, en la provincia de Kié-Ntem, cerca de la frontera del Camerún. Fue por la noche...

—Sé que no puede hablar de su misión. Y tampoco me parece relevante.

Ella, la psicóloga, me fue asignada nada más llegar a mi encierro en Guadalajara. Me dijo que no eran importantes los detalles, pero sí lo son. Le conté que sufrí el primer ataque de asma durante una serie de contactos con la oposición guineana, y aunque remitió a las pocas horas, se repitió con una frecuencia cada vez mayor. Al parecer, según me explicaron entonces los médicos, fue una reacción a la quinina suministrada para prevenir el paludismo. Peor el remedio que la enfermedad, como diría una de las monjas enfermeras.

—Cuénteme algo más sobre el sueño.

—Yo diría que no es un sueño de esos típicos en los que alguien te persigue. No, no es así. Corro por la selva, sorteo ramas caídas, raíces y grandes hojas de plátano. Voy calzado con buenas botas, armado, y sé lo que voy a encontrar, no siento miedo ni nada parecido.

—Pero luego cambia, ¿no?

El despacho donde se iniciaron nuestras conversaciones tenía ciertas comodidades, pero nada de diván ni de luz indirecta. La psicóloga tenía colgados varios cuadros, todo ellos bucólicos, de campos con hierba, ovejas y todo eso. Era una especialista en eso que llaman los americanos «estrés postraumático» y trabajaba habitualmente con policías y guardia civiles destacados en el País Vasco. Sus ojos me parecieron vivos y expresivos. Daba confianza, desde luego, sobre todo a

una persona desconfiada como yo.

—Sí, así es al principio —le conté haciendo un esfuerzo—, luego el verde de la selva se desvanece y todo se vuelve oscuro. En ese momento aparece la figura de un negro con la cara cubierta de tatuajes y dos rayas oblicuas, blancas, que la cruzan desde la frente hasta el mentón. Tiene unos ojos invisibles de puro negro que destilan crueldad. Sonríe y me enseña el interior de una casa con un montón de cadáveres descuartizados. Es entonces cuando me miro las manos y las veo chorreando sangre...

—¿Qué pasa después?

—Me despierto acojonado, bañado en sudor y con un ataque.

No se lo dije, pero nadie sabe lo que es el miedo si no ha pasado por eso. No entiendo nada de los rezos del hombre negro, pero por alguna razón sé que habla yoruba, el idioma de los nigerianos que trabajan en las plantaciones. Y que reclama mi alma.

Fernando Riera estaba sentado en un duro banco de madera en el pasillo del primer piso de la Jefatura y tenía el mismo aspecto que si hubiera pasado la noche allí. La barba, incipiente, le ensuciaba la cara. Le hice un gesto con la cabeza y el joven se puso en pie de un salto. Recorrimos el pasillo, yo delante, ojeando mis notas, y el joven marinero, obediente, detrás de mí. La sala olía tan mal como siempre, aunque no había restos sobre mi mesa, lo que podría indicar que los inspectores de guardia habían cenado fuera.

El despacho del jefe de la Brigada, Franco, era un chiringuito situado en la esquina del fondo, separado del resto por mamparas acristaladas. Era un espacio sobrio con su escritorio, una mesa redonda para reuniones con escasa concurrencia y algunas sillas, cada una de su padre y de su madre. Y desde luego, las eternas fotografías del jefe del Estado y del fundador de la Falange a ambos lados del crucifijo. Con él estaban Muñoz e Iglesias, y cuando me vieron llegar, Muñoz se asomó a la puerta y me anunció:

—En diez minutos.

Con poca capacidad de expresión y un pobre vocabulario, el muchacho me fue desgranando cómo había entrado de guardia poco después de las siete de la mañana y mientras hacía unas flexiones sobre el muelle, como todos los días, había visto el cuerpo flotando.

—¿Qué hiciste entonces?

—Ya se lo conté al policía en el Club...

—Cuéntamelo otra vez.

—Cogí el bichero y lo enganché para sacarlo.

—¿No se te ocurrió que eso no se hace?

—No..., no sé. Lo vi y lo saqué... del agua... y estaba muerto.

—¿Qué más?

El chico movía las manos y gesticulaba mientras repetía cómo había corrido hasta el teléfono de la oficina, y que allí no había nadie que pudiera confirmarlo. Estaba asustado, era evidente. Había llamado a Ignacio Rosell y este le había ordenado que avisara a la Policía. Fernando Riera no me miraba a los ojos mientras hablaba, pero eso suele suceder a menudo. Tal vez tenía que ver con lo que estaba diciendo, o podía ser que no. Podía tener cosas que ocultar o solo era que la situación lo superaba. Había visto casos en que la simple timidez o la costumbre de tratar con gente de alcurnia hacían bajar la mirada. Al fin y al cabo, Fernando Riera solo era un trabajador a

sueldo, el marinero de guardia. Pero la experiencia también me decía que podía estar mintiendo, recitando una lección aprendida.

Mientras hablábamos fueron llegando el resto de miembros de la Brigada.

—Aquí dice que tu dirección..., tu domicilio es el Club Náutico. Explícame eso.

—Vivo en un barco. El Club me deja vivir en él.

—¿Un barco?

—Sí, señor. Un nueve metros. Muy viejo, pero todavía navega.

—¿Qué relación tenías con el difunto?

—¿Relación? Nada, bueno igual que con otros miembros del Club. Era amable conmigo.

—¿Y eso es todo?

—Sí, sí, señor —balbució desconcertado—, eso es todo.

—Entonces. Vives allí en el Club, en un barco. Te levantas por la mañana y, ¡oh!, ves un muerto flotando.

—Bueno..., sí, eso es lo que pasó...

—¡Me estás tomando el pelo! —le dije endureciendo la voz.

—No, no, señor —me respondió Fernando asustado.

Se echó hacia atrás en la silla hasta casi tocar la pared con la cabeza. Le temblaba el labio inferior y unas gotitas de sudor le brotaron en la frente. Estaba mintiendo. Lo miré fijamente, tratando de romper sus nervios. La opción era seguir con aquella charla informal o meterlo en una sala de interrogatorios. Decidí continuar por el buen camino.

—¿Cuándo viste a Alberto García Rañé por última vez, vivo?

—El viernes por la mañana.

—¿Dónde?

—En el Club. Todo el mundo estaba trabajando en los barcos.

—Él también.

—Sí. Él también.

—Embarcado en el Blue Sea.

—Sí, sí, señor.

—¿Dónde estabas la noche del viernes?

—¿Yo? En el barco. Me recogí pronto.

—¿Solo?

Fernando Riera empezó a temblar, casi imperceptiblemente, y trató de sonreír, aunque solo lo consiguió en parte. La típica actitud de la persona que miente. La respuesta fue afirmativa, pero era lo que tenía que responder, tanto si era verdad como si no.

—Vamos. No se lo voy a contar a nadie. ¿Con quién estabas?, ¿una chica? —Fernando negó con la cabeza—. ¿Quién es esa chica?

—No..., nadie. Estaba solo. Se lo puedo jurar.

—No me jodas, Fernando. Es tu coartada. ¿Quieres que te meta en una sala de interrogatorios y te saque la información a hostias?

—No... no. Estaba solo. No puede haber nadie en el Club por la noche.

—Espero que no me engañes o lo pasarás mal...

El jefe de la BIC salió en ese momento del despacho y me hizo un gesto con la cabeza.

—Bien, Fernando. Por el momento te puedes ir, pero no te muevas de Barcelona por si te necesito, ¿de acuerdo?

Franco se acercó a la gran pizarra que presidía la sala de detectives y empezó a escribir con tiza el nombre del fallecido, el lugar donde apareció el cadáver, la fecha y la hora. Tenía una letra irregular y deslavazada, y cometió una falta de ortografía, en el acento de «Náutico». El resto de los policías de la Brigada se fueron colocando enfrente para escuchar al jefe. Franco fue muy seco en la explicación, aunque se extendió algo más en hacernos notar la importancia del caso, dada la presencia del príncipe Juan Carlos de Borbón en los aledaños. Al final de la perorata se dirigió a mí.

—Molina os explicará qué ha averiguado hasta ahora.

En pocas palabras les conté lo poco que sabía, incluida la charla con el marinero de guardia.

—¿Es sospechoso? —preguntó Iglesias, que lucía como un pincel desde primera hora de la mañana.

—Más que sospechoso, parece un tonto del culo, pero es una posibilidad —respondí—. No hay ninguna evidencia de que haya sido él. Veremos qué dice el informe del forense.

—Desde arriba —Franco levantó un dedo hacia el techo— me han urgido a que cerremos el caso cuanto antes. No hay que olvidar que no debemos interferir en las pruebas para la Olimpiada de Múnich.

—Ese... marinero de guardia —insistió Iglesias—. ¿No hay peligro de que sea culpable y se pire?

—No irá a ninguna parte —dije—. Es un don nadie.

—Bien. Escuchadme —exigió Franco—. Quiero que investiguéis el entorno: amigos, fancias, familia. Todo lo que haya alrededor del muerto. Con discreción. Si hay que hablar con los directivos del Club, hacedlo con tacto. Son personas muy bien relacionadas. El señor Ignacio Rosell, presidente del Club, pertenece al círculo naval del conde de Barcelona. Eso sin contar con que el Comité Olímpico Internacional está pendiente de las pruebas náuticas. Nada de traerlo a la Jefatura. Ni a él ni a nadie de su importancia. ¿Está claro? Ya he dado instrucciones a Muñoz para distribuir las tareas. De acuerdo, ¡a la calle! Molina, usted no, un momento. —Me tomó por el codo y me llevó hasta una esquina—. Tengo entendido que le han encomendado la instrucción a una mujer, la primera juez en Barcelona. Una cosa curiosa. Los tiempos cambian. ¿Le ha dado instrucciones su señoría?

—Solo que investigue a la gente más cercana.

—Espero mucho de usted, Molina. Su hoja de servicios en la Armada es impecable, aunque he de decirle que hay muchas lagunas. No sé si estará usted autorizado a hablar de sus actividades en Guinea Española.

—Ya no es española, señor. Y no, no estoy autorizado, aunque tampoco hice gran cosa. Lo del secreto es simplemente una cuestión burocrática.

—Ya, entiendo. Lo que sí parece es que se dio usted de baja en el servicio por enfermedad...

—También hay mucho de papeleo en ello. Unos ataques de asma a causa de unas vacunas. Me impiden trabajar en un clima como aquel.

—Ya. Aquí es diferente. Aunque es una ciudad húmeda. Se lo digo yo, que soy de seco y lo llevo muy mal. Bien, pues eso es todo. Confíe en Muñoz. Es el mejor y tiene una gran experiencia.

Salí al pasillo con la sensación que todo el mundo me iba a mirar con lupa en mi primer caso.

Y si algo me molesta es ser objeto de atención. Muñoz tuvo el buen sentido de no decir ni pío. Me esperaba encendiendo la pipa y con un aire socarrón:

—Te toca ir a la fiamblera. Habla con Sentís. Es bueno, pero un listillo. A ver qué sacas en claro.

4

Era noche cerrada cuando el C112 Aviocar tomó tierra en el sector reservado del aeropuerto de Barcelona. El aparato, con insignias del Ejército del Aire, se detuvo a escasos metros de la entrada del pequeño hangar y desplegó la escalerilla justo en el momento en que del cobertizo salían dos hombres: uno con uniforme de aviación y otro enfundado en una gabardina para protegerse de la ligera lluvia, con un portafolios en la mano. Los dos se acercaron a la escalerilla para recibir el personaje que descendió por ella. El soldado lo saludó con rigidez mientras el de la gabardina le estrechaba la mano.

—Comandante. ¿Ha tenido buen vuelo?

—Excelente, gracias.

Con paso rápido, los tres se dirigieron a la parte de atrás del hangar, donde esperaba un Audi negro con los cristales tintados y el conductor sentado ya al volante. El recién llegado y el hombre de la gabardina subieron al vehículo, que arrancó inmediatamente en dirección a la salida del aeropuerto.

—Le he reservado habitación en el Majestic. Si le parece...

—Luego. Primero vamos a ver a Nogués.

El hombre de la gabardina dio instrucciones al chófer y sacó del portafolio un expediente marrón que pasó a su acompañante.

—Ahí está todo lo investigado hasta ahora y un informe de los hechos que nos ha facilitado Higinio Mas.

—¿Lo ha comprobado?

—Con dos testigos.

—¿Este es el individuo? —Señaló el comandante en el expediente.

—El mismo. Ya hemos puesto manos a la obra.

El comandante asintió mientras ojeaba los informes y el Audi se incorporaba a la carretera que lo llevaría a Barcelona.

5

Me despertó una opresión en el pecho que me hizo incorporarme en la cama buscando aire desesperadamente. Los bronquios me sonaban como una vieja cafetera y el ahogo fue tan intenso que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para recuperar el aliento. De la mesilla de noche tomé el inhalador de salbutamol y lo aspiré con fuerza mientras cerraba los ojos y me dejaba caer sobre la almohada. Poco a poco fui recuperando el aliento y mentalmente elevé a los cielos al colega de la Royal Navy que me había proporcionado el inhalador milagroso. El sudor me chorreaba por la cara y tuve que relajarme unos minutos para poder levantarme y meterme en el cuarto de baño.

—Tienes un aspecto horrible —le dije a la imagen del espejo.

El agua tenía un sabor a cloro que impregnaba incluso el café, aunque también podía ser que la culpa la tuviera la cafetera, demasiado grande, que me obligaba a tener el café en ella hasta tres días. El domingo se me había pasado como un soplo, con una entrecortada charla por teléfono con mi mujer, una comida solitaria y un episodio de *Colombo* en la tele. Y eso había sido todo.

Después del primer café del lunes me afeité, me pasé el peine por el pelo ligeramente humedecido y me convencí de que mi aspecto mejoraba un poco, aunque seguía teniendo el mismo semblante cansado, con los ojos ardiendo con una especie de picor, como si los tuviera llenos de arena. «Tal vez necesite gafas», pensé, aunque había leído alguna vez que la agudeza visual no es ni buena ni mala, todo depende de para qué la necesites. No era relevante en la selva, allí era más necesaria la sensibilidad a los colores y al movimiento. En el fondo de uno de esos bosques de Guinea precisabas tener alerta los cinco sentidos. En el idioma fang, los matices del verde tienen hasta catorce nombres diferentes, tantos como la maldad entre los hombres de cualquier color.

El depósito de cadáveres todavía estaba cerrado, así que hice tiempo en un bar cercano hasta que el reloj marcó las ocho de la mañana. Los periódicos ya informaban del cadáver hallado en el Club Náutico en la mañana del sábado, pero sabían mucho menos que la Policía, salvo en los detalles relativos a la regata de entrenamiento. El velero *Fortuna*, patroneado por el príncipe Juan Carlos de Borbón, era el que representaría a España en los Juegos Olímpicos de Múnich. Un velero de la clase Dragón con «muchas posibilidades» de obtener una medalla, según el reportero, claro.

Todavía respiraba con cierta dificultad cuando entré en el despacho del forense, algo que el médico notó de inmediato, lo que no me llenó de felicidad dada la especialidad de Sentís.

—¿Asma? Venga conmigo. Tenemos muchos datos interesantes.

La sala de disecciones estaba tan fría como era de esperar. Una de las dos mesas metálicas

estaba vacía y en la otra había un cuerpo tapado con una sábana que Sentís retiró de un tirón. El cadáver de García Rañé había tomado un color entre cetrino y grisáceo, aunque también podía ser obra y gracia de la iluminación tan precaria de la morgue. Tenía la boca entreabierta. Le habían limpiado la herida, pero se podía apreciar con claridad el hematoma, el hundimiento horizontal del cráneo en la frente y la pérdida parcial del ojo izquierdo.

—Primer detalle —empezó Sentís mientras se colocaba los guantes—: la herida no puede ser obra del bichero. Es un golpe con un objeto mucho más grueso y sin superficies punzantes. Nada de garfios de hierro.

—¿Madera? —pregunté pensando en el otro extremo del bichero o en un mazo.

—Puede, aunque no he encontrado evidencias, pero sí rastro de pintura. Lo que sea que le golpeó estaba pintado.

—¿Qué clase de pintura?

—La ciencia no da para tanto. Pintura marrón, vulgar.

—Eso no descartaría un mazo, ¿no?

—Yo diría que no. Tráigame algo para comparar y le diré si es el arma, aunque no pierda de vista que no hablamos del arma homicida.

—¿Qué quiere decir?

—Que no lo mató el golpe. Se ahogó. —Sentís frunció los labios y eso me desconcertó.

Los caminos de un homicidio son inescrutables.

—Es decir, que el arma homicida es el puerto —dije en un ataque de cinismo.

—Yo no diría eso. ¿Sabe lo que contiene el agua del puerto?

—¿Porquéría? —pregunté cada vez más mosqueado con el superforense.

—Sí, señor. Fango, grasas diversas, aceites, desechos..., y los pulmones del señor García Rañé no contienen nada de eso. Solo agua de mar.

—Lo que quiere decir...

—... que se ahogó fuera del puerto —terminó la frase Sentís.

—¿Y cómo llega un ahogado en mar abierto hasta el muelle del Club?, ¿nadando?

—No lo sé, inspector. Eso se lo dejo a usted.

—O sea que tengo que buscar en el mar algo parecido a un mazo que puede que no sea un mazo. A Franco le va a encantar.

—Sí, supongo. Hablando de autoridades, ¿qué tal la juez Esteller?

—¿Qué pasa con la juez Esteller?

—Me permites que te tutee. Creo que somos de la misma quinta. Pues que es muy atractiva. Una belleza, diría yo. Con mucho estilo, pero la verdad, prefiero a Teresa Cunit, eso sí es una zorra de categoría —soltó Sentís.

—Muy fina la observación. ¿Conoces a su marido?

—¿A Mas? He oído hablar de él. Uno de esos señoritos con mucha pasta. Pero ya sabes que yo me relaciono con otro tipo de gente. —Señaló al cadáver.

—¿Qué más me puedes decir de este?

—Los análisis de sangre han dado un elevado índice de alcohol. Y los ingredientes de la última cena, si me permites la expresión. La muerte la puedo situar entre las once de la noche y las tres de la mañana. Ten en cuenta que ha estado en remojo y eso lo altera todo.

—¿Has encontrado señales de lucha, golpes?

—La herida del bichero y alguna erosión achacable al roce con el muelle. Nada más. No hubo lucha. Y no hay modo de determinar si el golpe de la cabeza lo recibió antes o después de caer al agua. Pudieron golpearlo primero y dejar que se ahogara, o tirarlo al agua y sacudirle cuando intentó subir.

Encontré a Bastús haciendo equilibrios sobre la cubierta del Blue Sea. El mar estaba agitado, incluso dentro del puerto, y el ruido de las jarcias contra el metal de los mástiles era ensordecedor. Con él había varios agentes de la Científica escudriñando el velero palmo a palmo. Bastús me saludó con su única mano y me señaló con la barbilla el extremo del pantalán. Allí estaba el viejo barco que servía de casa a Fernando Riera. El muchacho estaba arreglando la vela y fingió que no me veía hasta que llegué junto a él.

—Esa vela debería jubilarse —le dije señalándola.

—¡Ah! Hola, inspector. Todo el barco está jubilado. De todos modos, ya no importa.

—¿No importa?

—Me tengo que ir. El Club me ha dado hasta fin de mes para dejarlo.

—Un mal asunto, ¿no?

—Me iré a vivir en un piso compartido, en tierra.

—¿Tienes algo para beber?

—Algo habrá —dijo.

Salté al velero y entré en la estrecha cabina. La única litera estaba recogida. En la pared de proa había un póster de Miguel Ríos y sobre la pequeña mesa todavía quedaban restos de desayuno. El chico abrió una neverita y sacó dos cervezas.

—¿Entiende de barcos? —preguntó.

—Algo. ¿Sales a navegar con él?

—Alguna vez, pero es lento y difícil de manejar. No tiene nada automatizado y harían falta dos personas por lo menos.

—¿Y con quién sales cuando sales?

—Lo hago solo. Es difícil, pero no imposible. Soy bueno.

—¿Cómo te metiste en esto?

—Mi padre era pescador. De ahí al lado, de la Barceloneta. Viví en el mar desde pequeño y un día me presentó a un capataz del Club, un amigo de la mili. Hice una prueba y me contrataron. ¿Usted ha navegado?

—He navegado. ¿Y lo de vivir aquí?

—Se está bien. No gano como para pagarme un alquiler.

Bebimos en silencio. Me seguía dando la sensación de que Riera ocultaba algo, pero no acertaba a adivinar qué. Y él no parecía dispuesto a sincerarse aunque hiciera el esfuerzo de simular naturalidad. Entre los papeles de su expediente en el Club Náutico solo había un certificado de haber aprobado el bachillerato superior con unas notas mediocres y otro de buena conducta expedido por el párroco de la Barceloneta. Le pregunté, por simple curiosidad, dónde había hecho la mili.

—El campamento en San Clemente. Luego me mandaron a Puigcerdà.

—¿Cómo no fuiste a la Marina?

—Fui a donde me mandaron.

—Dime una cosa. ¿Qué opinión tenías de Alberto?

—Era un buen tipo... —Vi que dudaba—. Tenía muchos amigos..., y luego estaba lo de su padre. Había sido un jefe de la Armada, miembro del Club, y estaba muy bien considerado.

—¿Quién crees que pudo matarlo? —Sentí que daba un respingo.

—No lo sé. No se me ocurre nadie. ¿Usted cree que he sido yo?

—Lo mío no es creer nada. Solo busco pruebas. —Me puse en pie—. Ya sabes, si tienes algo que decir, llámame. Es posible que recuerdes algo que me ayude.

Volví al pantalán y encendí un cigarrillo mientras echaba un vistazo a mi alrededor. Al muelle de la Madera, al edificio de Obras del Puerto y, más lejos, al muelle de Poniente. Me fijé entonces en algo en lo que no había reparado.

—¿Qué es aquella caseta? —pregunté señalándola.

—Es la del guarda de la Estación de Mercancías —dijo Fernando.

De paso hacia la salida me acerqué al Blue Sea, donde ya solo quedaba Bastús charlando con un hombre en traje de faena. Me hizo un gesto negativo con la cabeza. Mal asunto. Me puse al volante del coche y di unas cuantas vueltas antes de dar con el acceso a la Estación de Mercancías. En la garita que había avistado desde el Club no había nadie, y un poco más lejos, en el tinglado, algunos estibadores movían cajas y contenedores.

—Sí, suele haber un vigilante —respondió uno de ellos cuando le pregunté—. Le informarán mejor en la oficina.

El tipo de la oficina llevaba la insignia de la Guardia Civil en la solapa de la chaqueta, aunque por la edad debía estar ya en dique seco. Respondió con un gruñido cuando le pregunté por la vigilancia en la garita. Después de mirar la placa por el derecho y por el revés, se dignó contestarme:

—Hay un vigilante de noche. O mejor dicho, había, porque se ha despedido.

—¿Cuándo se ha despedido?

—Esta mañana. He pedido la cuenta y se ha largado.

—¿Tiene nombre?

El tipo se acercó cojeando a un archivador verde, como su lejano uniforme, lo abrió y se puso a rebuscar en el interior.

—¡Coño! —exclamó—. No está la ficha.

—¿No recuerda el nombre?

—Eso sí. Tengo buena memoria. Sala. Ernesto Sala, veintitrés años, de Lérida. Acababa de aprobar el ingreso como vigilante.

—¿Y deja el trabajo nada más aprobar?

—Ya sabe cómo son los jóvenes.

—¿Por qué lo ha dejado?

—No lo sé. Yo solo llevo el almacén y poca cosa más...

—¿También distribuye las guardias?

—También.

—¿Estaba de guardia Ernesto la noche del 18, el viernes pasado?

—Seguramente. Tenía adjudicado el turno de noche. ¿Por qué lo quiere saber?

—No se acordará de su dirección...

—No. Lo siento. No siempre llevamos bien los ficheros. No sé dónde puñetas ha ido a parar esa ficha.

Salí del puerto con la sensación de que aquello se complicaba y sentí una opresión en el pecho, anuncio de un nuevo ataque de asma. Era muy tarde, aun así busqué una cabina y llamé a la Jefatura. Muñoz ya se había marchado pero había dejado un recado para mí: «Mañana a las nueve en la Audiencia. Te espera su señoría».

El ataque me sobrevino cuando estaba llegando a casa. Tuve que detener el coche sobre una acera y echar mano del salbutamol. Eché hacia atrás el asiento y cerré los ojos tratando de recuperar el aliento. El problema era que, para mí, cerrar los ojos suponía revivir la pesadilla.

6

Era una aldea sin nombre, un punto en el mapa envuelto por la nada. Situada en el centro de una hondonada, rodeada de fango y charcas ruidosas, de tal modo que la empalizada la protegía más del agua que de los enemigos. A primera hora de la mañana, los hombres ya habían salido a cazar y las mujeres se ocupaban de moler y ordeñar.

A medio kilómetro se levantaban las casuchas para los trabajadores de la plantación y hacia allí nos dirigimos el trío formado por un guía bubi, un ibo nigeriano y yo. Llegamos a las barracas de caña, y mientras el guía se quedaba oculto entre el follaje, me adelanté con el ibo detrás de mí y me encaramé sobre el conglomerado de rocas que coronaba la elevación. Apenas a unos metros el terraplén cesaba abruptamente, como si se estrellara contra la barrera de árboles recubiertos de lianas. Me volví para indicar al guía que vigilara el camino a la aldea y al volver la mirada al frente me encontré a dos palmas de los ojos malévolos de un gigante negro como la noche, con el rostro pintado con rayas blancas y rojas. Estuve tentado de sacar el revólver de la funda, pero estaba seguro de que mi arma no habría asustado al hechicero. Sobre su cabeza, las plumas de su tocado danzaban como llamas y una serie de sonidos salieron de su boca, apenas abierta, mientras hacía sonar los crótalos y golpeaba con los pies en el suelo. Terminada la ceremonia, pareció recogerse sobre sí mismo y se sentó en el suelo mirándome fijamente.

—El *agé* dice que llevas la muerte contigo —me tradujo el ibo al francés.

—¿Eso dice? Será porque llevo un arma —contesté—. Adviértese lo.

—Al *agé* no le gusta que le amenacen, ni le dan miedo las armas, es un yoruba. Yo de ti no lo haría...

Antes de que el ibo terminara, el hechicero volvió a hablar, en voz tan baja que costaba trabajo distinguirla del piar de los pájaros.

—¿Y ahora?

—Pregunta que qué te ha traído aquí.

—Dile que si está dispuesto a llegar a un acuerdo conmigo —dije sin dejar de mirar al hechicero.

Por alguna razón estaba casi convencido de que me entendía. O al menos captaba el sentido de mis palabras. El ibo tradujo y el hechicero levantó uno de sus crótalos. Incluyó la cabeza a modo de asentimiento y seguí hablando sin apartar los ojos de él.

—En Santa Isabel hay un hombre. Es un enemigo de los ibo y de los yoruba. Su idea es expulsarlos a todos de Río Muni, asesinar a los que no quieran irse y quedarse con sus hijos. Es un bubi. Si desaparece, con él desaparecerá el peligro. Los yoruba y los ibo podrán ir a donde quieran, trabajar en Río Muni o volver a su tierra con el dinero ganado.

—¿Por qué no lo matas? —tradujo el ibo las palabras del hechicero.

—Dile que esa no es la cuestión. Que la pregunta es si acepta un trato.

Cuando el ibo me tradujo, el *agé* se levantó, elevó las manos al cielo y luego las dirigió a los árboles. Mientras el ibo me traducía las palabras del hechicero yoruba, me fui haciendo una idea de lo que iba a costar la intervención del gigante llegado de Nigeria. Entre la comunidad de trabajadores nigerianos solo había una ley, y esa ley era el *agé*.

—Dile que solo quiero que se libre de ese hombre.

—¿Y qué obtendrá a cambio? —tradujo el ibo.

—A cambio le prometo que los yoruba serán respetados, que formarán parte de los nuevos tiempos en Guinea y que los españoles los protegerán si es necesario. Y desde luego, dinero. Mucho dinero. En dólares o en francos, como prefiera.

El hechicero me miró fijamente. Aguanté su mirada hasta que noté que la selva giraba a mi alrededor y que de los árboles y de las lianas surgían formas cambiantes que parecían cobrar vida.

—El *agé* dice que no está para matar hombres, que no es esa su función.

—Pero puede hacer que los maten.

Cuando el hechicero extendió los brazos pareció como si del suelo se elevara el silencio, un silencio mortal. Una neblina gris empezó a levantarse desde la cercana marisma y sentí un escalofrío.

—El *agé* quiere algo más —tradujo el ibo y noté el sudor de mis manos.

En Santa Isabel, cuando mi jefe había sugerido el modo de acabar con Bernardo Obote, yo creí que había perdido el juicio.

«¿Utilizar a los nigerianos? Capitán, me pone los pelos de punta solo verlos. Si por mí fuera, nunca los habría dejado entrar en la colonia.»

«Y entonces las plantaciones se habrían quedado sin mano de obra. Los *bubi* no quieren trabajar», había argumentado el capitán Ortiz de Gárate.

El caso era que Bernardo Obote, un socialista heterodoxo, sindicalista y demasiado amigo de la Unión Soviética, tenía una influencia capital sobre Macías y todos los intentos de acercarse a él habían resultado un fracaso.

—¿Qué quiere el hechicero? —pregunté tenso y desconfiado.

Hubo un silencio cuando el ibo tradujo. Luego el *agé* me mostró sus dientes carcomidos en una amplia sonrisa. Su aliento tenía un olor extraño y a menos de un palmo de mi cara soltó una frase que hizo retroceder al intérprete.

—¿Qué ha dicho?

—No deberías seguir con esto —dijo mi traductor.

—No te pago para que me des consejos. ¿Qué ha dicho?

—Dice que quiere tu alma.

A las nueve en punto de la mañana yo estaba, como un clavo, en la antesala del despacho de la jueza Marta Esteller, pero ella no apareció hasta pasadas las nueve y media, privilegios del cargo. Tenía aspecto de no haber dormido bien, aunque no se podía decir que tuviera mala cara. Murmuró un «buenos días» más dirigido a su ayudante que a mí y se metió en el despacho sin cerrar la puerta. Desde fuera la vi quitarse el abrigo, dejar sobre su escritorio los expedientes que

llevaba en la mano y leer algunas notas. Su secretario, que se me había presentado como Manuel, tomó un bolígrafo y un bloc de su mesa en la antesala y entró en el despacho. Solo entendí algo relativo a una gasolinera en El Prat y luego mi nombre. La jueza levantó la vista, murmuró algo y, cuando Manuel salió del despacho, me dijo: «Ya puede pasar».

Esteller ya se había sentado y no dijo ni una palabra mientras leía algo. El despacho era tan aséptico como su coche. Me pareció que su señoría ofrecía una curiosa imagen, casi oculta tras la mesa, amplia y llena de papeles, como si se escondiera de alguien. Por primera vez la observé detenidamente aprovechando que parecía distraída con sus asuntos y me prestaba muy poca atención. Morena, de rasgos finos, ojos grandes y expresivos, el pelo corto y sin una cana. Pero me llamó más la atención el panel de corcho en la pared, uno de esos corrientes que se podían encontrar en cualquier dormitorio adolescente. Y en él, clavadas con chinchetas, las fotografías del cadáver del Club Náutico y las de Riera, Rosell y Mas, las dos últimas recortadas de alguna revista.

—Si mi jefe viera esto, seguro que le daba un infarto —dije y añadí—: señoría.

—Esperemos que tenga buena salud. Bien, hágame un resumen del caso del Club Náutico.

Lo hice. Nada nuevo: un sospechoso muy poco sospechoso, Fernando Riera; un posible escenario, el Blue Sea en el mar, aunque todo el mundo negaba que hubiera salido. Ningún motivo aparente que hiciera pensar en una pelea o un crimen. Y esperé a que ella levantara la vista de sus papeles.

—Sí. Tengo aquí el informe del forense. Parece que sucedió fuera del puerto, ¿no?

—Eso parece y no tenemos ni un móvil, ni por supuesto el arma de la agresión.

—¿Tiene alguna idea? —dijo mirándome a los ojos.

—¿Quiere que especule?

—Especule.

—Supongamos que todo el mundo miente y que el Blue Sea salió a la mar. Ese barco puede llevar seis u ocho personas. Ocurre algo, una pelea, golpean a Alberto García Rañé y cae al agua. Recogen el cuerpo cuando ya se ha ahogado y lo traen al puerto, donde lo vuelven a echar al agua para despistar y desligarlo del barco. Naturalmente han tirado a la mar el objeto que usaran para golpearlo y no han quedado huellas.

—Es tan complicado que parece real —dijo la jueza—. ¿Y el móvil?

—Alcohol, mujeres, una simple pelea...

—Pero el informe... —leyó en sus papeles— dice que no hay evidencia alguna en el Blue Sea que determine que allí hubo algo, ni siquiera que saliera a la mar.

—En el barco hay muy poco espacio, no hay sitio para que caiga y lo arrastren. Pero tal vez fue al revés, si lo tiraron al mar y lo golpearon después, en el agua... Lo dieron por muerto y las corrientes lo llevaron de vuelta al Club Náutico. Siniestro y poco probable, pero posible.

—¿No contempla la posibilidad de que fuera atacado en el muelle?

—Podría ser y que luego lo sacaran al mar para deshacerse del cadáver, pero estaba vivo. Se ahogó en aguas limpias, en mar abierto.

—Entonces pudieron atacarlo en el muelle y sacarlo del puerto.

—Es una posibilidad. De una forma u otra, el barco tuvo que salir, fuera el Blue Sea u otro, y seguimos teniendo el problema de cómo regresó a puerto.

—¿Por qué cree que al comisario le daría un infarto? —cambió de tema.

—Si me permite. Quedaría mucho mejor un marinero de guardia como acusado. Además, tampoco estoy muy seguro de que uno de esos señores armadores de barcos se manche las manos en algo así.

—¿Le preocupa investigar por ahí?

—No demasiado.

—No es la respuesta que esperaba, inspector. Creo que sería conveniente que investigara su entorno, ¿no cree? Por muy elitista que sea.

—Sí, señoría —dije algo molesto. Daba la impresión de que me estaba dando lecciones de cómo hacer mi trabajo y aquello empezó a fastidiarme—. Pero eso no depende de mí. La investigación la dirige el inspector Franco, jefe de la BIC.

—No se lo tome a mal. Quiero decir que aunque el sospechoso sea un joven humilde, se codeaba con los socios del Club Náutico. No me importa quién sea, inspector, pero tráigame un acusado...

—Desde luego, señoría.

Cuando salí a la calle procuré serenarme antes de que la policía del pensamiento me acusara de desacato.

7

¿Qué se puede encontrar en la vivienda de un treintañero de buena familia asesinado? Huellas de una vida más o menos agitada, más o menos dentro de la ley. Del trabajo policial o del agente de contraespionaje, esa es una de las facetas que más me habían fascinado desde siempre: construir la vida de alguien a quien no conoces a partir de su hábitat, de sus pertenencias, su ropa y sus hábitos de consumo. Del registro se había encargado Muñoz con un equipo de especialistas y lo vi entrar en la Jefatura con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿A que no sabes lo que hemos encontrado? —me dijo sarcástico, mostrándome un sobrecito de plástico lleno de un polvo blanco.

Estábamos en la sala de detectives de la BIC, con solo un compañero del turno de noche que redactaba su informe a máquina a una velocidad semejante a la de un coche en un atasco.

—¿Cocaína? —dije por decir algo.

—Premio para el caballero. Y también marihuana, bien empaquetada. ¿Qué tal su señoría?

—Picajosa. ¿De verdad es la segunda mujer en la Judicatura?

—De verdad. ¿La has puesto al día?

Le hice un resumen de la charla con su señoría y el veterano policía se quedó un instante reflexionando.

—Si estás en lo cierto, es seguro que ese maldito barco tuvo que salir al mar.

—¿Hay por aquí una Escuela de Náutica o algo así? —pregunté.

—La hay.

La Facultad de Náutica de Barcelona ocupaba un viejo edificio cerca del antiguo Palacio Real, en la plaza del mismo nombre. Vista de lejos parecía como si alguien la hubiera dejado caer sobre la plaza, sin ningún punto de contacto con el urbanismo de su entorno. Por detrás, algo más lejos, un edificio más viejo todavía y sucio de hollín lucía el cartel de «Depósito Franco», o lo que es lo mismo, el almacén de mercancías antes de que pasaran por la preceptiva aduana. La cita era con un profesor de curioso apellido, Relimpio, que resultó ser un individuo de voz suave y agradable, con la costumbre de frotarse las manos como si se las estuviera lavando continuamente. «De ahí el apellido», pensé, aunque no tuviera ninguna lógica.

Me recibió en un despacho tan atiborrado de libros y papeles que costaba trabajo moverse en él. Un gran mapa del puerto de Barcelona adornaba la única pared despejada y la luz entraba a raudales por la ventana abierta al Mediterráneo. Me abstuve de hacer ningún comentario sobre el frío que también se colaba por ella, pero debí hacer algún gesto porque el profesor se apresuró a

cerrarla.

—¡Ah!, perdone. Me gusta así, pero ya sé que no todo el mundo tiene la misma percepción que yo de la temperatura ambiente...

Me indicó una silla libre de papeles. Él tuvo que despejar la suya para sentarse. Encontró un hueco donde colocar la carga, apoyó los brazos en la mesa y continuó frotándose las manos.

—Usted dirá, inspector Molina...

—Antes de nada... —Le enseñé mi identificación, por pura cortesía, que él agradeció.

Dejó un momento de frotarse las manos para empujar las gafas y colocarlas en su sitio antes de que le resbalaran por la nariz y luego siguió con su tic.

—Quería usted conocer algo sobre las corrientes del puerto de Barcelona.

—Eso es.

—Verá —dijo poniéndose en pie. Se acercó hasta el gran mapa mural y tomó un puntero. Era todo un profesor—. Para medir las corrientes se toman lo que llamamos «marcas fiduciales», registradas o no en las cartas náuticas. Son trazadores de tipo lagrangiano, flotadores adecuadamente lastrados para evitar la interferencia del viento y manchas de algún producto resistente a la dispersión para estudiar el movimiento...

Relimpio siguió con la disertación y llegué a compadecer a sus alumnos, pero de todos modos traté de ser amable y lo dejé seguir hasta que dio por terminada la explicación.

—Entiendo —dije sin entender gran cosa.

—Sí. Eso es —continuó entusiasmado—. Los resultados, todavía poco contrastados, muestran que existen influencias de la marea o la pluma del río Llobregat, pero hay una corriente entrante, permanente, independiente del viento, que ni siquiera las mareas pueden hacer variar.

—Sí, señor Relimpio. Entiendo perfectamente cómo funciona. Ahora dígame. Un peso, digamos un cuerpo de unos ochenta kilos, ¿puede ser llevado por la corriente desde mar abierto hasta... este punto? —Señalé el muelle del Club Náutico.

—Depende del punto de partida y de la hora. Sin contar, claro está, la posible influencia de alguna embarcación de gran calado o con alta velocidad que removiera las aguas..., es difícil. ¿Desde dónde estamos hablando?

—No lo sé. De algún punto cercano a la costa, desde luego.

—En ese caso, si hablamos de menos de dos millas, yo diría que sí. Desde luego, es posible contando con la deriva, las corrientes predominantes o la influencia, pequeña, de la marea. ¿Hablamos de la noche?

—Sí. Hablamos de la noche.

—Es posible. Desde luego que es posible.

Cuando salí de la Facultad de Náutica me metí en el primer bar que encontré, un prodigio de suciedad pero con cierto encanto. La hipótesis del ataque mientras navegaban seguía abierta, aunque no afectaba al hecho de que pudieron haberlo golpeado en el mar o en el muelle y luego intentaran deshacerse del cadáver. Me volvió a asaltar la idea de que el marinero de guardia se callaba algo. Tuve un súbito impulso, busqué una cabina telefónica y llamé a la Jefatura.

—Muñoz, ¿te importa si echo yo un vistazo al piso de la víctima?

No le importó, tomé nota de la dirección y conduje hasta el piso del Ensanche. El hábitat de García Rañé medía más de doscientos metros cuadrados divididos en dos plantas, así que había

mucho donde mirar. Observé las huellas del registro: los cajones abiertos mostrando sus vergüenzas, los libros y los papeles desparramados.

En la planta baja, frente a la ventana, la pared estaba cubierta de fotografías de tema náutico: veleros navegando, escenas portuarias, incluso grupos de amigos con una copa en la mano. En muchas aparecía el difunto, en otras una pareja de edad, sus padres probablemente, y un oficial de la Armada, joven y de uniforme con un pie grabado en latón: «Teniente de navío Alberto García y Comín». De la colección, dos me llamaron la atención. Una, tomada seguramente en un muelle o un pantalán, con cuatro personas: Alberto García Rañé pasando el brazo por encima del hombro a Fernando Riera, en un gesto muy amistoso, y dos chicas muy jóvenes. Pero la otra, o mejor, la ausencia de la otra, me pareció más significativa. Un espacio descolorido, rectangular, del tamaño de todos los demás, mostrando bien a las claras que allí había estado colgada una instantánea enmarcada y que alguien la había hecho desaparecer. Y para eso siempre hay una razón, determinante o no, aunque sea que se ha caído sola, como la de José Antonio Primo de Rivera en la Jefatura.

El piso superior, como era de esperar, correspondía a los dormitorios. Tres habitaciones, amplias todas con su respectivo baño. Una mostraba todavía huellas de que había sido un dormitorio femenino: decoración en rosa, un póster de *Grease*, una lamparilla con pantalla floreada sobre la mesilla de noche y un sujetador bajo la cama que nadie se había preocupado de recoger. Nada que indicara quién lo había ocupado. La habitación principal presentaba una gran cama deshecha y, en la pared contraria a la ventana, un escritorio con un aparato de música, un mazo de papel de cartas sin empezar y un par de bolígrafos. Los agentes ya habían seguido el protocolo, es decir, todo estaba desordenado sin dejar nada escondido. Registré el armario, de tres puertas, lleno de prendas revueltas. Tuve una intuición, los bolsillos de las camisas y los pantalones suelen guardar tesoros que no siempre se encuentran. Y aquella vez no fue una excepción; el tesoro era la factura de un hotel que había pasado por la lavadora pero que aún podía leerse. Hotel Ciudad de Vic. Una sola noche, a nombre de A. García.

La reunión de la BIC de primera hora de la mañana la inauguré con un ataque de tos que me obligó a apoyarme en la pared hasta que recobré el aliento. Muñoz me dio unos golpecitos en la espalda y gruñó algo contra el tabaco mientras Franco se colocaba en su rincón preferido de la sala, junto a la pizarra, con la foto del Generalísimo a su izquierda. Me senté sobre mi escritorio mientras el resto de agentes se iba instalando. Muñoz, con su pipa colgando lánguidamente de los labios, empezó a dar un repaso de sus notas en voz alta mientras los demás escuchábamos.

—El tipo vivía a lo grande. Hemos encontrado un buen surtido de productos... —Dejó la frase en el aire y continuó relatando los hallazgos y las carencias del lugar, incluyendo mi incursión.

—Averigüad quién ha quitado esa foto y qué contiene —ordenó Franco—. Y lo del recibo del hotel. ¿Qué más?

Iglesias, con su voz aflautada, se refirió a las dos chicas que aparecían en las fotos.

—Olga Nogués, veinte años, hija de un industrial textil. Estudiante y modelo ocasional... Sandra Huguet, lo mismo, o casi, hija de banquero.

Chicas de la buena sociedad, más pasta que todos los presentes juntos y que nuestros antepasados. Habituales del Club. Sin antecedentes, sin líos conocidos, escrupulosamente limpias. Sonrientes y felices en una foto rodeada de marineros de guardia o tripulantes de cualquiera de los veleros. Nada sospechoso, pero uno siempre cuenta con amistades peligrosas, tan peligrosas como

para acabar flotando en las elitistas aguas del Club Náutico.

—La noche de autos ambas estaban en casa, como buenas chicas —añadió Iglesias—, según sus padres, claro. Con Sandra Huguet he podido hablar, pero a Olga Nogués la han remitido por correo certificado a un colegio en Suiza.

—Mete la nariz en la agencia de modelos —dijo Franco—, a ver qué sale. ¿Qué más?

—Las cartas en el piso del difunto —dijo Muñoz echando mano a una caja de cartón.

—¿Algo interesante?

—Solo un detalle —dijo Muñoz escéptico y leyó en voz alta—: «He hablado con Ignacio y tendrás un puesto en el Club cuando vuelvas. No te preocupes».

—¿Qué tiene de interesante?

—Fechada hace año y medio. Ignacio Rosell, el armador del Blue Sea y presidente del Club, parece amigo o algo así de la madre del fallecido.

—No estoy seguro de que sirva de algo, pero hablad con la señora Rañé —señaló Franco.

—Montserrat Rañé tiene demencia senil, creo —aclaró Muñoz—. Está en una residencia.

—Envía a alguien —insistió Franco.

Muñoz ya me había hablado de la madre y de las cartas. Pero en ellas solo estaba el cariño de una madre hacia su hijo: «No te dejes llevar por la desidia o la comodidad. A tu padre no le hubiera gustado», «No bebas, eso no es bueno para tu salud», «Ya sé lo que opinas de la comida del barco, pero es lo que tienes y no hay más remedio». En otra de las cartas parecía responder a algo que él le había contado sobre una chica: «No le des esperanzas porque cuando desembarques ya no te acordarás de ella. Volverás a casa y buscarás una buena chica».

Permanecí en silencio mientras Franco explicaba a los muchachos cómo Alberto García Rañé había muerto ahogado, no de un golpe dado con saña, sino, palabras del jefe de la BIC, «de una indigestión de agua de mar». Y sí, el cuerpo había regresado por sí solo hasta el Club que tan bien lo acogía. «Relimpio *dixit.*»

—Ilumínanos, Bastús. ¿Qué pasó en ese barco?, si es que pasó algo.

—Nada de nada. Ni un rastro. Si el difunto estaba a bordo, se cayó al agua con un salto limpio. Nada del Blue Sea lo ha golpeado, ni lo han arrastrado por su cubierta. Lo de las huellas ya es otra cosa. En ese velero puede haber huellas de cien personas diferentes. Y más ahora, que se preparan para la Olimpiada. Según todo el mundo, el barco no salió del amarradero.

—¿Entonces? —inquirió Franco.

—A simple vista podía haber sucedido de dos maneras —dijo Bastús moviendo su única mano para reafirmar sus palabras—. El tipo podría haberse caído al agua después de recibir el golpe, o lo tiraron y luego lo golpearon. Un remo, un mazo o algo que echaron después al mar, pero... yo creo que lo echaron al agua y luego le arreararon con algo para no dejarlo subir o para liquidarlo, sin más. En el barco no hay signos de lucha, no hay sangre.

—¿Pero el barco salió a la mar o no salió a la mar? —insistió Franco.

—Todo el mundo lo niega, pero tuvo que salir —afirmó Muñoz—, ese u otro.

—Husmea, ¡joder! Averigua si salió otro barco.

—¿Y las huellas? —preguntó Velasco.

—Un montón —asintió Bastús algo molesto—, pero por ese barco ha pasado la tripulación del Forrestal al completo. Imposible sacar nada en claro.

—Podrías dragar el fondo del puerto —apuntó Velasco—. A lo mejor hay suerte.

—Se ahogó en mar abierto —le recordó Muñoz—. Lo que deberíamos dragar es el jodido Mediterráneo.

—Bien —sentenció Franco con un suspiro—. Molina, vuelve al Club Náutico e investiga por allí. Marineros, miembros del Club, camareros, lo que sea. Quiero saber con quién se relacionaba el muerto. Y no le quites el ojo al marinero de guardia. Tú —señaló a Velasco— averigua de dónde salieron las drogas de su piso. Iglesias, encárgate de la agencia de modelos. La religión te prohíbe ligar, no quiero a ninguno de estos salidos por allí. —Risas celebrando la ocurrencia—. Muñoz, tú te encargarás de arreglar lo de la señora Rañé. Llévate a alguien si quieres, estás muy viejo para conducir. ¡Al tajo!

—Nadie dijo que iba a ser fácil, ¿no? —rezongó Muñoz al salir de la reunión—. Por cierto, ¿haces algo esta noche?

—Estoy invitado en el palacio de El Pardo —dije—, pero no sé si ir.

—Tengo dos entradas para la ópera y mi mujer no se encuentra bien. Bueno, la verdad es que odia la ópera y siempre acostumbra a ponerse enferma cuando hay que ir.

—¿Y quieres una pareja? —Sonreí.

—Te irá bien. Al menos, alternarás un poco, y quién sabe, igual te encuentras con algún conocido.

A la puerta del Liceo me esperaba Muñoz, vestido de lo más elegante, sin olvidar la pajarita ni la pipa colgando de los labios. Hacían un buen cuadro, Muñoz y el Gran Teatro iluminado como un altar en Navidad. Todavía no estaba muy seguro de cuál era mi papel en la representación. Señoras entradas en años cubiertas de pieles, jovencitas en edad de merecer ofreciéndose al mejor postor, caballeros con la barbilla en alto o con los ojos bajos, según su sentido de la ética haciendo dinero. El portero con librea tuvo la desfachatez de pedirme que me identificara cuando iba a entrar en el vestíbulo, aunque luego tuvo que deshacerse en reverencias y disculpas.

—¿Será por mi traje? —le pregunté a Muñoz.

No tuvimos tiempo de compararlo con el del resto de asistentes porque en aquel momento hizo su aparición la jueza Marta Esteller.

—Tú lo sabías —murmuré sin mirar a Muñoz.

—Su marido es uno de los mecenas del Liceo. Era una posibilidad.

Si algo podía llamar mi atención, ese algo era una mujer espectacular, y la jueza encargada del Juzgado número cuatro rozaba esa categoría. Vestida de negro, con un ajustado modelo hasta los pies, un peinado absolutamente sencillo y un maquillaje limpio, exacto y directo como un disparo. La estudié mientras se acercaba a la entrada. Delgada, más de lo que me había parecido hasta entonces, de estatura media, hombros marcados, anchos. Tal vez hacía gimnasia o natación. Mientras la contemplaba me sentí incómodo, apreciando el cuerpo elegante y bien formado de su señoría, así que encendí un cigarrillo para hacer algo con las manos y fijar la mirada en otra cosa que no fuera Marta Esteller. Tras ella, su elegante marido, pajarita y expresión adusta, mirando al infinito como si no reparara en que a su alrededor había mortales, incluso policías.

—¡Qué sorpresa! —dijo la jueza extendiendo la mano—. No sabía que le gustara la ópera.

—Yo tampoco, a decir verdad, señoría. Le presento a mi compañero el inspector Florencio Muñoz.

—¡Ah! Encantada —estrechó su mano obsequiándole con una sonrisa—, mi marido, Juan

Farreras. El inspector Cristóbal Molina.

Si hubiera esperado algo del apretón de manos del esposo de la jueza podría haberme sentido defraudado. Juan Farreras se limitó a dejar su mano, al borde de la muerte, en la mía y esbozó una sonrisa que más pareció un gesto de dolor. De no haber sido porque Marta Esteller estaba de por medio, me habría ido en aquel mismo momento. O tal vez en el momento en que la pareja nos dejó por otro personaje, igual de elegante que ellos, solo que más viejo y de una categoría seguramente superior porque Juan Farreras se deshizo en sonrisas.

—Me resulta conocido —le dije a Muñoz—. ¿Quién es?

Entonces la jueza hizo algo que no esperaba y mis dudas se despejaron.

—Señoría, el inspector Cristóbal Molina. Trabaja en el caso del Club Náutico. Su señoría el juez Armando Alonso, presidente de la Audiencia Territorial de Barcelona.

—Me alegro de conocerle, inspector. Un placer.

El brillo social, como todo brillo, es fugaz, así que al momento regresé a la penumbra, aunque no dejé de observar que la jueza Esteller, a pesar de estar enfrascada en sus relaciones, me lanzó alguna que otra mirada. No entendí a qué venían aquellas miradas ni qué estaba haciendo yo allí.

Sentado en las alturas a veinte metros de la jueza, situada en un palco más abajo pero muy por encima de mis posibilidades, no aguanté ni diez minutos de *Turandot*. Me deslicé sin hacer un ruido, tras hacerle un guiño a Muñoz, y salí al pasillo, donde otro individuo, igual de aburrido que yo, fumaba apoyado en la pared enmoquetada. Le hice un gesto al que el desconocido respondió prestándome su cigarrillo para encender el que yo acababa de sacar.

—Esto no hay quien lo soporte —dijo el joven, vestido de esmoquin y con aire de haberse tomado unos cuantos whiskies.

—Tienes razón —reconocí.

Resultó un tipo interesante, con sentido del humor y la lengua muy suelta, probablemente efecto del alcohol. Al menos, tuvo la virtud de hacerme más divertida la sesión de ópera.

Nos despedimos con un apretón de manos deseándonos suerte el uno al otro para el segundo acto. Las localidades de Muñoz tenían la virtud de que si no querías ver el escenario, no tenías más que sentarte cómodamente en la silla de madera y disfrutar, es un decir, de la música. Una de las pocas veces que intenté divisar la puesta en escena fue más para echar una ojeada hacia el palco de la jueza Esteller. Desde aquella altura de vértigo solo podía ver su peinado y su escote, y eso con dificultades dada la oscuridad. La distancia entre nosotros no era solo física. Aquel espacio me superaba y eso que en Madrid, cosas de mi matrimonio, había tenido que ir alguna que otra vez a la ópera. Aunque me costaba reconocerlo, me sentía más identificado con la selva profunda y verde que con esa otra, hecha de joyas, perfumes y sopranos.

La Rambla era un lugar muy solitario al filo de la una de la madrugada. La lluvia había dejado pequeños charcos en la acera y el ambiente olía a humedad y a basura. Renuncié a encender un cigarrillo porque notaba la respiración pesada y una ligera opresión en el pecho. En la acera de enfrente, la figura de un hombre, de andar inseguro, se movía cuesta abajo, en dirección al mar. Me encaminé hacia mi coche, aparcado en una calle adyacente. Como herencia de mis años oscuros me quedaba un sexto sentido, y ese sexto sentido me hizo detectar una sombra a mi derecha, casi fuera del campo de visión. Deslicé la mano hacia la funda sobaquera mientras notaba las gotas de sudor resbalando por la frente; crucé el paseo hasta pararme frente al portal

donde había creído ver la sombra, pero no había más que una sólida puerta de madera, atrancada y con aspecto de no haberse abierto en los últimos años. De improviso me vi rodeado de oscuridad y el miedo fue creciendo en mí como una ola. Pánico. La opresión en el pecho se me hizo insoportable y tuve que cerrar los ojos y apoyarme en la pared para tratar de evitar el inminente ataque.

—¿Le ocurre algo? —dijo una voz de hombre.

Me volví con rapidez para encontrarme con una sonrisa amable y una mano amistosa sobre el hombro.

—No. Gracias. Es solo... pasajero. Gracias.

Lo vi alejarse, me metí en el coche y enfilé Rambla abajo. Deliberadamente había buscado un alojamiento lo más lejos posible de la Jefatura y lo había encontrado en un pequeño bajo, lejos del centro. Así que conduje despacio, tratando de recuperar la calma, y conseguí llegar al apartamento sin atropellar a nadie ni pasarme un semáforo en rojo. Me tumbé en la estrecha cama y observé cómo en el techo danzaban las tenues luces de la calle y en mi cabeza bullía la necesidad de hacer una llamada, pero no tenía ganas de otra pelea dialéctica con Gloria. No me sentía con fuerzas para otra charla llena de reproches, de exigencias y de tensiones. Cerré los ojos, pero fue peor. El sueño volvió a hacerse presente.

8

Nada más atravesar el edificio principal del Club Náutico, pude ver cómo uno de los imponentes veleros se separaba del muelle y enfilaba la salida del atracadero. Como el primer día, eché un vistazo a la bandera que ondeaba en la Capitanía, sacudida por el fuerte viento de Levante. En el pantalán estaba Ignacio Rosell gesticulando malhumorado ante dos hombres vestidos de blanco que soportaban estoicamente sus gritos.

—Señor Rosell —saludé.

—Esto está lleno de problemas y de dificultades, empezando por mi barco retenido. —Hizo un gesto con la cabeza dirigido al Blue Sea—. Usted dirá, aunque le advierto que tengo solo unos minutos...

—Si le sirve de algo, no soy yo quien lo ha inmovilizado. Eso se lo puede adjudicar a su señoría la juez Esteller.

—¿Le puedo ofrecer una copa? —dijo más calmado.

—Le aceptaré un café —respondí.

Rosell me llevó hasta la cafetería del Club, vacía a aquella hora, salvo por el camarero, que se despertó de golpe al ver a su jefe. Sirvió los cafés con gran diligencia para luego desaparecer, como si nunca hubiera estado allí. Desde luego, Franco no había pensado en un interrogatorio cuando me envió al Club, pero yo hubiera preferido charlar con Rosell en la comisaría. Allí yo estaba en terreno contrario. Aunque había tenido muchas de aquellas charlas en los lugares más variopintos, el método policial, con el escenario apropiado, resulta mucho mejor. Mientras removía el azúcar en el café oyendo las explicaciones de Rosell sobre las características de la regata, lo observé. Su expresión corporal era la de un aristócrata, la del hombre que cree que todo cuanto lo rodea está a su servicio. Y no podía dejar de pensar que él también estaba ocultando algo, no solo el hipotético asesino. Desde el solícito camarero hasta la bandera ondeando a lo lejos, aquel entorno parecía estar a favor de Ignacio Rosell, presidente del Real Club Náutico, asiduo del círculo de don Juan de Borbón, tan rico que un inspector de la Criminal nunca hubiera podido frecuentar su círculo a no ser por el cadáver encontrado en sus aguas jurisdiccionales.

—Hay un detalle que se me escapa, señor Rosell. ¿Es posible que su barco saliera la noche del viernes?

—¿Esto es un interrogatorio?

—¿Le parece un interrogatorio?

—No estoy acostumbrado.

—Es solo una charla.

—No. No salió. Yo soy el patrón. Si yo no lo autorizo, el barco no puede moverse de su amarre. Así son las normas. El Blue Sea no se hizo a la mar aquella noche.

—Verá. El joven García Rañé no murió de resultas del golpe, sino que se ahogó, al parecer en mar abierto. Eso quiere decir que alguien lo golpeó, es de suponer que navegando, cayó al agua y se ahogó.

—Eso..., eso es terrible... —dijo Rosell—. Pensamos..., pensé que había sido en el muelle. Una pelea.

—¿Desde cuándo lo conocía usted?

—¿A Alberto? —Noté una pizca de nerviosismo en Rosell, tal vez imaginaciones mías—. La verdad es que no lo conocía mucho. Cambiamos de marinería con frecuencia.

—¿Quiere decir que lo acababa de enrolar?

—Es... algo así. Era un habitual del Club. Me lo recomendó Higinio Mas.

—¿El señor Mas? ¡Vaya! Pues yo diría que era un joven... poco recomendable.

—¿A qué se refiere?

—Pues eso. Que tenía algún que otro vicio.

—De saber eso, nunca le hubiera permitido servir en mi barco.

—¿Y circular por el Club? ¿Se lo hubiera permitido?

—¿Qué está insinuando?

—No insinúo nada, señor Rosell. Me limito a exponerle los hechos. Usted incluyó a Alberto García Rañé en su tripulación. ¿No selecciona usted a su personal? Al fin y al cabo, la víctima podía incluso ir a Múnich y participar en los Juegos Olímpicos representando a España. Es una gran responsabilidad, ¿no cree?

—¿Y por eso cree que mi velero salió a la mar? Bueno... —Rosell reflexionó un momento—. Tal vez García Rañé sí saliera a la mar, pero no en mi velero.

—Explíqueme eso.

—Pudo salir en el suyo.

—¿El suyo? Nadie me ha dicho que la víctima tuviera un barco.

—Sí, claro. Viejo, no solía salir a navegar con él. Es el que le deja a Fernando Riera para vivir. No está en condiciones...

—¿El barco donde vive Fernando Riera es de García Rañé?

—Sí. ¿No se lo habían dicho? Pensé que lo sabía.

—No, no lo sabía, señor Rosell —mordí las palabras. Una mezcla de sorpresa y de indignación.

—Bien. Lo siento, pero tengo mucho trabajo. Si no desea nada más...

Rosell abandonó el bar dando un suspiro de alivio y tras él, como una flecha, salí con la vista fija en el pantalán donde atracaba el velero que alojaba a Riera. El muchacho no estaba. Furioso por mi estupidez, llamé a la Jefatura desde el teléfono de la oficina del Club. «Maldito seas, Fernando. Esta me la vas a pagar.»

A la sala de interrogatorios, mis compañeros más veteranos la llamaban «el confesionario» por razones evidentes. Estaba tan llena de humo como uno de esos bares del Barrio Chino a los que solíamos acudir. Muñoz, en un extremo, aspiraba el humo de su pipa con los ojos

engañosamente dormidos. Yo, sentado frente al joven marinero de guardia, me había soltado el nudo de la corbata y lo miraba fijamente, esperando una respuesta. Lo habíamos llevado hasta allí sin mucho problema, cuando apareció por su barco para dormir, ajeno al revuelo que se había formado.

Nos acompañaban Iglesias, limpiándose las uñas con un fino estilete, y el joven detective Planas, que había conseguido que funcionara el vetusto magnetófono con el que grabábamos el interrogatorio. Hacía calor, tal vez por la excesiva concurrencia, y la luz, amarillenta, ponía un toque siniestro al cuadro aunque habíamos decidido, por sugerencia de Muñoz, no tratarlo con excesiva dureza.

—Nos tienes muy cabreados, Fernando —le dije con mi voz más calmada—. Te habrás dado cuenta, ¿no? Te advertí que debías decirme la verdad o tendrías problemas.

—Yo... le he dicho la verdad.

—¡Y una mierda! —exclamó Iglesias con su voz chillona.

—¿Lo ves? —Sonreí—. Para empezar, nos tenemos que enterar por terceras personas, como unos estúpidos, de que vives en el barco de García Rañé. Que erais como culo y mierda, amigos y residentes en Barcelona, ¿crees que esto es un juego?

—Nos está tomando el pelo —dijo Planas con la lección bien aprendida.

—Yo no... —balbució Fernando.

No le dejé terminar. Le solté un revés con la mano derecha, no demasiado fuerte, pero que le hizo tambalearse.

—Vamos. Tranquilo —terció Muñoz—. Ahora va a colaborar.

—Me lo dejaba —sollozó Fernando tratando de recuperarse—. Es un barco viejo y yo lo cuido. Lo mantengo de puta madre y lo saco de vez en cuando. Si un barco lo dejas fondeado mucho tiempo se jode, se le pegan lapas al casco, lo corroe la humedad. Hay que sacarlo. A cambio, me dejaba vivir en él.

—¿Y eso es todo? —dijo Iglesias acercándose hasta casi rozarlo—. Te dejaba su barco generosamente y esperas que nos lo creamos. ¿Por qué lo mataste?

—¡Yo no lo he matado! —gritó el chico aterrorizado—. Yo no he sido.

—Sin gritar, Fernando, sin gritar o te doy otra hostia. De acuerdo —dije con mucha calma. Me eché hacia atrás en la silla y lo señalé con el dedo—. Tú no has sido. Entonces, ¿quién ha sido?

—No lo sé, no lo sé —gimió aterrorizado—, yo estaba en el barco..., pasé la noche en el barco..., no sé lo que le pasó.

—Bien. Empecemos otra vez —le dije—. ¿Por qué te dejaba vivir en su barco? Y no me digas que por esa tontería de que se lo cuidabas.

—¿Le proporcionabas las drogas? —preguntó Planas.

—¿Drogas? ¡No!

Levanté la mano de nuevo y el muchacho pareció encogerse sobre sí mismo.

—Vamos, Fernando —lo apremió Muñoz—. Queremos irnos a casa. Estamos esperando.

—También le hacía algunos favores... —murmuró el chico.

—¿Qué favores? —pregunté.

—Recados... o conseguirle pibas...

—¿Conseguirle pibas? Cuéntame eso.

—Por el Club andan muchas tías, sobre todo cuando hay regata. Y yo...

—¿Putas?

—¡No!, no putas. Chicas que quieren alternar con los tripulantes, ya sabe. Ir a las fiestas, a las entregas de premios y esas cosas.

—¿Qué fiestas?

—En los barcos o en el Club... Siempre hay alguna. Yo las cuelo y se las presento a..., bueno, a los chicos...

—Háblanos de las drogas que había en el apartamento —intervino otra vez Planas.

—¡Yo no sé nada de drogas! No sé nada de eso...

—No vas a decirnos que no sabías nada de los trapicheos de Alberto —insistió Iglesias.

—No sé nada de eso. Yo..., a mí me dejaba su barco y se acabó.

Muñoz soltó un largo suspiro y golpeó la pipa contra la pared para descargarla. Luego salió del confesionario. Riera sintió pánico. Le daba la impresión de que aquel policía, el más viejo, era el que impedía que los otros se portaran peor con él, mucho peor. De haber podido, habría visto cómo Muñoz entraba en la salita contigua, al otro lado del espejo, y hablaba con Franco, y también cómo los dos se pusieron de acuerdo en que era mejor que siguiera yo solo.

Una vez Planas e Iglesias salieron de la sala de interrogatorios, serví al chico un vaso de agua de la jarra que teníamos sobre la mesa. Apeataba a cloro, pero el chico la bebió como si fuera un néctar.

—¿Dónde estuviste esa noche? —pregunté—. La noche del viernes.

—En el barco..., ya se lo he dicho.

—¿Sabes lo que creo? Que viste a Alberto aquella noche, discutisteis. Tal vez te dijo que se había acabado lo de dejarte el barco. Uno se cabrea por cosas así. Os peleasteis, le sacudiste con algo a mano, un mazo, un remo, y creíste que estaba muerto. Entonces, de noche, sin nadie a la vista, saliste al mar con el velero y lo echaste al agua, un funeral marinerero. Solo que no te diste cuenta de que estaba vivo. Se ahogó y el mar te jugó una mala pasada devolviéndolo al muelle.

—Yo no he hecho eso. Se lo juro —sollozó el muchacho.

—Entonces, demuéstrame que estabas en el barco, solo, aquella noche.

—No estaba solo —murmuró Riera—. Estaba con una... chica.

—Estabas con una chica y me lo dices ahora. ¿Eres idiota o crees que soy yo el idiota? Tienes una coartada y me la ocultas. Claro que es mentira, y ahora me quieres liar. ¿Necesitas que llame a los chicos y cambiemos de táctica?

—Se lo juro, una... mujer. Es la esposa de un miembro del Club —dijo tembloroso y me reafirmé en que escondía algo...

—Vaya. Ahora no es una chica. Es una dama. ¿Esposa de quién?

—No puedo decírselo..., Si lo hago...

—Si lo haces, salvarás el pellejo, ¿no lo ves? ¿Quieres llevarte una tanda de hostias a ver si lo recuerdas?, ¿eh? —Acompañé la amenaza con un ligero toque en la mejilla, pero el efecto fue inmediato y positivo, o al menos eso me pareció.

—Es la señora..., era Teresa Cunit. La señora de Higinio Mas.

Me quedé en silencio, igual que el resto del grupo al otro lado del espejo. Aquello empezaba a tomar otro cariz. Tal vez no era nada o tal vez las cosas tomaban una dirección más interesante.

—¿Me vas a decir que estás liado con Teresa Cunit, tú, un mierda? Y perdona la expresión.

—Liado... no, ¡no! Era la primera vez. En realidad, ella..., ella buscaba a Alberto, pero él no estaba y...

—¿Qué? —Recordé el hotel Ciudad de Vic a nombre de A. García.

—Se lo puede preguntar a ella.

—No seas estúpido, ¿crees que va a reconocer que se estaba dando un revolcón contigo? Deberías haberte buscado alguna otra amiga. Esa no te va a servir.

—Se lo juro. Estaba liada con Alberto. Bueno, yo creo que se folla a todas las tripulaciones...

—Eres muy poco respetuoso con la esposa de un tipo como Higinio Mas. Yo diría que no te conviene.

—Es la verdad.

—Y va a buscarlo al barco, te encuentra a ti y cambia de plan. Eres un tipo con suerte. ¿Y esperas que me crea eso?

—Ya se lo he dicho. Va arrasando. Se ha acostado con todos los marineros.

—¡No me jodas! —dije y salí de la sala.

En la contigua, Muñoz, ceñudo, aprisionaba tabaco en su pipa, y Franco, con expresión pétrea, metió las manos en los bolsillos y se quedó pensativo frente al espejo.

—Desde luego, meter en medio a la señora Mas es el último recurso —dijo Muñoz—. Si ella confirma su coartada...

—No me creo una mierda —dije.

—Y tú, Muñoz, ¿te lo crees? Encerradlo —dijo Franco y salió de la sala.

—¿Ha dicho qué lo encerremos? —dijo Iglesias desconcertado—. ¿Por vivir en el barco del difunto y ser idiota?

—Eso ha dicho —corroboró Muñoz.

Salí tan pensativo de la Jefatura que ni siquiera hice caso a mis pulmones, que me daban un aviso. Eché a andar calle abajo, aspirando el aire fresco de la noche con olor a mar. El tráfico era escaso y las sombras se movían en todas direcciones, algunas veces en forma de transeúntes hoscos y silenciosos, y otras como ruidosas parejas jóvenes. Cuando quise darme cuenta, estaba ante el edificio de Correos. El reloj marcaba las once y diez minutos de la noche, pero estaba demasiado preocupado como para irme a dormir. Callejeé un rato por los alrededores del puerto y sin ninguna intención me encontré frente al bar donde, según Muñoz, se podía ver siempre a la Francesa y se reunían todos los chorizos del barrio.

Aquella parecía ser la hora de la reunión porque detecté la presencia de al menos dos de los habituales de la comisaría, sin contar con uno que, de modo discreto, desapareció nada más verme. Pedí un coñac con hielo a la camarera, joven aunque algo castigada, y me dediqué a observar a la clientela, seres solitarios, tanto como yo mismo, mujeres en plena transacción comercial y algún que otro despistado que creía estar en un bar normal y corriente. De la trasera del local apareció la Francesa, vestida con una falda de colores tan chillones que pareció despertar a los parroquianos más dormidos. Me obsequió con una sonrisa y se sentó a mi lado.

—Lo mismo que él —le dijo a la camarera—. ¿Qué tal el día?

—Los he tenido mejores. ¿Y el tuyo?

—Llevo aquí todo el día, ¿qué crees? Me duelen los pies, me ha salido una verruga nueva en salva sea la parte y no he comido nada decente en todo el día.

—Sí, la vida es muy dura.

—¿Qué tal mi amigo Muñoz? Hace días que no lo veo.

—Con sus achaques, pero bien.

—Es un buen hombre —aseguró la Francesa.

—A mí sí me lo parece. Pero ¿por qué lo dices tú?

—Eres todo un poli, ¿eh? —Sonrió la mujer—. Muñoz es amable. Trata bien a la gente. Sacude a los chulos cuando hace falta y no se mete con mis chicas. Y ya que hablamos de mis chicas. Creo que tengo algo para ti.

De algún lugar cálido y discreto, la Francesa sacó una tarjeta. Era de color rosa muy tenue, con letras negras primorosamente redondeadas: «Twenty, Agencia de modelos», un número de teléfono y un apartado de correos. Con un gesto, Michelle pidió un bolígrafo a la camarera y anotó una dirección al dorso.

—No necesito una modelo —dije.

—Pero sí te vendría bien un poco de compañía. Di que te envió yo y te atenderán como a un pachá.

—¿De verdad eres francesa? No tienes acento —dije y ella soltó una carcajada.

La dirección era un piso en un viejo edificio en el mismo barrio, pero con ciertas ínfulas. No había ninguna placa que anunciara la agencia de modelos. Solo un timbre en rosa contrastando con los otros seis, negros. Nadie respondió a la llamada, solo el chasquido que abrió la puerta, y subí una escalera apenas iluminada. Un recibidor amplio, con fotografías de chicas anunciando productos, una mesa con teléfono gris y un archivador que, aposté algo, estaba vacío. Tras la mesa había una mujer entrada en años, elegante y maquillada como una actriz a punto de entrar en el plató, del todo incongruente con el lugar y la hora. Y amable, desde luego:

—Michelle me ha avisado que iba a venir.

«Muy bien, Michelle, muy profesional.»

—Le atenderá Jenny. Es muy cariñosa y de buena familia.

Jenny era joven, poco más de veinte, supuse. Vestida con vaqueros y camiseta que se quitó antes de abrir la boca. Después de mostrar su cariño y su profesionalidad, todavía desnuda y recostada en la almohada, me habló de su ilusión de desfilarse por una pasarela, incluso de llegar algún día a protagonizar una película:

—Estudio interpretación, ¿sabes?

O fingía muy bien o realmente le interesaba saber cosas de mí. Me hizo muchas preguntas, sobre mi vida anterior, sobre el trabajo. Uno no va hablando de sus cosas, pero no hay mejor lugar que una cama o, según Muñoz, un confesionario. Salí depositando un beso en la mejilla de la chica y prometiéndole que volvería otro día.

Mi apartamento estaba tan solitario como era de esperar. Abrí la nevera, saqué una cerveza y me quité los zapatos. Tendido en el sofá, después de un largo trago, el timbre del teléfono cortó en seco el relax. Y me imaginé una voz masculina murmurando: «Cristóbal. Coge el teléfono, vamos». Una voz conocida, muy conocida. Volví a recostarme en el sofá y eché otro trago de cerveza.

9

A media mañana, mientras peleaba con la máquina de escribir redactando el informe del interrogatorio, tuve la primera sorpresa del día.

—El jefe quiere verle —me dijo un uniformado.

Sentado en uno de los sillones de la mesa de reuniones, en el despacho del comisario, estaba el hombre al que no tenía ningún interés en volver a ver, el mismo que me había llamado. Había envejecido algo, pero conservaba sus rasgos duros aunque con un poco menos de pelo en la cabeza.

—¡Ah!, Molina —dijo deferente Márquez—. Aquí tengo al comandante Ortiz de Gárate.

—Encantado de volver a verte, Cristóbal.

—Germán..., enhorabuena por el ascenso, no me había enterado —dije estrechándole la mano.

—El comandante ha venido en viaje privado a Barcelona —dijo el comisario— y ha querido saludarnos. Al parecer, fueron ustedes compañeros en la Armada.

—Sí, señor comisario. De hecho, era mi superior —respondí mientras en segundo término sopesaba la calificación de «viaje privado».

Germán Ortiz de Gárate, miembro del servicio secreto militar, jamás hacía un viaje privado.

—Superior, sí, pero también amigos, ¿no es cierto? —apostilló Ortiz.

Siguieron una serie de banalidades, una extraña conversación en la que ninguno de los tres dejaba entrever ni por asomo lo que pensaba o lo que pretendía. Finalmente Ortiz de Gárate dijo algo de tomar una copa por los viejos tiempos y él y yo salimos del despacho. Atravesamos el edificio sin decir palabra. En la puerta charlaban varios agentes y más abajo, al otro lado de la Vía Layetana, un montón de gente se agolpaba frente a la delegación del Sindicato.

—¿Podemos hablar en algún sitio? —preguntó Ortiz—. No me gustan las multitudes.

Las calles adyacentes tenían una variada oferta de bares, cafeterías y restaurantes, pero preferí andar un poco y meterme en un local con pocas probabilidades de albergar a policías fuera de servicio.

—¿Cómo estás? —preguntó Ortiz con un punto de sinceridad en la pregunta—. Me han dicho que te has integrado bien.

—Te han engañado. —Sonreí—. No me motiva tratar con putas y carteristas. Y ahora dime, ¿qué estás haciendo aquí? Porque no has venido a verme.

—Pues sí. He venido a verte.

—¿Qué estás haciendo ahora? También dejaste Guinea, ¿no?

—Sigo en la Tercera Sección, pero ahora tengo otro patrono. Y esa es la razón por la que

estoy aquí.

—Acabas de decir que has venido a verme.

—¿Sabes quién participa en las regatas?

—¡Acabáramos! —exclamé y añadí con retintín—: Estás trabajando para él, para su alteza el príncipe Juan Carlos de Borbón y Borbón.

—No exactamente. Trabajo para Presidencia y me han encargado de la protección y el buen nombre del sucesor.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? Ni siquiera estoy ya en el servicio.

—Vamos, Cristóbal. Lo sabes perfectamente. Un escándalo en la regata no lo podemos permitir con su alteza por medio. Estoy seguro de que lo entiendes.

—¿Escándalo? Hay un tipo muerto y estamos buscando al culpable. Y sí, tienes razón, el príncipe Juan Carlos anda por aquí patroneando un velero, algo que nadie tuvo la deferencia de comunicarme. Y ahora vienes tú, enviado directamente desde la cúpula del Estado. ¿Qué está pasando?

—Pues que los periódicos de media Europa están sacando que en la regata de Barcelona se ha cometido un asesinato y resulta que tú estás llevando el caso. Por lo que me han dicho, tenéis un sospechoso.

—Podríamos decirlo así. Pero para empezar, el crimen no ha sido en la regata, sino en el Club Náutico, que es muy diferente...

—Está muy bien la apreciación. Pero de ti espero más.

—¿Y qué esperas si puede saberse?

—Que cierres el caso. Ya. Tienes al culpable. Una pelea entre drogadictos.

—Eres mucho menos sutil que mi jefe. Él solo me dijo que sería una buena solución.

—Pues ya está. Todos de acuerdo. Lo empaquetas y se lo entregas a esa belleza que tienes como juez.

—¿Sabes una cosa, Germán? —dije mirándolo fijamente—. No solo no soy yo quien decide, no es solo eso. La cuestión es que me estoy tomando en serio mi trabajo, como siempre. Lo de Guinea fue una chapuza y no quiero que eso sea mi *modus operandi*.

—Nadie te dice que no hagas tu trabajo —negó Ortiz con sequedad—, son las órdenes que tengo y ni siquiera hace falta que tú o yo lo veamos claro. ¿Recuerdas? Eres un soldado...

—Ya no.

—Un infante de Marina lo es para siempre.

—En eso estamos de acuerdo, pero hay una cosa que se llama justicia y está por encima de otras fidelidades. A pesar de las presiones o las amenazas.

—Tú verás, amigo. Yo te he advertido.

Cuando el comandante Ortiz de Gárate salió del bar, sentí la familiar opresión en el pecho.

El modo en que fui a parar al Servicio de Información Naval tuvo mucho que ver con Germán Ortiz de Gárate, desde luego. Después de cuatro años de servicio en la Infantería de Marina, a punto de licenciarme con los escasos galones de cabo primero, un teniente con el que casi no había tenido relación me citó en las oficinas de los Servicios Generales de la Armada, en Cartagena. El despacho donde me recibió no tenía letrero en la puerta, ni en la mesa del teniente había nombre alguno, pero supe que estaba ante el responsable del SEIN. Y la propuesta fue

sencilla y atractiva: graduación de sargento y trabajo en el servicio por otros cuatro años con un destino en las colonias africanas después de un periodo de entrenamiento. «¿Y por qué yo?», pregunté. Estaba seguro de que mis escauceos con la oposición política eran conocidos, pero el teniente Ortiz de Gárate no estaba interesado en capturar subversivos, sino en aprovechar mis conocimientos de francés e inglés. Era el año 1962 y en la Guinea Española empezaban a organizarse grupos de oposición auspiciados desde Camerún y desde Nigeria. «No tendrás que espiar a tus compañeros de la Armada», me dijo. Y acepté.

Nueve años después, en agosto de 1971, en Santa Isabel amaneció un día como otro cualquiera en la época de las lluvias. Al tórrido sol de media mañana le sucedió una cortina de agua que embarró las resecaas calles y formó torrentes en toda la ciudad. Yo estaba en el opresivo camarote del carguero San Fernando, atracado en el único muelle, intentando establecer contacto con mi base. La radio SSB se negaba a hablar, como si estuviera tan colapsada como mi cerebro. En el cenicero se acumulaban las colillas de las últimas horas y sentía que se me cerraban los ojos después de casi dos días sin dormir. Por enésima vez volví a intentar establecer la comunicación, pero todo parecía haberse confabulado en mi contra, y para colmo, un apagón me dejó a oscuras, salvo por el ojo de buey abierto al mar. Cuando volvió la luz, me sobrevino un ataque de tos que me hizo doblarme, y el vaso de whisky se me resbaló de los dedos estrellándose en el suelo metálico. Tumbado en la litera, pude recobrar el control de los pulmones y después de un trago volví a intentar la comunicación por radio hasta que por fin respondió la familiar voz del operador, pero lo único que conseguí fue una orden tajante. «De orden del comando. Preséntese en el mando de OP. Confirme recepción.»

Después solo recuerdo a Ortiz de Gárate dando una orden imposible:

—Macías ha roto con Obote. En cuanto regrese a Santa Isabel lo va a detener. No es nuestro problema y se ha cancelado la operación. Eso es lo que me han dicho y eso es lo que te transmito. El operativo debe detenerse.

—¿Detenerse? Tú no conoces a los nigerianos. No puede detenerse. Tenemos que pagarles y dejarles hacer el trabajo. O eso o ya puedes ir evacuando a los ciudadanos españoles que queden, y también a los franceses.

—Ni tú ni yo decidimos. Debemos parar la operación. Y no te preocupes por la evacuación, ya está en marcha.

—¡Que dios nos asista! Esto va a ser un desastre.

—No admite discusión. Todo ha sido un engaño, Obote estaba trabajando para la Compañía. Alguien la cagó dando órdenes para cosas que no entendía y ahora se ha descubierto el pastel. Si matamos a Obote, tendremos un lío de tres pares de cojones. ¿Lo entiendes ahora?

—No podemos pararlo, Germán. Te lo advertí, te dije que lo de los nigerianos era una mala idea.

No tenía sentido discutir con él, como no había tenido sentido todo aquello desde un principio. Así que prescindí de malgastar más tiempo y salí tan furioso que hubiera podido pegarle un tiro a mi superior. Del camarote en el San Fernando recuperé la Luger, regalo del cónsul alemán, la coloqué en la funda bajo la sahariana, tomé el maletín de cuero negro y salí, esta vez solo, sin la compañía de mi fiel Severino.

El hombre que me recibió en el viejo caserón de estilo colonial era un mestizo, tenía la cara cruzada por una cicatriz en cada mejilla, vestía a la europea, lo que cuadraba con su piel blanca, pero sus labios gruesos y pómulos salientes contrastaban con todo lo demás. Cuando le enseñé los

fajos de francos franceses y dólares americanos, el hombre se limitó a pasar los dedos por encima y a asentir con la cabeza, como si ya hubiera aprobado la cantidad.

—No me interesa si es posible o no —le dije—. Quiero que se quede con el dinero y que cancele la acción.

—Comunicaré su deseo, pero usted sabe tan bien como yo que no es posible. Es un acuerdo en firme. No hay vuelta atrás.

Cuando salí del caserón se repitió el ataque de asma, que estuvo a punto de hacerme perder el conocimiento, y entonces lo vi. Estaba al otro lado de la calle. Llevaba el torso desnudo, brillante por la reciente lluvia, y un pantalón raído, cortado por la rodilla. En la cabeza lucía el tocado de plumas rojo y blanco, pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos diabólicos, negros, relucientes en la penumbra del amanecer, como los de una fiera de la selva. Dijo algo moviendo los labios, seguramente en yoruba, pero fui incapaz de descifrarlo. Cerré con fuerza los ojos en un esfuerzo por recuperar la respiración y cuando los abrí, el *agé* había desaparecido dejándome la sensación de que todo había sido una pesadilla.

10

El reloj marcaba casi las nueve de la mañana cuando me senté a mi mesa. En el despacho de Franco, tras la cristalera, vi a Muñoz y al joven Planas; el resto de la sala aún estaba vacía. El semblante serio de los tres policías me indicó que algo pasaba antes de que Franco me hiciera un gesto para que entrara.

—Su señoría ha puesto en libertad a nuestro sospechoso —dijo el jefe de la BIC—. Falta de pruebas.

No dije nada, pero estaba más de acuerdo con la resolución de la jueza que con la orden de detención contra Riera. E intuía que también Muñoz lo creía así.

—¿Qué hacemos? —pregunté en mala hora.

—¿Qué hacéis? —tronó Franco—. Buscar pruebas y volver a encerrar a ese idiota. Quiero que lo entreguéis empaquetado a su señoría.

—No entiendo a Franco —dije una vez fuera del despacho—. ¿Qué quiere?

—Acusar a Riera y pasar de todo —murmuró Planas—. Y conservar el puesto.

—Cuida tu lengua —dijo Muñoz.

Planas hizo un gesto con el dedo corazón y se abrió dejándonos solos.

—Tengo algo para ti —añadió Muñoz y me alargó el periódico que llevaba en la mano.

Estaba doblado por la página de información de Barcelona, y Muñoz había destacado con rotulador un titular en una esquina: «A los tres meses del suceso de la calle Capitán Arenas». Era un artículo de apenas cuatro párrafos que resumía la historia de un expediente judicial desaparecido. Leí en voz alta uno de ellos:

La desaparición ha sido confirmada oficialmente cuando el secretario del citado juzgado ha presentado la denuncia correspondiente ante el juzgado de guardia. La Policía realiza investigaciones.

—¡Manda cojones! —exclamé—. ¿Y quién está investigando?

—Franco se lo ha encargado a Iglesias.

—Será una broma. —Me quedé mirando a Muñoz sin acabar de entender el asunto.

—Mejor no menearlo. Nosotros a lo nuestro. Esta tarde nos vamos a ir a ese hotel de Vic.

—¿Esta tarde?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Más que un hotel, el Ciudad de Vic era uno de esos modernos apartahoteles, con habitaciones

muy independientes, una fachada ultramoderna y unas enormes letras doradas adornando la entrada. Me dieron ganas de acomodarme en uno de los sillones de la recepción, con aspecto de lugar ideal para los preliminares o para echar una siesta. La mujer que había tras el mostrador nos miró de arriba abajo, pero supongo que no le dimos tiempo de hacerse una idea porque Muñoz le mostró su identificación antes de que pudiera abrir la boca.

—Buenos días, señorita. Somos los inspectores Muñoz y Molina.

—Necesitamos hacerle unas preguntas —añadí yo y le mostré la fotocopia de los restos del papel con el nombre «A. García» claramente destacado—. ¿Reconoce este documento?

—Es..., parece uno de nuestros recibos.

—¿Puedo ver sus registros?

—Claro —dijo la mujer, rubia y con aires de profesionalidad.

Muñoz, sin decir una palabra, dio unos pasos alrededor admirando el vestíbulo, con sus paredes de color sepia y sus cuadros de El Corte Inglés.

—Es un hotel muy discreto —dijo con su tono más amistoso.

Mientras intercambiaba amabilidades con la recepcionista yo revisé el libro de registro desde el día en que apareció el cadáver de García Rañé hacia atrás, pero no apareció su nombre. En el resguardo que yo había encontrado en casa del finado se había borrado la fecha, así que no tenía modo de afinar la búsqueda. Dejé el libro sobre el mostrador de recepción y me acodé sobre él bajando la voz:

—Dígame una cosa. Si aquí el inspector Muñoz, por ejemplo, viniera un día con una jovencita a pasar una noche, ya sabe, para ver el amanecer, ¿cabría la posibilidad de obviar la obligación de inscribirlo en el libro de registro, por pura discreción?

La recepcionista ya iba a decir algo cuando por el panel trasero apareció un individuo, el jefe sin duda, tan trajeado como nosotros, solo que con un atuendo mucho más caro y bien planchado. Lucía una sonrisa acartonada y su «¿Qué ocurre, Cristina?» sonó tan falso como un billete de tres mil pesetas.

—Estos señores... —balbució ella.

—Inspector Muñoz, inspector Molina —dije mostrándole mi identificación.

—Soy Juan Amat, director del hotel. ¿En qué podemos ayudarles?

—Verá. Aquí debe de haber un error. Nos consta que el señor Alberto García Rañé es cliente esporádico de su hotel pero, ¡oh!, observo consternado que no figura su nombre en el registro. Supongo que se trata de un error, claro...

—Este documento que me muestra —dijo el director—, ¿no tiene el original? Tal vez sería más fácil ver...

—Tenemos algo mejor —intervino Muñoz. Con parsimonia sacó su cartera del bolsillo interior de la americana y de ella la fotografía que mostró al señor Amat—. La reconoce ¿verdad?

Hay gente que no sabe mentir. O que cree que sabe, pero no controla la pigmentación de las mejillas, el movimiento de los ojos, el ligero temblor de las manos o el hecho de tomar aire en profundidad. La foto que le había mostrado Muñoz al señor Amat desde luego no era la de García Rañé, sino la de Teresa Cunit. Si alguien necesitaba discreción, era un personaje como ella, y por añadidura su acompañante.

—¡Por favor!, Cristina, ¿te importa ir a traernos unos cafés? —dijo y la mujer debió de entender que preparar tres cafés le iba a llevar un buen rato.

—Entendemos que lo que afecta a la señora... debe tener cierta discreción —dijo Muñoz en voz baja— y no queremos iniciar una investigación sobre los clientes de su hotel, ¿me entiende? Solo queremos confirmar que la señora de la fotografía y este joven —entonces sí le mostró la fotografía de Alberto García Rañé— se han alojado habitualmente en este hotel. ¿Me ha entendido?

El señor Amat lo entendió perfectamente. Cuando salíamos del Ciudad de Vic de regreso a Barcelona podíamos afirmar con toda seguridad que el caso del Náutico tomaba otros derroteros.

—¿Has visto? —sonrió Muñoz—. Al director se le caía la baba hablando de Teresa Cunit. Ahora lo primero es hablar con la señora y matamos dos pájaros de un tiro. Le sonsacamos lo que sea con su amante y nos aseguramos de que la coartada del tal Fernando es falsa. Pero antes tengo algo especial para ti.

Me explicó, con su habitual calma, aquella propuesta tan especial y le escuché. Lo que Muñoz quería me pareció, como mínimo, sorprendente.

—¿Por qué yo? —le pregunté.

—Llámalo intuición. Das la impresión de ser una persona sensible.

—Vete a la mierda.

—Franco ha dicho que seamos buenos chicos y que ayudemos a la juez en el mal trago, ¿qué quieres, que envíe a Iglesias?

—Esto me suena a encerrona. No le caigo bien a Franco y tampoco a la juez. Es más, a esa no le caemos bien los polis. Te lo aseguro.

—Razón de más. Su señoría le quiere dar la noticia de la muerte de su hijo y pide que vaya un policía con ella. ¿Es tan difícil de entender?

—Debería ir Franco, joder, Muñoz. Por no decir que podías ir tú.

—Bueno. Esta discusión no sirve de nada. ¿Vas a ir o no? La juez te espera el lunes a las once en la Audiencia. ¡Vamos! Considéralo un favor personal.

11

La entrada de los juzgados estaba llena, como siempre, desde el guardia civil de vigilancia hasta los abogados, algunos con toga, en corrillos o abriéndose paso a toda velocidad. Y yo allí, todavía rumiando la que me había caído encima. Eran las once de la mañana y el día estaba frío aunque despejado. Mientras fumaba traté de encontrar algún aspecto positivo de la tarea encomendada. El lado bueno no tardó en aparecer. La jueza iba acompañada de su ayudante, al que despidió después de una breve charla. Se había puesto un abrigo demasiado invernal para mi gusto e iba peinada y maquillada como si fuera otra noche de ópera.

—Verá. Siento mucho molestarle con esto —trató de explicarse—. Soy consciente de que es muy irregular y que no corresponde a la Policía dar una noticia como esta, pero le aseguro que se trata únicamente de mi falta de experiencia, si quiere llamarlo así.

—No se preocupe. De todos modos, había que ver a la señora Rañé.

No me importó viajar en el pequeño 127 de la jueza. Ella se puso al volante y salimos en dirección a la autovía.

—He leído algo sobre las demencias seniles, el alzhéimer sobre todo —dijo la jueza cuando enfilábamos la salida de Barcelona—, pero nunca he hablado con ninguna persona que lo padezca. Ya sé que le sonará algo frívolo, pero no lo es, se lo aseguro. Me da pena esa mujer. Ha perdido a su único hijo. ¿Tiene usted hijos?

—No he tenido ocasión —respondí—. ¿Y usted?

—Una hija. Doce años. Es una bendición.

La residencia Los Tilos era un bucólico caserón rodeado de bosque, a escasos kilómetros de Barcelona. Uno de esos sitios donde a uno le gustaría ser enterrado. Debía datar al menos del siglo diecinueve, pero considerado globalmente parecía acogedor si uno no tenía adónde ir. En la entrada nos recibió el director del centro, vestido con la preceptiva bata blanca. Aunque la jueza intentó quedarse en un segundo plano, el doctor no dudó en dirigirse a ella cuando nos dio sus explicaciones.

—El estado de su enfermedad es avanzado. Sus recuerdos se agolpan en su infancia, su adolescencia y, como flases de lucidez, se acuerda de su hijo o de su marido, pero eso suele suceder muy pocas veces. Su memoria inmediata es prácticamente nula. Les saludará y al momento no sabrá con quién está hablando ni qué quieren ustedes, así que han de tener mucha paciencia. ¿Tienen ya alguna idea sobre lo sucedido a su hijo?

—¿Aparte de que haya muerto? —dije.

El médico arrugó el entrecejo.

—Su falta de memoria va avanzando y finalmente el cerebro se olvida de cómo se respira o cómo late el corazón. En realidad..., ya le dije por teléfono que tal vez no sea consciente ni de que tenga un hijo.

—Dígame, doctor —preguntó la jueza—. Su hijo ¿venía a verla?

—A menudo. Pero ya se lo he dicho, no recuerda nada inmediato y a veces lo reconocía y otras no. Incluso es difícil saberlo porque ella tiende a engañarnos. En cierto modo se avergüenza de su falta de memoria.

—Le agradecemos su ayuda —sonrió Esteller—. Molestaremos lo menos posible.

—La enfermera les acompañará.

La habitación de Montserrat Rañé era tan acogedora como el resto del edificio, con cortinas floreadas, un amplio ventanal al jardín y fotos en las paredes. Nos encontramos con una mujer de más de ochenta años, de porte distinguido y facciones agradables. Sonrió al vernos y se acomodó en el único sillón, como esperando algo que la distrajera.

—Han venido a verla, Montserrat —dijo la enfermera.

La anciana nos dedicó una sonrisa y se dirigió a la jueza Esteller.

—Estás muy guapa, hija. Cuánto tiempo sin verte.

—Quieren hablar de su hijo —dijo la enfermera con semblante serio.

La jueza se había quedado completamente desconcertada ante el recibimiento de Montserrat Rañé.

—¡Ah! Tienes un hijo, querida. Yo también tengo uno, se llama Alberto.

—Claro —dijo la jueza y sus mejillas se tiñeron de rojo, un poco perdida—, de él queríamos hablar, de Alberto.

—¿De Alberto? —dijo la señora Rañé con una expresión de absoluta ignorancia.

—Alberto es su hijo —le aclaró la enfermera.

—Alberto, sí. Mi hijo, pero ¿os habéis casado ya?

—Todavía no —negó la jueza haciendo caso al gesto de la enfermera.

—No deberíais esperar más.

—Montserrat —dijo la enfermera—, tienen algo que comunicarte.

—¡Ah!, sí. ¿Te ha recomendado Ignacio? —se dirigió a mí—. Me dijo que lo haría.

—Tenemos una mala noticia —dije haciendo un esfuerzo.

La mujer me miró como si acabara de verme y luego cerró los ojos recostándose en el sillón.

—Ya lo sé —dijo—. Mi hijo ha muerto.

Eso acabó de desconcertarme también a mí. Miré a la enfermera buscando una respuesta.

—Que yo sepa, no recibe más visitas que la de su hijo —dijo en voz baja—. Nadie se lo ha dicho.

—¿Cuándo vino la última vez?

—Venía todos los domingos... salvo este último. —Y añadió en voz baja—: Está muy cansada, deberíamos dejarlo.

—Hijo —Montserrat me miró con unos ojos llenos de cariño—, pídeselo ya. Debéis casaros después de tantos años.

Cuando salimos de la habitación, el director de la residencia nos estaba esperando.

—Supongo que hemos perdido el tiempo y la hemos molestado para nada —confesó Esteller.

—Les ha dicho que su hijo ha muerto —apuntó la enfermera.

—Su memoria falla —el doctor sacudió la cabeza—, pero sigue siendo una mujer muy lista.

—Gracias por todo, doctor —dije al estrecharle la mano.

Ya en el coche encendí un cigarrillo y contemplé de reojo a la jueza, con las mejillas arboladas, todavía muy afectada.

—¿Se encuentra bien?

—Ha sido duro.

—A mí me parecía algo innecesario —dije—, pero en algunas ocasiones uno se tiene que limitar a obedecer órdenes.

Su señoría no respondió. Arrancó el coche y salimos disparados al borde de la multa por exceso de velocidad. Condujo unos minutos en silencio, hasta que dijo:

—Le agradecería que de aquí en adelante me dijera lo que piensa y no se limitara a cumplir órdenes.

—En ese caso, yo diría que ha habido algo interesante. Ella ha dicho que Ignacio recomendó a su hijo para ser marinero.

—¿Y?

—Ignacio Rosell nos dijo que lo recomendó Higinio Mas.

—Bueno. La señora Rañé ha confundido los nombres.

—Tal vez.

El sol estaba declinando cuando enfilamos la autovía hacia Barcelona. En el mismo instante los dos fuimos a decir algo.

—Usted primero —concedí.

—Ayer vino a verme el presidente de la Audiencia. Supuestamente venía a interesarse por el caso del Club Náutico.

—¿Supuestamente?

—Sí, porque en definitiva me sentí presionada para cerrarlo.

—¿Tiene prisa su jefe?

—Me amonestó, de un modo indirecto claro, por dilatar el caso cuando según él tenemos al culpable perfecto. ¿Usted qué piensa?

—Usted ha ordenado su libertad. El chico nos ha dado una coartada para la noche del viernes. No la hemos comprobado todavía, pero por lo visto ni usted ni yo le creemos capaz.

—¿Y en cuanto al móvil?

—Yo diría que él no tiene ninguno, salvo una supuesta discusión por drogas, algo que al parecer les encanta a nuestros jefes. No hay pruebas de que Fernando Riera se dedique al tráfico ni a nada parecido. Aunque si García Rañé traficaba y Riera estaba en deuda con él... Y luego está el absurdo de que él mismo dé cuenta de la aparición del cadáver. Si hubiera mirado para otro lado, nadie se habría fijado en él.

Mis ataques de asma se me presentan como una respuesta de mi organismo al estrés. Y el episodio en la residencia de Los Tilos había sido una situación tensa. Enfilábamos la entrada a Barcelona cuando sentí que me ahogaba. Por un momento pensé que sería pasajero, pero la jueza se percató de que algo iba mal. Dio un golpe de volante a la derecha y se metió en una pequeña explanada frente a una vieja casa de campo tapiada y abandonada. Yo estaba en medio de un violento ataque de tos.

—¡Por dios!, ¿qué le ocurre? Espere... —Esteller salió del coche, corrió a la puerta del acompañante, la abrió y me ayudó a salir—. Respire con calma..., procure no acelerarse...

—¿También es médico...? —jadeé sin perder el sentido del humor.

—Hice un cursillo de primeros auxilios. No sabe lo que puede uno encontrarse en una sala. ¿Qué le ocurre?, ¿asma? ¿Sigue algún tratamiento?

—Tengo un inhalador para... momentos como este... pero lo llevo en mi coche. Ya estoy mejor, gracias.

—Esto... ¿tiene algo que ver con su servicio en la Armada? —preguntó Esteller. Del bolso sacó un pañuelo que me alargó.

—Es una reacción a la profilaxis de la malaria. Entiende usted algo de eso, ¿no?

—Eso quiere decir que estuvo destinado en algún lugar insalubre.

—No sabe cuánto.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí. Suelen ser ataques agudos... Si me tranquilizo, pasan en unos minutos; si me pongo nervioso, puedo estar así toda la noche.

—Pues no se ponga nervioso.

Traté de sonreír. Respiré hondo un par de veces y me apoyé en el capó. Por suerte, parecía que la proximidad de su señoría me tranquilizaba, o al menos no me ponía nervioso.

—Vamos. Venga. Le conviene beber algo —dijo Esteller empujándome al interior del coche.

El bar de carretera donde paramos era grande, destartalado y cutre, pero tenía grandes ventanales abiertos a los huertos circundantes y el sol todavía lo bañaba todo creando un ambiente cálido y tranquilo. Éramos los únicos clientes. La jueza Esteller encendió un cigarrillo y sin preguntar nada pidió un whisky para mí y café para ella. No era un lugar demasiado romántico desde luego, una vieja masía carcomida junto a una carretera ruidosa y apenas iluminada. Esteller me observó mientras recuperaba el aliento y me vi reflejado en la ventana, pálido como un cadáver.

—¿Cómo se encuentra?

—¿Usted no bebe?

—No suelo.

—No se debe beber solo, es de mala educación.

—Está bien —dijo ella. Levantó la mano y pidió otro whisky—. ¿Dejó la Marina por el asma?

—Entre otras cosas.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Sí, señoría, puede interrogarme.

—¿Por qué no ha venido su mujer con usted a Barcelona?

—Es una buena pregunta. No le gusta viajar, es decir, no le gusta salir de su ambiente. Digamos que es la clásica esposa de un marino. Quedarse toda la vida en casa, esperando.

Guardamos silencio mientras el camarero le servía su copa.

—Pero ahora ya no es usted marino —reanudó ella el interrogatorio.

—No. Pero ella sigue prefiriendo su casa y su ambiente. ¿Y usted?

—¿Yo? Mi marido vive conmigo, si es eso lo que pregunta. Llevamos una vida tranquila...

—Perdone, señoría, pero eso suena a aburrimiento.

—No sea impertinente —rio Esteller—. Recién casados, Juan era muy divertido, pero el tiempo pasa.

—Sí. Y hablando del tiempo que pasa, los dos tenemos trabajo.

—Desde luego. ¿Está bien?

—Como una rosa.

—Pues vámonos. Me iba a decir algo —añadió después de apurar el whisky.

Me dio la impresión de que no tenía mucha práctica. El whisky no se bebe de un trago, como si fuera agua mineral. Le conté lo de la segunda teoría, Teresa Cunit y el difunto Alberto y los celos del señor Mas, pero no pareció sorprenderse, o al menos me dio esa impresión.

—Eso nos da otra vía de investigación, ¿no? —opinó con brillo interesante en los ojos—. Riera podría tener coartada. Han mentido en lo que se refiere a quién recomendó a García Rañé. Y la señora Mas tenía una relación con el difunto y presuntamente con el principal sospechoso.

—Sí, demasiados mentirosos —dije sorprendido por la locuacidad de su señoría. El whisky le hacía efecto, sin duda.

—La citaremos y le haré unas preguntas —dijo Esteller—. Para asegurarnos.

—Si no le parece mal, ya estamos en ello —me adelanté antes de que ella siguiera con la mala idea de citar a los Mas en el juzgado.

Sin que Esteller se opusiera, me puse al volante y seguí sus instrucciones hasta un edificio de cuatro plantas rodeado por un frondoso jardín y una verja. Ante la entrada, la ayudé a bajar del coche y la acompañé hasta la puerta tomándola por el codo, asegurándome de que colocaba un pie delante del otro.

—Señoría, está usted en un estado lamentable.

—Mí vida es un aburrimiento, tiene razón —dijo ella con la lengua un poco torpe y sin venir a cuento.

Tuve que ayudarla a introducir la llave en la cerradura. Era una sólida puerta de hierro forjado y cristal, acorde con un edificio señorial. El interior, iluminado, dejaba ver una entrada en colores pastel con cómodos sillones, luces indirectas y alfombra a juego. De algún modo me recordó al hotel Ciudad de Vic, solo que con más estilo.

—Bien. Ahora vuelva a casa y pórtese como una buena chica, señoría.

—Estoy harta de ser una buena chica —balbució Marta Esteller—, y si vuelves a llamarme señoría te acusaré de desacato.

Por un momento, me pasó por la cabeza la estúpida idea de besarla. Tenía sus labios, rojos y entreabiertos, a menos de un palmo; sus ojos, oscuros y risueños, semicerrados; su perfume, dulce y penetrante a la vez. Por suerte, pensé las cosas con claridad, la empujé suavemente hacia dentro y cerré la puerta. Me quedé fuera contemplando cómo Marta Esteller vacilaba hasta alcanzar la puerta principal. Vi cómo la criada se la abría y la ayudaba a entrar. Antes de que se cerrara tras ella, me lanzó una sonrisa que no supe interpretar.

En el taxi de vuelta a casa recuperé del todo el aliento y empleé una dosis extra de cordura para valorar el hecho de que una mujer como Teresa Cunit decidiera poner en peligro su matrimonio y se liara con un joven marinero o con varios, según decía Riera. O en qué momento una jueza de la Audiencia, casada y con una hija, podía llegar a plantearse liarse con un policía.

En el muelle principal del Club, la actividad había bajado de nivel, pero los marineros

trabajaban para poner los veleros a punto. En los tres días de competición, el primer barco clasificado iría a la Olimpiada y aquello parecía espolear a todos los implicados. En un extremo de uno de los pantalanes vi a Fernando Riera en el nueve metros, comprobando una vela algo descolorida que había conocido mejores tiempos. A pesar de la insistencia de Franco, yo no veía la necesidad de detener de nuevo al marinero de guardia, pero no me cabía duda de que el chico sabía algo más.

—Esa vela debería jubilarse —dije.

—¡Ah! Hola, inspector. ¿Entiende usted de barcos?

—Un poco.

—Valen una pasta. No la puedo cambiar, pero todavía me sirve.

—¿Ibas a salir?

—Sí. A dar la última vuelta.

—¿Te importa si te acompaño?

Me quité la chaqueta y salté a cubierta. Hacía un par de años que no pisaba un barco. Ayudé a Fernando a aparejarlo y él puso en marcha el pequeño motor para sacarlo de la dársena.

—No tenía ni idea de que un policía supiera navegar.

—No todos. La mayoría son de secano. ¿Cuánto tiempo llevas en el Club?

—Dos años...

—¿Y Alberto?

—Yo... —balbució Riera.

—Me has engañado. Me dijiste que apenas lo conocías y no es verdad. Erais amigos, muy amigos. Probablemente, erais los mejores amigos. Me he enterado de muchas cosas y he visto fotos.

—Yo... lo siento. Tenía miedo de que... me culparan.

—Si pensara algo así, ya estarías en un calabozo, pero me lo pones muy difícil. Sabías que estaba liado con la señora Mas.

—Todo el mundo lo sabía. A Teresa Cunit le va la marcha.

—¿Y su marido?

—El cornudo más grande de Barcelona.

Sonreí ante su respuesta.

A la barra de la embarcación, Fernando viró dejando a estribor la Puerta de la Paz y se ciñó un poco a babor para dejar pasar la barcaza de Las Golondrinas que se dirigía al muelle de Atarazanas.

—Esa es la última del día —dijo señalándola.

Pasamos por debajo del cable del transbordador y un golpe de viento hizo balancear la embarcación. Todavía había claridad suficiente, pero ya el sol se había ocultado detrás de Montjuïc y algunos mercantes habían encendido sus luces. Avanzamos buscando la salida del puerto en dirección al muelle de Poniente.

Cuando enfilamos la bocana, Fernando apagó el motor y el viejo velero se inclinó al recibir el viento sobre la vela. Por unos minutos disfruté del silencio y del viento frío en la cara. Bajé la cabeza a una seña de Fernando y la botavara me pasó por encima al virar la embarcación. No pude por menos que pensar que los novatos corrían peligro de llevarse un buen golpe.

—¿Qué opinas de Mas, aparte de que sea un cornudo?

—No lo conozco. Nunca me ha dirigido la palabra, pero tiene fama de ser un cabrón.

—Eso ya me lo has dicho.

—No. Quiero decir una mala persona. No me pasará algo por ser amigo de Alberto...

—Depende de la ayuda que me puedas dar.

Hacia horas que el sol se había ocultado cuando Riera acercó el velero hasta la escalera en el muelle de Atarazanas y lo colocó de costado para que yo pudiera bajar a tierra.

—Gracias por todo —dije—. Seguiremos nuestra conversación.

—Cuando usted quiera.

Fernando vio cómo Molina se alejaba caminando en dirección a la Rambla. Se dirigió a su atracadero en el rincón más apartado del Club Náutico y arribó la embarcación con suavidad. Acababa de anudar la amarra cuando alguien saltó a la cubierta haciendo que el viejo velero se balanceara con fuerza. Fernando no tuvo tiempo de decir nada porque un feroz golpe en la cabeza lo derribó sobre la cubierta.

—Hola, Fernandito.

12

Marta Esteller, con un insufrible dolor de cabeza, entró en su despacho atravesando la sala de espera, pero no se le escapó la presencia en la antesala de un hombre con aspecto elegante, pelo escaso y mirada inquisitiva. La jueza ojeó los papeles acumulados sobre su mesa mientras su secretario esperaba en silencio con ese instinto del que siempre hacía gala para saber cuándo debía callar.

—¿Qué ocurre, Manuel?, ¿qué sorpresa me tienes preparada hoy?

—¿Ha visto al personaje que espera en la antesala?

—Superficialmente.

—Se llama Germán Ortiz de Gárate, es comandante y me ha enseñado una identificación de esas que cortan la respiración.

—¿Qué identificación? —inquirió la jueza frunciendo el ceño.

Manuel le alargó una tarjeta de visita donde destacaba el escudo real.

—Algo parecido a esto.

—¡Por Dios! Casa de su alteza real don Juan Carlos de Borbón, príncipe de España. ¿Te ha dicho lo que quiere?

—Ni una palabra.

—¿Hay algo urgente para hoy?

—Nada, señoría. Asuntos rutinarios.

—Bien. Pues entonces haz pasar a la Casa del Príncipe —dijo con un toque de cinismo.

Germán Ortiz de Gárate lanzó una mirada rápida al panel donde la jueza había ido colocando fotografías y documentos relativos al caso del Club Náutico. Lo hizo con tal disimulo que Esteller no fue consciente de a qué se debía aquella visita hasta que el funcionario le dio la primera pista.

—Estará de acuerdo conmigo en que el asunto del Real Club Náutico es una desgracia.

—Toda muerte lo es, señor Ortiz.

—Desde luego, pero este caso tiene, ¿cómo le diría?, connotaciones especiales.

—Antes de que continúe debo advertirle que no puedo hacer comentarios sobre una causa abierta. La Ley de Procesamiento...

—Por favor, señoría. No era mi intención en absoluto. Se trata de que el señor secretario de la Casa de su alteza me ha encargado que le haga llegar la preocupación por un asunto que afecta, aunque sea de modo muy tangencial, a la persona del príncipe.

—¿El hecho de que se dedique al deporte de la vela es causa para que afecte a su alteza?

—Desde el punto de vista de la prensa extranjera, por supuesto. Ya sabe su señoría que

España no goza de demasiadas simpatías entre los Gobiernos europeos.

—Quiere eso decir que don Juan Carlos estaba aquí cuando sucedieron los hechos —afirmó la jueza.

—Yo no he dicho eso, señoría.

—Pero de ser así —continuó Esteller—, entendería su preocupación, desde luego.

—El caso es que el señor secretario estaría muy interesado en que se le dé la mínima publicidad a este asunto.

—No es mi costumbre hacer ruedas de prensa sobre mis casos.

—Por supuesto, señoría. Era solo una expresión de preocupación.

—Bien. Si eso es todo, señor Ortiz, tengo que seguir con mi programa.

—Desde luego —dijo el comandante poniéndose en pie—. No la molesto más. Solo le deseo que, cuanto antes, pueda cerrar este enojoso asunto. Al parecer, ya tiene usted un sospechoso...

—¿Ah sí?, ¿tengo un sospechoso?

—Tal vez esté mal informado, pero ahí —señaló el panel— tiene usted la foto de ese joven, el que dijo haber encontrado el cadáver.

—Es usted muy perspicaz. ¿Y cuál ha dicho que es exactamente su función en la Casa de su alteza?

—Solo soy el ayudante del señor secretario.

—Por el momento, lo que establece la ley es que reúna toda la información posible, esa es la razón por la que tengo la fotografía del joven que encontró el cadáver.

Esteller respondió con una sonrisa al saludo de despedida de Ortiz de Gárate y se quedó un momento tratando de captar el sentido de su... ¿consejo? Hubiera querido hacer alguna pregunta a tan distinguido personaje, pero cuando quiso reaccionar, el comandante ya había salido del despacho y probablemente del edificio de la Audiencia.

Por la mañana, después de una noche intranquila, tomé una decisión. No estaba seguro de que fuera una buena idea, pero el caso es que conduje hasta la Audiencia dispuesto a confiar en la jueza. En la puerta del gran edificio del Salón Víctor Pradera me encontré nada menos que con Iglesias charlando con un individuo bajo y ataviado con toga. Cuando me vieron aparecer, la charla se cortó e Iglesias se acercó a mí con aquella sonrisa que se me antojaba más peligrosa que cualquiera de las muchas especies de araña del África ecuatorial.

—¿Eh, Molina! Tengo que presentarte a alguien. Julián Navarro. Le acaban de nombrar fiscal del caso del Náutico.

—Un placer —dijo el fiscal tendiéndole la mano—. Siento no habernos conocido antes, pero ando un poco agobiado de trabajo.

—Navarro se ocupaba sobre todo de asuntos de orden público —anunció Iglesias—, pero le han dado el caso del Náutico por sus implicaciones. Os dejo. Tengo una declaración ahora mismo.

—En realidad, todavía no me he hecho cargo oficialmente del caso —dijo el fiscal.

—¿Implicaciones? ¿Y puedo saber por qué recurren a un fiscal especializado en el TOP?

—Ya sabe. Por si hubiera alguna implicación... subversiva, algo que pretenda desprestigiar a su alteza.

Mientras subía al primer piso, añadí otro dato al caso del Club Náutico: una politización absurda, lo último que podíamos necesitar. Crucé la antesala del despacho de la jueza e hice un

guiño al ayudante casi cubierto de papeles detrás de su mesa.

—Tenemos que hablar, señoría —dije después de dar unos discretos golpes en la puerta y entrar sin esperar permiso.

—Buenos días. —Esteller frunció el ceño—. Siéntese, por favor.

—Perdone mi brusquedad. Es que he tenido una mala noche.

—¿A qué debo el honor?

—Estamos partiendo de la base de que el Blue Sea se hizo a la mar —empecé sin sentarme, apoyando las manos en la mesa—. García Rañé fue atacado a bordo del barco, cayó al agua, se ahogó y luego los tripulantes o las corrientes lo llevaron al puerto.

—¿Está usted seguro de eso?

—Sí, señoría. Salvo por el hecho de que no podemos probar que el barco salió a navegar esa noche.

—Dígame qué piensa usted. —Se recostó en el sillón y juntó las manos frente a su cara—. Quiero que teorice sobre el móvil y la secuencia de acontecimientos.

—Hay dos posibilidades —dije—. Una es esa, que se hicieran a la mar, que se produjera la agresión y el chico cayera al agua y se ahogara. Luego las corrientes le arrastraron hasta el Club. Es posible.

—¿La otra?

—Que fuera atacado en otra parte. Lo mataron, o creyeron que lo habían matado, y trataron de hacer desaparecer el cuerpo echándolo al mar, llevándolo fuera del puerto, pero no con uno de los veleros de competición, sino con otro barco que pasara desapercibido.

—El de Fernando Riera —murmuró Esteller.

—El de Fernando Riera —confirmé—. Lo sacaron del puerto, tiraron el cuerpo al agua sin darse cuenta de que estaba vivo. Se ahogó y la corriente lo devolvió al puerto.

—¿Y el móvil?

—Un asesinato por celos. En toda regla.

—¿El señor Mas?

—El señor Mas descubre que su esposa, Teresa Cunit, se acostaba con Alberto García Rañé y orquesta el crimen. No lo mata él, claro, sino otra persona desconocida o el mismo Fernando Riera.

—Pero Fernando Riera ha confesado que estuvo con Teresa Cunit, ¿no?

—Lo he dudado desde el primer momento. Habrá que ver qué dice la señora Mas. Está citada en la comisaría.

—¿Y el señor Mas?

—Esa sería la segunda parte.

—De acuerdo. Pero... —objetó ella cruzando los brazos—, ¿eso es todo? ¿Por eso se presenta en mi despacho a las ocho y media de la mañana, sin pedir una cita y saltándose a mi asistente?

—No, señoría. Un par de cosas. Hay un detalle que me hace pensar en la persona del señor Higinio Mas.

—¿Y cuál es ese detalle?

Había tenido toda la noche para reflexionar sobre la conveniencia o no de hablarle de Ortiz de

Gárate, pero ya tenía clara la conexión entre él y Mas, el armador del Fortuna, patroneado por el príncipe, como implicado en el asesinato del amante de su esposa. Eso justificaba de sobra la presencia de mi antiguo superior en Barcelona y su interés por dar carpetazo al asunto, cuanto antes, cargando el mochuelo a Riera por una cuestión de drogas o cualquier otra estupidez. Y así se lo conté a la jueza.

—¿Un enviado de la Casa del Príncipe? Tal vez este. —De un cajón sacó una tarjeta y la colocó sobre la mesa.

Una tarjeta imponente con el escudo real español, el nombre de Germán Ortiz de Gárate y una línea donde se podía leer en primorosa letra: «Casa de S. A. el Príncipe don Juan Carlos de Borbón». Me quedé un instante en silencio y fue ella la que lo rompió.

—¿Quién es? Y quiero decir exactamente.

—Un antiguo compañero del cuerpo. En realidad, fue mi superior. Ahora trabaja para... la Casa del Príncipe.

—Ha venido a verme y de un modo poco sutil me ha presionado para acusar a Fernando Riera y dar por cerrado el caso. ¿Cuál es el segundo detalle?

—Lo acabo de ver ahí fuera. Un fiscal especializado en el Tribunal de Orden Público. Al parecer, lo van a nombrar fiscal del caso. Me da muy mala espina.

—Navarro.

—Estamos bien jodidos, señoría —dije con escaso cuidado por el lenguaje.

—Culpar a Fernando Riera y cerrar el caso.

—¿Qué piensa hacer?

—Yo, mi trabajo. Esperaré a que la Policía me traiga las pruebas de la implicación de Fernando Riera, y si me convencen lo haré detener.

—Sí, señoría.

—¡Ah! Otra cosa —dijo sin mirarme a la cara—, algo personal... Quisiera saber..., ayer..., anoche... ¿hice o dije alguna inconveniencia?

—En absoluto, señoría. ¿Por qué lo dice, si me permite la pregunta?

—No. Por nada. Gracias. Es todo.

Cuando salí del despacho de la jueza no estaba seguro de cuál de los dos asuntos que llevaba con ella era más peligroso.

Teresa Cunit, todo un espectáculo, entró en el despacho del jefe Franco como si fuera una estrella. Iba acompañada de un hombre bien vestido que se presentó como su abogado. La esposa de Higinio Mas vestía de un modo supuestamente sobrio, un modelo beis no demasiado corto y con el cuello cerrado, pero tan ajustado que nos cortó la respiración. Por expreso deseo del jefe, en el despacho solo estábamos Muñoz y yo. Teresa Cunit tomó asiento en la silla que le indicó Franco, quien, de modo muy educado, la sujetó para ayudarla. Luego se sentó frente a ella, puso en marcha el magnetófono y recitó el día, la hora, los nombres de los presentes y el detalle de que la señora Teresa Cunit acudía voluntariamente a prestar declaración como testigo.

—Veamos, señora Mas —inició la tanda de preguntas Franco—. Dígame, para que conste, qué relación le unía al señor Alberto García Rañé.

—Éramos... —dudó un instante Teresa Cunit— muy amigos. Era tripulante del barco de Ignacio Rosell, el Blue Sea. ¿Puedo fumar?

—Sí, claro —concedió Franco—. ¿Muy amigo quiere decir que eran amantes?

—Juzgue usted mismo —dijo Teresa Cunit después de que yo le encendiera el cigarrillo.

—No soy yo quien debe juzgarla, señora Mas. Solo trato de establecer su relación con el difunto.

—¿No ha entendido la pregunta? —dijo Muñoz.

—La he entendido perfectamente. Si se refiere a si nos hemos acostado alguna vez, la respuesta es sí.

—¿Conoce el hotel Ciudad de Vic, señora Mas? —preguntó Franco.

—Sí. Desde luego que lo conozco. Alberto y yo nos alojábamos allí algunas veces.

—Según la información obtenida en el hotel, lo que usted dice «algunas veces» es al menos una vez por semana en los últimos tres meses.

—Eso hacen... —calculó Cunit mentalmente—, unas ¿doce veces?... Lo dicho, unas cuantas.

—¿Conocía su marido esa relación? —siguió indagando Franco sin acusar el sarcasmo.

—Esa es una pregunta que no puede responder mi representada —respondió el abogado.

—Se la haré de otro modo. ¿Cree usted que su marido conocía esa relación?

—La mantuvimos discretamente. ¿No lo haría usted en mi lugar?

—¿Puede decirme a qué horas se alojaban en el hotel? —siguió Franco.

—Siempre por la noche, naturalmente, pero ya lo sabe si ha visto los registros.

—¿Y su marido no la echaba a faltar por las noches? —preguntó Muñoz.

—¿Esto es la Inquisición, señoría? —protestó el abogado.

—No, señor letrado, ya le he explicado la finalidad de estas preguntas —respondió Franco.

—¿Y no sería más procedente hacérselas al señor Mas? —insistió el abogado.

—La verdad es que esperábamos que no fuera necesario mezclar a su esposo —dijo Franco—, pero si le parece más conveniente...

—Mi marido y yo solemos salir por las noches. A veces juntos y otras veces lo hacemos con amigos, por separado. Nunca nos interrogamos sobre nuestras salidas.

—Está claro. Ahora dígame —dijo Franco—. ¿Dónde estaba usted la noche del viernes día 18?

—Los viernes suelo ir a un club en Sarrià. Supongo que estaría allí.

—¿Supone?

—Sí. Estaba allí.

—¿También estaba su marido?

—Es posible. Él también es miembro del club.

Franco guardó silencio un momento y fui yo quien usó la artillería pesada.

—¿Conoce usted a Fernando Riera?

—¿Ferrán? Sí, todo el mundo lo conoce. Está detenido, ¿no?

—Él afirma que estuvo con usted en la noche del día 18.

—¿Connmigo? —sonrió Teresa Cunit—. No. No estuvo connmigo. A ese club solo pueden entrar los socios.

—Él afirma que estuvieron en el barco donde vive, en el club sí, pero el Náutico —dije.

—Pues él miente. En mi vida he estado con ese chico ni en ese barco. ¡Qué tontería!

—¿Ni con ninguno de los marineros de la regata? —dije con mi mejor cinismo.

—¡Por favor! —intervino el abogado—. ¿Esto qué es? ¿Un juicio por moralidad?

—En todo caso por inmoralidad —dije y callé al instante cuando Franco me lanzó una mirada.

—Muy bien —dijo mi jefe—. Por el momento hemos terminado. Si no le importa, tomaremos la dirección de ese club de Sarrià y nos reservamos el derecho de volver a llamarla si es necesario. ¿De acuerdo, señor letrado?

—Sí. De acuerdo.

Cuando Teresa Cunit y su abogado abandonaron la Brigada, algo como una distensión recorrió el lugar. Franco me apuntó con el dedo y sentenció:

—Menos coñas, esto no tiene ninguna gracia. Quiero que interroguéis al señor Higinio Mas, pero en su terreno. No quiero verlo por la Jefatura. ¿Está claro? No me interesa otro festival como este. Y ahora, a por el marinero.

13

El periódico hablaba de la clasificación del velero Fortuna para representar a España en la Olimpiada de Múnich después de derrotar a sus rivales en las tres regatas programadas. La competición olímpica de vela tendría lugar en la ciudad de Kiel, tradicional sede de los deportes de vela en Alemania, y en las fotografías, un sonriente Juan Carlos de Borbón manejaba la rueda del timón del velero clase dragón. Ni una palabra del Blue Sea, propiedad de Ignacio Rosell, estigmatizado por la muerte de uno de sus marineros, a lo que, por cierto, tampoco se dedicaba ni una línea.

Plegué el periódico, me lo metí bajo el brazo y apuré el café. El día era claro y diáfano y en la puerta de la Jefatura, charlando con el policía de guardia, me esperaba Muñoz.

—Cuando quieras —dije.

Higinio Mas esperaba con la expresión corporal del que se sabe superior. Vestía un elegante traje rayado, algo anticuado, y se había peinado cuidadosamente hacia atrás, dando a su cabello gris una regularidad exquisita. Fumaba en boquilla con ese aire de elegancia que solo da la buena cuna o el buen matrimonio. Al concertar la cita, Mas no había hecho ningún comentario sobre la presencia de su abogado ni había mostrado reticencia alguna, y eso, tratándose de un personaje como él, solo podía significar que se sentía absolutamente seguro. ¿Porque no tenía nada que ocultar o porque estaba muy por encima de la ley?

El escenario era un saloncito de estilo rococó, o casi, con sillones tapizados, mesita baja de vidrio y cuadros y estanterías con libros que debían datar de la Revolución francesa. Cualquiera otro se habría sentido impresionado, pero lo que más me sorprendió fue la cuarta persona presente en la reunión: nada menos que Teresa Cunit en persona. No se levantó del sillón en el que estaba sentada, copa en mano, pero nos saludó con un gesto de cabeza. Llevaba un pantalón corto, blanco, y una camisa masculina, lo suficientemente abrochada. Lucía sus piernas largas, cruzadas y espectaculares, como toda ella, y su expresión era de una ausencia total, como si el cuerpo que había allí no fuera el suyo, sino una fotografía en tres dimensiones.

—No les importará que esté presente mi esposa —dijo Mas.

—Si a ella no le importa... —respondió Muñoz.

Nos acomodamos en sendos sillones de estilo, seguramente más caros que nuestro sueldo de un año. Aprecié su extrema incomodidad, una excelente técnica para un interrogatorio, solo que en aquel caso los papeles parecían estar cambiados.

—Comprenderá que hay preguntas que debemos hacerles —dijo Muñoz—. Esto no es más que una encuesta, con la finalidad de atar cabos y presentar a su señoría un informe y un acusado. Mi

principal trabajo ahora es descartar a las personas que, remotamente, pudieran estar implicadas.

—Le comprendo. Y entre nosotros —tomó la mano de su mujer— no hay secretos, inspector.

—Bien. Dígame, señor Mas, ¿estaba usted enterado de la relación de su esposa con el señor Alberto García Rañé? —disparó Muñoz.

—La verdad es que no estaba enterado —respondió Mas sin inmutarse—, lo supe después, cuando ella me lo comunicó tras la muerte del muchacho.

—¿Y anteriormente no fue usted consciente de que su mujer podía tener un amante?

—¿Es esto un juicio moral, inspector? Mi mujer y yo tenemos una relación muy abierta. De mutua confianza. —En ese momento Teresa Cunit sacudió la ceniza de su cigarrillo y obsequió a su marido con una sonrisa, añadiendo una imagen a las palabras—. No formamos una típica pareja posesiva y celosa. No voy fiscalizando las amistades de mi esposa, ni por supuesto ella las mías. Si nos apetece, hablamos de ello, y si no, no; forma parte de la intimidad de cada uno. ¿Usted no respeta la intimidad de su esposa, o debo decir de su pareja?

—¿Dónde estaba usted la noche del día 18? —pregunté yo.

—Pues estuve hasta última hora de la tarde en el Club, revisando el Fortuna. Lo dejé sobre las ocho y media, aproximadamente, y vine a casa. El servicio puede confirmarle que llegué sobre las nueve y cuarto. Había mucho tráfico. Luego me acerqué al club privado, en la avenida del Tibidabo. Llegué sobre las doce de la noche y estuve allí hasta las seis de la mañana, más o menos. Mi esposa también estaba y lo puede atestiguar, aunque ya sé que eso no es determinante en un juicio, pero esto no es un juicio, ¿no?

—Aquella tarde, mientras revisaba el velero o en las instalaciones del Club Náutico, ¿vio usted a Alberto García Rañé? —siguió Muñoz.

—No sabría decirle. Como sabe, no forma parte de la tripulación del Fortuna. Es imposible saber si lo vi o no. Es posible, pero desde luego le aseguro que no llamó mi atención porque no lo recuerdo en absoluto.

—¿Lo conocía usted bien? —indagué yo.

—No. Nada de eso. Por cierto, ¿no les apetece algo, un café? Soy un malísimo anfitrión.

—No, gracias —respondió Muñoz por los dos—. ¿Desde cuándo lo conocía?

—La verdad es que no lo recuerdo. Su padre fue un miembro fundador del Club, incluso antes de que yo formara parte de él. Era pues un muchacho con tradición, pero como él hay muchos, como debe saber. Me es imposible recordarlos a todos, ni destacarlo especialmente.

—Pero usted lo recomendó como marinero al señor Rosell —dijo Muñoz.

—Y en mala hora, pues me he enterado de que andaba metido en..., ya sabe. En asuntos de drogas. De haberlo sabido, habría hecho que lo expulsaran del Club.

—Un error por su parte —dije mirando de reojo a Teresa Cunit.

Por primera vez percibí en ella un atisbo de atención. Tal vez para dejar pasar el instante de nervios, apagó la colilla, tomó la cajetilla de tabaco de la mesilla y sacó otro cigarrillo que su esposo se apresuró a encenderle.

—Lo recomendé, sí. A instancias de... mi mujer, que, claro está, en aquel momento lo conocía más que yo.

Teresa Cunit podría haber sido acusada de asesinato frustrado por la mirada que lanzó a su marido, pero no dijo ni una palabra. Se limitó a lanzar una columna de humo al aire, como si quisiera disipar cualquier mal pensamiento. Higinio Mas, por su parte, dejó escapar una sonrisa

de suficiencia y tomó un sorbo de la copa que había descansado todo el tiempo sobre la mesita.

—Una cosa más. ¿Conoce usted a Fernando Riera? —pregunté.

—Me temo, inspector, que mis amistades se mueven en otros círculos. Probablemente lo tenía visto del Club, pero nada más. ¿Fue acaso él el autor de la muerte del... amigo de mi esposa?

—Todavía es pronto para determinar quién lo mató, señor Mas.

—Bien. ¿Alguna cosa más?

—Nada más por el momento —dijo Muñoz—, ha sido usted muy amable.

Teresa Cunit nos acompañó hasta la puerta con la misma expresión ausente que había mantenido durante la entrevista. Sostuvo mi mirada y luego me dedicó una sonrisa indefinible cuando me estrechó la mano a modo de despedida.

—Siempre es un placer verla —dije.

—Si necesita alguna cosa más, no dude en pedírmelo —respondió ella.

Sentado al volante del coche, me volví hacia Muñoz, que se entretenía en rellenar la pipa.

—Ahora sé lo que se siente al salir de un nido de víboras —dije.

—Vamos a por el tal Fernando Riera —gruñó Muñoz a modo de saludo—, órdenes de Franco.

Era última hora de la tarde y el turno de noche estaba a punto de entrar de servicio. Salimos en dos coches con varios agentes de uniforme en dirección al Club Náutico. El velero de Alberto García Rañé estaba atracado en su sitio, como siempre, salvo por un pequeño detalle. No había ni rastro de su ocupante. La mayor parte de sus escasas pertenencias habían desaparecido, aunque no todas. En el panel seguía colgado el póster de Miguel Ríos, el estrecho armario lucía aún algunas prendas pero los cajones estaban vacíos.

—Voló el pájaro —dije.

En las oficinas del Club no sabían nada de él y lo único que pudieron decirnos es que había desaparecido.

—No hemos estado muy acertados con él —rezongó Muñoz cada vez de peor humor.

Nadie tenía idea alguna de dónde podía estar. No tenía familia conocida, ni constaba ningún amigo, aparte de Alberto García Rañé.

—Nos ha tomado el pelo —me lamenté.

—Es de Barcelona, ¿no? —razonó Muñoz—, lo más probable es que siga por aquí.

En aquel momento uno de los grandes veleros iniciaba la maniobra de desatraque. Con pericia, el timonel se despegó del muelle, puso en marcha el motor auxiliar y la embarcación enfiló la salida de la dársena mientras los marineros preparaban los aparejos para izar las velas. Lo observé mientras se deslizaba suavemente por el puerto y pasaba por delante de la Estación Marítima en dirección a la bocana. Fue entonces cuando mis ojos tropezaron con Teresa Cunit, espléndida como siempre, luciendo uno de sus vestidos cortos y estrechos, aunque con una cazadora para resguardarse de la tarde fría y húmeda.

—Mira quién está ahí —dije señalándola—. Voy a presentarle mis respetos. Esa mujer tiene más misterios que una novela de Allan Poe.

—Estaré por ahí —dijo Muñoz alejándose.

—Señora Mas —saludé inclinando la cabeza como en el siglo dieciocho.

—¿Me va a esposar, inspector Molina?

—Todavía no, aunque estoy tentado de hacerlo.

—La tentación siempre está presente. ¿Le apetece una copa? ¡Ah! Perdone, está de servicio.

—Sí. Intento averiguar quién mató a su amante. ¿Le parece mal?

—Y según usted, ¿quién lo mató, mi marido?

—Dígame usted.

—Verá, inspector Molina. Puedo asegurarle que mi marido es incapaz de matar una mosca, y menos por celos. ¿Celos mi marido? Eso no se ha hecho para Higinio Mas Bernat.

—¿Y comparte con usted las delicias de su club privado?

—¿De verdad lo quiere saber?

—De verdad.

—¿A qué hora termina su jornada?

—No tengo horarios.

—¿Sería muy inapropiado que me recogiera en mi casa a las doce?

—Suficientemente inapropiado.

En la Jefatura apenas había movimiento y la cantina era un desierto en el que el barman daba los últimos toques al mostrador. Pedí un whisky intentando no pensar en nada. Poco antes de las doce salí al pasillo y vi entrar a Velasco con aire de haber descubierto la penicilina.

—Asómbrate —me dijo—. Adivina cómo se llama la agencia de modelos donde están inscritas las dos mozas.

—Asómbrame —dije.

—Twenty, nada menos. Modelos, ¿eh? ¡Ja! ¿Te he contado alguna vez cómo iba eso de las putas en Sebastopol?

—Varias veces.

—Lo llamaban «amor libre», pero lo tenías que pagar igual, ¡ja! Libremente, claro.

No sabía cómo librarme de Velasco cuando vino en mi auxilio el revuelo de una patrulla con un detenido.

—Seguiremos otro día, Velasco.

Tomé un taxi hasta la mansión de los Mas siguiendo las instrucciones de ella. Supuse que no tenía interés en subir a mi decrepito y policial 1430, y también que no tendría demasiada importancia para los Mas el hecho de que yo, el acompañante nocturno de la señora, llamara abiertamente a la puerta. Desde luego, no me apetecía hacerme el clandestino, así que toqué el timbre de la entrada principal y esperé hasta que una criada de pocas palabras me dijo que esperara.

Teresa Cunit apareció ataviada con un abrigo de piel de alguna alimaña en peligro de extinción, pero solo el hecho de verla hacía que valiera la pena la noche.

—¿Le apetece una copa? —pregunté por decir algo.

—Sí, pero seré yo quien invite —respondió ella.

—Lo que usted diga. Por cierto, está usted impresionante —le dije mientras cruzábamos el jardín hasta su Volkswagen.

A aquella hora, pasada la medianoche, el tráfico era escaso en la zona alta de la ciudad. Teresa Cunit condujo deprisa sin dignarse lanzarme ni una sola mirada. Dejó atrás la cuadrícula

del Ensanche y siguió remontando las empinadas calles, enfiló la retorcida avenida del Tibidabo hasta detenerse frente a una mansión de tres plantas, aparentemente a oscuras. Cuando aparcó, me pareció algo torpe y el Volkswagen quedó más o menos pegado a la acera. Se volvió hacia mí. Me fijé entonces en que mostraba una sonrisa relajada y sus ojos parecían tener una ligera bruma.

—Bien, vamos allá y le enseñaré dónde pasamos las noches mi marido y yo, incluida la de ese viernes.

Había un vigilante en la puerta que saludó amablemente a Teresa Cunit y me deslizó a mí una mirada inquisitiva. Nos franqueó la entrada y recibió con elegancia el billete que la señora Mas le deslizó en la mano.

El vestíbulo de la mansión estaba a oscuras, o casi. Tuve que esperar unos instantes hasta que mis ojos se adaptaran y pudieran ver algo de lo que allí se cocía. A primera vista no parecía más que una antesala con algunos sillones donde se charlaba y se bebía. La penumbra era lo bastante espesa como para no reconocer a nadie ni aun haciendo un esfuerzo. Aunque lo intenté, no pude identificar a ninguna de las personas que había en aquella especie de recibidor. Detecté un sofá, ocupado, en la pared más alejada, junto a la amplia puerta que daba acceso al interior. A la derecha había un par de sillones y una mesita, apenas visible gracias a una vela, suficiente para iluminar solo dos copas. De las personas sentadas allí solo pude ver una mano de hombre y otra de mujer cuando tomaron las copas y las volvieron a dejar. Había música suave de fondo, el olor característico de los ambientadores de discotecas y se oían risas al otro lado de la puerta. Una sombra, indudablemente femenina, se acercó a nosotros desde algún rincón y tomó el abrigo de Teresa.

Cuando se despojó de él, tuve que contener la respiración ante el conjunto de ropa interior de la señora Mas.

—¿Siempre viste así? —pregunté.

—¿Queréis fumar? —preguntó otra chica que apareció con un porro en la mano.

—Mi amigo prefiere un whisky —dijo adelantándose, pero ella sí se hizo con el cigarrillo de marihuana.

Cruzamos la puerta del fondo y desembocamos en un amplio salón. La iluminación era algo mayor que la del vestíbulo y la decoración muy semejante. Además, los ojos ya se me habían acostumbrado a la penumbra, aunque no a la lencería de mi acompañante. Una gran escalinata subía hacia el piso superior y al fondo pude distinguir una cortina negra custodiada por un joven trajeado y con pajarita. La chica del porro reapareció con mi whisky y nos indicó una de las mesitas.

Los sillones, canapés y sofás estaban ocupados por parejas o tríos, y el nivel de intimidad había subido varios enteros. Una gran pantalla ofrecía una película pornográfica a todo color. La mayoría de los clientes, o socios o lo que fueran, aún conservaba su ropa, pero el sexo ya podía palpase en el ambiente. Frente a nosotros, un hombre de edad mediana y cabello escaso alternaba sus atenciones a una chica y a un chico, muy jóvenes, uno a cada lado. Junto a la cortina negra, una mujer escultural, con un vestido vaporoso, reía sentada a horcajadas sobre alguien. Nos sentamos en un canapé al lado de una pareja enzarzada en una lucha por quién exploraba más a fondo. Teresa dio una calada al cigarrillo de marihuana y se lo pasó a la pareja.

—Espero que no le importe —dijo. Supuse que atendiendo a mi condición de policía.

—No se preocupe. Ya soy mayor.

—Ese de ahí enfrente, el que está con los dos chicos —dijo Teresa Cunit—, es Jaime Serra,

habrá oído hablar de él, uno de los impulsores de la Feria de Muestras, destacado benefactor de la Iglesia. El hombre que estaba en la entrada, ahí fuera, es un juez de la Audiencia, no le daré el nombre, y la que estaba con él es una dama de la alta sociedad, casada, aunque no con él, naturalmente. Si espera un poco, los verá traspasar la cortina negra.

—¿Es lo que me imagino?

—Depende de la imaginación que tenga.

—¿Y arriba?

—Lo de arriba es la especialidad de la casa. Se tiene que pasar un guardarropa donde debe dejarlo todo, hasta la pistola. Luego entra a lo que llaman la habitación oscura. No hay luz, usted entra y practica el sexo, con lo que se encuentre.

—Interesante.

—Le aseguro que es divertido.

—¿Es ahí donde está su marido?

—No. A él le va más tras la cortina, con un poco de luz. Pero no tengamos prisa. ¿Ve aquella pareja de jovencitos? El chico es hijo de un prestigioso abogado. Papá ya le ha sacado de problemas con drogas varias veces.

—¿Se da cuenta de que soy policía?

—¿Y usted se da cuenta de que aquí hay mucha gente intocable? Y ahora vamos a ver hasta dónde llega su profesionalidad.

Sin más preámbulos, pude apreciar de cerca, tal vez demasiado cerca, aquello que había dicho el doctor Sentís sobre Teresa Cunit. La luz no era problema para desvelar una sexualidad desbordante que, pensé, no era extraño que sacara de sus casillas a un muchacho como Alberto García Rañé, algo que finalmente le había costado la vida. Sus labios sabían a algo indefinible pero extraordinariamente agradable. Intenté identificar qué podía ser pero su lengua hurgando en mi boca lo impidió. Una vez explícitas sus intenciones, se puso en pie, me tomó de la mano y me llevó hacia la cortina del fondo.

El hombre que la custodiaba sonrió a Teresa y la levantó para que pasáramos. Aquella estancia era otra cosa. Las pantallas con películas porno eran dos, había una larga barra de bar y grandes sofás, camas cuadradas y circulares, sillones orejeros e incluso un pequeño escenario. Allí el vestuario ya era escaso y podían verse cuerpos esculturales junto a otros necesitados de un gimnasio y una dieta, o de veinte años menos.

—¿Lo traía usted aquí? —pregunté—. A Alberto.

—No —respondió ella súbitamente seria—, no era esa clase de persona.

—¿De qué clase estamos hablando? ¿Alta burguesía?

—Disfrute de la clase de personas que somos.

Había hombres y mujeres que, como yo, todavía iban elegantemente vestidos; otros, también hombres o mujeres, completamente desnudos. En una de las camas redondas una pareja hacía el amor, ella arrodillada y él tomándola por detrás. Fue ese hombre el que se volvió hacia Teresa, le sonrió y le hizo una indicación con la cabeza. Ella conservó solo las medias negras, el resto de su mínimo vestuario cayó al suelo en silencio y se volvió hacia mí, espléndida, para murmurar: «Tome lo que quiera, hay barra libre».

Tuve que apurar el resto del whisky cuando Teresa Cunit se sumó a la pareja. Nunca había tenido que hacer un esfuerzo semejante, pero preferí alejarme hacia cualquier otra parte. No me

convenía entrar en aquel juego con alguien comprometido en un homicidio. Me retiré unos pasos hasta casi tropezar con una mujer arrodillada frente a uno de los sillones; su cabellera rubia subía y bajaba sobre la pelvis de un hombre. Un poco más allá, una pareja, vestidos ambos, charlaba amigablemente con una copa en la mano. Me senté solitario en un sofá desocupado, todavía confuso sobre cuál era mi papel en aquel antro. Pasaron unos minutos hasta que una pareja joven, ella con un minúsculo tanga y él desnudo, se colocaron a mi lado. Para mí, una situación como aquella no era absolutamente desconocida, solo que ni de lejos las había disfrutado con aquel glamur. Los burdeles de Santa Isabel, de Yaundé o de Tánger no se le parecían. No tuve tiempo de aceptar o rechazar a la parejita porque Teresa Cunit apareció como si fuera mi hada madrina. Despidió a los chicos con una sonrisa y se sentó junto a mí. Se había puesto la ropa interior y se volvió de espaldas para pedirme que le abrochara el cierre. Percibí su olor, ahora mezcla de su exclusivo perfume, sudor y sexo.

—Podríamos ir a un lugar menos público —dijo ella—, si es más de su estilo.

Seguía pensando que no era una buena idea, como tampoco lo había sido besarla, desde luego, pero eso era algo que no impidió que volviera a probar los labios flexibles, suaves y sedosos de Teresa Cunit, recién pintados y con sabor indefinible.

—Besa usted muy bien —dijo ella en voz baja.

—Cosas de la edad.

—¿Nos vamos? —dijo poniéndose en pie.

Teresa Cunit se cubrió con su abrigo y ya en el vestíbulo, iba a decir algo cuando se abrió la puerta principal y se produjo un auténtico revuelo. Dos hombres trajeados hicieron su aparición y tras ellos otro joven, alto y rubio, con una muchacha cogida del brazo. Los dos trajeados apartaron a las personas situadas junto a la escalera que llevaba al piso superior para dar paso al joven. Este se detuvo un instante para mirar a su alrededor y con una sonrisa exclamó:

—¡Querida Teresa!

Se acercó a nosotros en un par de zancadas y vi cómo estampaba dos besos en las mejillas de Teresa Cunit, pero mi atención se desvió hacia un tipo atlético, tan alto como el joven alto y rubio, con el pelo cortado a cepillo y expresión pétreo. El escolta me sostuvo la mirada hasta que su protegido se despidió de Teresa y se dirigió a la escalera.

—Así que son ustedes amigos. —Señalé a Teresa Cunit la escalera con la cabeza.

En aquel momento, desde lo alto, bajó el inexpresivo escolta de pelo a cepillo, que se plantó ante mí mirándome fijamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin perder su inexpresividad.

—Eso podría preguntarte yo, Marín.

—Tengo entendido que has ascendido a policía.

—Y tú a niñera —respondí.

—Voy donde el servicio me envía. A Guinea o a Barcelona.

—Siempre detrás de Ortiz de Gárate.

—No me has contestado. ¿Qué haces aquí?

—He venido a pasar un rato.

—Esto es un club privado y dudo que formes parte —insistió.

—¿Vas a llamar a seguridad?

—Preferiría que te fueras, sin más. Te puedes llevar a la señora si quieres.

—¿Me da permiso tu protegido?

—No me toques las pelotas, Molina. Sabes que no es aconsejable.

—En eso estamos a la par. Pero lo que tenía que ver ya lo he visto, así que estamos de acuerdo.

Fuera, la noche estaba mucho más apacible y estrellada, y a pesar de que hacía frío, noté el sudor en la frente y la opresión en el pecho.

—¿Quién es su simpático amigo? —preguntó ella.

—Obviamente ni es simpático ni es mi amigo. —No quise darle más explicaciones sobre una enemistad que venía de lejos, de mis días en Guinea, cuando tuve la mala idea de liarme con su mujer—. Y me temo que nos ha chafado la noche.

—Es una pena —dijo ella.

—No estoy seguro de que sea muy bueno tener amistades en la realeza —dije sacando el paquete de tabaco.

Teresa aceptó el cigarrillo que le ofrecía y caminamos en silencio hacia el Volkswagen amarillo.

—Como puede imaginar, mi marido es un hombre bien relacionado —dijo.

—¿Y cuán íntima es su relación con su alteza?

—La mía o la de mi marido.

—Empiece por la de él.

—¿Nunca deja de ser un policía?

—Solo cuando me meto en la cama.

—Eso es fácil de arreglar. ¿Quiere que le lleve a casa?

—Tomaré un taxi. ¿No me ha oído? No nos conviene a ninguno de los dos.

—Mis padres son amigos del padre del príncipe —dijo Teresa tras un momento en que pareció contrariada—. Monárquicos de toda la vida. Mi marido se subió al carro y desde hace años tiene negocios con la Casa Real.

—Y el señor Mas resulta ser muy permisivo con los gustos de su esposa —dije.

—Algo así —concedió ella sin ofenderse lo más mínimo.

—Verá, Teresa, su marido es uno de mis candidatos a homicida. Puede que estuviera aquí aquella noche o puede que no, pero nadie va a querer declarar que frecuenta semejante antro. Puede que usted, su esposa, sí lo quiera proteger, pero eso no servirá de nada ante un juez. Le quieren cargar el muerto a Fernando Riera. Puede que la juez siga con esa idea o que le dé por buscar otro culpable.

—Lo de Alberto fue una pena —dijo ella con un ligero temblor en la voz.

—¿Una pena? Curiosa manera de definir un asesinato.

Teresa tenía la mirada perdida al frente y creí ver un brillo húmedo en sus ojos.

—Yo quería a Alberto —dijo—, no era solo un juguete para pasar el rato. Al principio sí, era uno más, pero resultó ser... un chico sensible, inteligente. No era como nosotros.

—¿Quién lo ha matado?

—El mar. El mar lo ha matado —respondió ella. Se abrazó a mi cuello y me dio un largo y profundo beso.

Lo siguiente fue harto complicado pues un Volkswagen amarillo utilitario no dispone de mucho

espacio, pero por suerte Teresa Cunit tenía una gran habilidad física y su escaso vestuario lo hacía todo más fácil.

14

Mi pequeña vivienda estaba en el barrio llamado del Clot, un nombre muy apropiado para mí. La calle era corta, estrecha y de nombre no tan sugerente: Movimiento Nacional. En una esquina, resistiendo a los intentos de borrarlo, figuraba todavía el nombre que la República le había asignado, Democracia. Su encanto radicaba en su tranquilidad y en la existencia de un par de tiendas de alimentación, suficientes para mis necesidades. A las tres de la madrugada todo estaba cerrado y las pocas farolas daban una cicatera luz que apenas disipaba las tinieblas.

Tuve un mal presagio nada más doblar la esquina después de que el taxista me dejara unos metros antes. Desde que había regresado de África, huyendo del recuerdo de los Obote, no dejaba de ver sombras, ojos que me observaban e incluso a veces sentía que la opresión en el pecho y la falta de aire sobrevenían cuando una de aquellas sombras se deslizaba ante mí, furtiva y ligera. «Quiere tu alma», me había dicho el intérprete, y no servía de nada que yo hubiera roto el trato. Una vez que se cierra un trato con un *agé*, ya no puedes rescindirlo. Es como vender el alma al diablo, solo que mucho más peligroso. En el portal del chato edificio de mi apartamento había una sombra, pero aquella no se movió ni trató de esfumarse como otras veces.

Deslicé la mano bajo la chaqueta y acaricié la culata de la Star 9 milímetros. Me acerqué despacio, evitando el centro de la calle, y me planté frente al portal.

—¡Señoría! —exclamé cuando la figura dio un paso al frente.

Marta Esteller se echó en mis brazos sacudida por un sollozo y me sentí envuelto en su perfume, en sus lágrimas y su temblor.

Preparé un coñac y lo deposité en las manos temblorosas de Marta Esteller. Las lágrimas chorreaban por sus mejillas y le temblaba la voz de un modo que unas horas antes hubiera creído imposible.

—Era una voz fuerte, muy autoritaria... Me... insultó, me llamó cosas horribles. Me amenazó...

—¿Qué te dijo?

—Me dijo..., me dijo que sabía dónde vivía, que conocía a mi hija. Dijo que... me atuviera s las consecuencias si yo...

Un sollozo cortó la frase y a mi pesar sentí como si algo parecido a la ternura eclipsara la frialdad analítica necesaria. Puse una mano en su hombro en un gesto más de camaradería que de ninguna otra cosa.

—¿Te dijo eso, que debías atenerte a las consecuencias?

Ella asintió y vi cómo poco a poco recuperaba la compostura. La atmósfera me estaba pareciendo cada vez más pesada. Abrí la ventana, descorrí las cortinas para dar paso al aire fresco y me volví a sentar junto a ella.

—Me dijo que acabara ya con la investigación. Que tenía un culpable y un móvil, y que debía darlo por cerrado.

—¿Cómo era la voz?, ¿disimulaba?

—No. Nada de eso. Un castellano perfecto, una voz clara y fuerte. Frases cortas..., me fijo en esas cosas, soy juez. —La abracé mientras ella seguía temblando—. Lo primero que he hecho ha sido llevar a mi hija con sus abuelos, los padres de mi marido. Viven en una mansión con vigilancia todo el día. Después... me ha entrado mucho miedo..., no quería volver a mi casa.

—¿Amenazó a la niña?

—No directamente, solo que me atuviera a las consecuencias.

—¿Y qué ha dicho tu marido?

—Lo mismo que todos. Que cierre el caso, aderezado con sus celos y su estupidez —dijo Marta y se me quedó mirando.

«Esto es mucho peor que lo de Teresa Cunit», me reproché a mí mismo. Nunca había llegado a ningún grado de intimidad con un juez. No es cosa que uno se plantee disfrutando de toda la lucidez pertinente. Tampoco tenía sentido que me hablara de un matrimonio sin amor o de una carrera judicial que la llenaba por completo. Ni mencionamos el caso del Club Náutico.

No sé qué hora debía ser, pero le cedí mi cama, cerré la puerta del dormitorio y me acomodé en el sofá lo mejor que pude. Me fumé un cigarrillo tan despierto como una ardilla, con el oído puesto en el más leve roce en mi dormitorio, así que oí abrirse la puerta, percibí sus pasos sobre el suelo de madera desgastado y vi su sombra recortada contra la escasa claridad que entraba por el balcón. Cuando se tendió junto a mí en el sofá, con solo unas pequeñas bragas como vestuario, solo repetí: «Esto no es una buena idea», y luego la abracé y dejé de pensar en nada más.

De pie frente a la ventana, Marta Esteller contemplaba las escasas luces de mi calle, que apenas disipaban la oscuridad dejando rincones y portales en la sombra. Aceptó el cigarrillo que le encendí y suspiró profundamente.

—¡Santo Dios! —exclamó en voz baja—. Qué estamos haciendo. Lo hemos complicado todo. La juez, su investigador y...

—¿Y qué? —la apremié.

—¿Y qué? Pues que un personaje que trabaja para la Casa del Príncipe ha hecho acto de presencia. Empiezo a pensar que me eligieron a mí, la novata, porque creyeron que sería más fácil manejarme. Me hicieron una advertencia, no hice caso y ahora me amenazan.

—¿Sabes qué? —dije poniéndome en pie y abrazándola—. En este momento me importa un carajo el príncipe, el Club Náutico y la madre que los parió a todos.

Fue entonces cuando sonó el timbre del teléfono. Descolgué el aparato y de él salió la voz, endurecida, de Muñoz.

—¡Joder!, ¿dónde estabas? Tienes que venir ahora mismo.

15

Su cuerpo estaba entre unos matojos, a un lado de la carretera que rodea Montjuïc, con los ojos abiertos y espantados, como si hubiera visto al demonio. Llevaba una jeringuilla clavada en la vena del brazo derecho y a su lado, tirado de cualquier manera, estaba su macuto, desparramando por el suelo sus interioridades. Para un soldado, la muerte no es noticia. Para un policía es trabajo, pero algunas veces algo se remueve en el interior, aunque uno sea soldado y policía a la vez. Para Marta Esteller podía ser una mezcla de trabajo y de sentimiento.

Llegamos en su coche con poco o ningún cuidado de que alguien se preguntara por qué acudíamos juntos a la escena del crimen. Para un poli, el modo en que te comunican una muerte, un caso al fin y al cabo, no es importante. Puede ser con una llamada telefónica, con una nota escrita sobre la mesa de trabajo, mediante una entrevista en un despacho o una orden tajante comunicada en un pasillo cuando uno va a tomar el ascensor de la Jefatura de Policía. Lo conocía, conocía al muerto. No sé por qué con Fernando Riera mantenía aquella contradicción: podía ser un asesino o podía ser un pobre desgraciado que estaba donde no debía. Sentís estaba ya cerrando su maletín y soltó un profundo suspiro.

—Los nuevos tiempos, señorita. Los nuevos tiempos. Todos los indicios de una sobredosis de heroína. Le haré un análisis de sangre en mi chiringuito, pero tiene toda la pinta. Una pena.

—Señoría... —saludó Muñoz—. Lo ha visto un camionero al pasar. Ha venido una patrulla y lo ha encontrado así.

Junto al cadáver estaba también un inspector del turno de noche y otro agente de uniforme. En la carretera, cortada al tráfico, una ambulancia y varios coches patrulla.

—Atendimos la llamada y cuando llegamos el agente lo reconoció —me explicó mi colega—, lo había visto en el Club Náutico, y entonces he llamado a Muñoz.

—¿Han llamado ustedes al juzgado de guardia? —preguntó Esteller.

—No, señorita —respondió el inspector de noche—. Si no desea nada más. —No esperó respuesta, hizo un gesto con la mano y se alejó.

—¡Dios santo! —exclamó Marta Esteller cuando vio el cuerpo.

No pude por menos de ver la enorme paradoja de una relación que acababa de estallar, entre ella y yo, y el cuerpo desmadejado del muchacho que habíamos compartido como objeto de investigación. En aquel momento deseé estar a kilómetros de allí, lejos de aquella oscuridad, de aquel rincón árido junto a una carretera vacía, en un suburbio tan tétrico como una selva oscura.

La vi sumida en sus pensamientos, tal vez los mismos que los míos. Me dio la impresión de que Marta Esteller no sabía qué hacer. Muñoz ordenó que echaran a los curiosos y que colocaran una cinta limitando el hueco que ocupaba el cadáver del chico. Vestía un chándal azul, no

demasiado limpio, así que supuse que llevaba días por ahí, sin poder cambiarse de ropa o adecentarse un poco. Aún no eran las nueve de la mañana y el cercano barrio de Casa Antúnez ya estaba funcionando en todo su apogeo. Alguien trajo unos cafés desde un chamizo cercano y al poco apareció Bastús con un par de agentes de la Científica que revolotearon alrededor del cadáver tomando notas y charlando con Sentís. La tomé por el brazo y la alejé un poco del grupo, al cuidado de oídos indiscretos.

—Alguien se lo ha inyectado, lo han matado —le susurré al oído.

—¿Qué dices?

—Lleva la aguja en el brazo derecho y te aseguro que Fernando Riera no era zurdo. Nadie que usa la derecha se clava una aguja en ese mismo brazo. Lo han matado y quieren que parezca una sobredosis.

Cuando la ambulancia se llevó el cadáver, crucé una mirada con Muñoz. Vi algo extraño, como si mi único amigo en el cuerpo empezara a pensar que aquello no era lo que parecía.

Del modo más imprudente volví a Barcelona con Marta Esteller mientras dejaba a mis compañeros en el escenario del crimen. Las miradas de los agentes cuando subí al coche de ella lo decían todo, pero me importó una mierda. Trabajo y otras cosas se estaban juntando entre una sucia cuneta y un pequeño utilitario.

Marta condujo en silencio hasta llegar a los juzgados. Entramos en su despacho, cerró la puerta y se derrumbó sobre su sillón. Por un momento creí que se echaría a llorar, pero no llegó a hacerlo. Encendió un cigarrillo y se quedó contemplando el exterior desde el ventanal.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté.

—Nuestro sospechoso ha muerto. Paramos la investigación, le adjudico el delito y cierro el caso. ¿No es eso lo que quieren?

Iba a responderle cuando sonó el teléfono sobre su mesa. Descolgó y la vi palidecer y volver a sentarse. La mano que sujetaba el cigarrillo temblaba. Solo dijo: «Pásamelo». Después algunos monosílabos y: «Pero señor..., sí señor».

—¿Tu jefe? —inquirí.

Asintió y aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Al parecer, todo está claro —dijo ella—. Su señoría Armando Alonso asegura que es un asunto de drogas, una pelea, y caso cerrado. Lo de Fernando Riera, su muerte, no me compete. ¿Te lo puedes creer?

Sentado ante la máquina de escribir redacté mi informe, dirigido a Franco, donde detallé todo lo que sabía, o creía saber, referido a las muertes de Fernando Riera y de Alberto García Rañé. Según iba escribiendo, con la lentitud propia de un inepto para el papeleo, me iba dando cuenta de que estaba cavando mi propia fosa.

Para empezar, hacía mención de la aguja clavada donde no debía, de la oportunidad de la desaparición de Riera, precisamente cuando lo íbamos a detener y a acusar de la muerte de García Rañé. Luego relacioné a García Rañé con Teresa Cunit y, por lo tanto, con su esposo, y lancé la teoría de que Higinio Mas era conocedor de la infidelidad de su esposa.

«El velero Blue Sea salió esa noche a la mar, aunque no haya constancia de ello, con Alberto y Fernando y posiblemente más personas desconocidas —escribí—. Navegando por la costa, Fernando u otra persona golpeó a Alberto con un objeto contundente, probablemente un remo o un

mazo de los usados en las embarcaciones y lanzó al agua el cuerpo y el arma. Alberto, todavía con vida, se ahogó y las corrientes arrastraron el cadáver.»

Para acabar de rematar la faena, o a mí, hice constar que adjuntaba los informes periciales, el del forense y el del profesor Relimpio sobre las corrientes marinas.

Antes de enviar el informe, uno dirigido a Franco con copia a Esteller, decidí que no era mala idea tomarme un respiro. Cabía la posibilidad de que me estuviera equivocando, que a Higinio Mas le importara un carajo lo que hiciera su esposa y que, en definitiva, la muerte de los dos muchachos era lo que parecía ser, un asunto de drogas relacionado con el barrio de Casa Antúnez. De ser así, la muerte de Alberto García Rañé pudo tener lugar en el barco vivienda de Fernando. Los dos solos, en el mar, una discusión que acaba con la muerte de Alberto. Ensimismado, no me había dado cuenta de la llegada de Muñoz. Me miró con una expresión indefinida, pipa en mano y dijo:

—Te invito a un café.

—Que sea algo más fuerte —le respondí.

—Pues vámonos de aquí.

En la barra del Club de Jazz, ante sendos vasos de whisky, Muñoz se dedicó al ritual de encender la pipa mientras yo volvía a dar vueltas al asunto. En nuestro recorrido a pie hasta la plaza Real yo no había abierto la boca, aunque sabía que llegaría el momento de sincerarme con él, hasta donde yo fuera capaz de sincerarme.

El local estaba como siempre, a tope de progres, aficionados al jazz, gente del barrio y chicas dejándose ver. El portero nos había saludado con amabilidad, como si fuera de la familia.

—Estamos bien jodidos —dijo por fin Muñoz tras echar una voluta de humo al aire—. No se habla de otra cosa. Van a cerrar el caso.

—Es lo que procede, ¿no? —respondí tras soltar aire.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara?

—Pues, verás, Muñoz. Puede que sea que no creo en los Reyes Magos o que la felicidad de un poli es que el autor de un asesinato se muera solito sin tener que demostrar su culpabilidad. Pim pam pum. Todo arreglado.

—¿Qué te hace pensar que las cosas no son lo que parecen? —dijo Muñoz después de dar otra calada.

—Tienes experiencia, Muñoz. Hay un sospechoso, un asunto oscuro con mucha gente importante implicada, más de lo que parecía. Y va el sospechoso y se muere. ¿Accidente?, ¿suicidio? Somos polis..., yo he trabajado en sitios donde todo el mundo sabe montar un escenario. Vemos más allá de las simples apariencias.

Le hice un resumen de mi informe y Muñoz enarcó las cejas antes de responder.

—Amigo mío. Eso es lo que podríamos llamar un avispero. ¿Quieres un consejo? Claro que ya sabes lo que te voy a aconsejar. Mira, me falta poco para jubilarme, lo que quiere decir que ni en este caso ni en ningún otro pienso pringarme. Vale, pasa ese informe que nadie te ha pedido, pero cuando lo lea Franco, reza para que no sea tu cabeza lo que pida. Eso lavará tu conciencia porque la decisión la tomará otro, pero estás listo, listo del todo. Y santas pascuas.

—Eso es si estuviera a punto de jubilarme —respondí—. Pero no es el caso. ¿Qué harías si estuvieras en mi situación?

—Haría lo mismo. Piensa que has solucionado un crimen. Míralo así.

—¡Y una mierda! ¿Solucionado? Es posible que Riera matara a su compañero de piso, pero ¿Mas no tiene nada que ver? ¿Dónde lo mató, en el Blue Sea o en su vivienda flotante? Eran dos pardillos, uno con dinero y otro sin un duro, pero dos pardillos. No se saca a la mar un velero de ese calibre así como así. Tenía que haber más gente. ¿Y el cascarón de García Rañé? Si fue en ese bote, ¿adónde iban en medio de la noche? ¿Y por qué Fernando Riera me cuenta un cuento con la señora Mas que no se cree nadie?

Cuando entré en el despacho de Franco me dio la impresión de que era como si se estuviera preparando una encerrona. Estábamos todos, y se había añadido a la reunión el fiscal Julián Navarro, al que Iglesias había tenido la deferencia de presentarme. De hecho, yo recordaba reuniones semejantes donde personas con un poder muy superior tomaban decisiones que después debían transmitir a los pobres pardillos. Franco me dirigió una mirada que no supe interpretar y Navarro, una sonrisa tan falsa como era de esperar. Se podía prever una reunión como aquella, visto el cariz que había tomado todo. En aquel momento pensé que había sido una buena decisión no presentar mi informe. Los papeles que Franco tenía en las manos debían de ser los diversos informes sobre el caso, desde el forense hasta el de Relimpio, el experto en corrientes marinas.

—Bien. Escuchen con atención —dijo Franco.

Hubo un silencio expectante y me senté sin acomodarme demasiado, no conviene ponerse demasiado cómodo cuando uno sabe que la reunión no va a serlo. Supuse que los papeles ya se habían repartido, así que no me sorprendió que fuera Muñoz quien abriera el fuego, por decirlo de alguna manera. Una exposición sucinta, a su estilo, sobre la muerte de Fernando Riera, el marinero de guardia.

No sé por qué, pero a continuación Franco hizo un discurso sobre elucubraciones, teorías de conspiraciones, falta de respeto y de lealtad a los superiores. Solo le faltó acusar de traidor a alguien y aunque nadie lo dijo, todo el mundo, estoy seguro, pensaba en mí y en mi relación con la jueza Esteller.

—No vamos a cerrar el caso todavía. Nos faltan algunos cabos por atar, aunque está claro para nosotros que Fernando Riera tenía todos los números para ser acusado de asesinato o al menos de homicidio. Pero no nos precipitemos. A nosotros nos compete determinar las causas exactas de la muerte de nuestro sospechoso, cuál era la relación de ambos entre sí y qué suponen las drogas halladas en casa de García Rañé.

—No hay pruebas de que se dedicaran al tráfico de drogas —dije dando un salto mortal—, nuestro trabajo es...

—¡Su trabajo es presentar un culpable razonable al juez, o a esa... señora, y dejarse de gilipolleces! —gritó Franco.

Le relampagueaban los ojos y me dio la impresión de que alguien, por encima de él, le había hecho sudar tinta.

—Dígame, señor inspector —intervino la voz meliflua de Julián Navarro—. ¿Qué relación tiene usted con la jueza Marta Esteller?

—Eso no le importa a usted una mierda —le espeté al fiscal poniéndome de pie.

—Siéntese —me ordenó Franco con voz algo más calmada, aunque igual de peligrosa.

Le obedecí pero me dije a mí mismo que no contestaría a preguntas de ese tipo, aunque me costara al puesto, algo que por otra parte no parecía muy lejano.

—Escúcheme atentamente —dijo Franco—. Los hechos. En la noche del viernes día 18 de abril, Alberto García Rañé resultó ahogado en aguas abiertas frente al puerto de Barcelona. En el curso de la investigación se descubrió la relación del muerto con la persona que descubrió el cadáver, Fernando Riera y cantidades significativas de droga en el piso del difunto. El susodicho Fernando Riera apareció muerto el pasado martes por sobredosis de heroína. Todo eso son hechos. Ahora viene la teoría. Tanto Fernando Riera como Alberto García Rañé se dedicaban al tráfico y suministro de drogas. En la noche de autos, probablemente a causa de una discusión por drogas o dinero, llegaron a las manos y Riera golpeó a García Rañé con algún objeto contundente no hallado. No nos importa si fue en el Club o si fue en el mar a bordo de un globo aerostático. El caso es que posteriormente, pensamos que Riera intentó lanzar el cuerpo al mar con el resultado de que Alberto García, que todavía vivía en ese momento, resultó ahogado y Riera volvió con el cuerpo hasta el Club Náutico para ocultar lo sucedido o bien lo devolvieron las corrientes marinas.

Franco se detuvo ahí y me miró fijamente. Todo podía resultar sencillo. Nada de la relación adúltera de la mujer de Mas con el fallecido. Nada de la falta de pruebas sobre tráfico de drogas, nada de análisis forenses sobre Riera y su supuesta adicción a las drogas, nada de comprobar coartadas, nada de la falta de pruebas de cuál fue el barco que se hizo a la mar.

—Así pues vamos a dar por cerrado de una puta vez este caso. A lo más tardar el lunes quiero sobre mi mesa todo lo que puedan reunir para confirmar lo dicho. ¿Está claro?

Todos asentimos, incluido yo.

Tras la ceremonia de adoctrinamiento me senté en un taburete de la cantina de la Jefatura y pedí un whisky y luego otro. El tercero no me lo quiso servir el muchacho que atendía la barra, un policía en prácticas. Así que empecé a sopesar las dos opciones que tenía: quedarme allí como un estúpido delante de un vaso vacío o cambiar de bar, a uno más comprensivo con la falta de decencia, de profesionalidad y de valor. En eso estaba cuando apareció Muñoz. Llevaba una pluma estilográfica en la mano y se entretuvo en sacarle la tinta echándola en mi vaso vacío. Fue un proceso largo y que a punto estuvo de llenarnos a los dos de mejunje azul. Todo con una gran seriedad. Cuando terminó, sacó la pistola de la sobaquera y a modo de martillo chafó la pluma estilográfica con un golpe seco. El barman tuvo que emplearse a fondo para retirar los trozos y limpiar la barra.

—¿Te has vuelto loco? —le pregunté.

—No.

—¿Le has robado la pluma a Franco?

—Sí. —Y nos echamos a reír los dos.

—¿Sabes que las dos chicas trabajaban para la Francesa? —pregunté.

—Me lo ha dicho Velasco, pero ese informe también se ha ido a la papelera, como el de los líos de Teresa Cunit.

—¡Hay que joderse! Mi primer caso como poli y acaba en la barra de la cantina.

—Podía ser peor. Aún no ha acabado.

—¿Sí?, ¿cómo podría ser peor?

—Podemos acabar suspendidos. Tú, desde luego, y puede que yo también. He tenido una conversación con Franco y poco le ha faltado para sacarme la pistola. Deberías hablar con tu juez.

No vaya a hacer alguna tontería.

—Ya —dije—. Y nosotros, ¿qué vamos a hacer?

—Lo de siempre. Cumplir con nuestro trabajo. Yo me voy a casa —dijo Muñoz—. Y tú deberías hacer lo mismo.

No lo hice. Me metí en el coche y conduje lo mejor que pude hasta el Club de Jazz, el siguiente paso en un asunto que no estaba dispuesto a dejar correr.

Michelle no estaba en el bar, ni tampoco en Twenty, Agencia de modelos. Podía esperar a que se hiciera de noche y entonces aparecería, como los vampiros, pero lo mío no es esperar acontecimientos, así que me encaré con Puri, o Jenny, como le gustaba que la llamaran.

—Necesito hablar con ella, ahora mismo —le dije, y supongo que mi tono no daba lugar a malas interpretaciones.

Me dio una dirección, en voz baja y mirando para otro lado, y luego me hizo una pequeña disertación sobre la necesidad de que Michelle, la Francesa, tuviera un lugar donde refugiarse, un lugar discreto y oculto.

—Ella dice que este negocio es muy reñido y tiene que estar siempre en lugar seguro.

—En eso creo que estoy de acuerdo. —Y le prometí que aquella información no saldría de mi boca y que ni siquiera Michelle sabría de dónde la había sacado.

El refugio de la Francesa estaba en un bloque de pisos de lo más normal, muy cerca del Barrio Chino. Pulsé el timbre en el portal y me limité a decir por el telefonillo: «Molina». No preguntó cómo había encontrado su dirección, lo que me hizo pensar que la discreción no debía ser todo lo estricta que Jenny pretendía.

Era un ático no demasiado amplio, pero cómodo y con cierto gusto. Salimos a la amplia terraza después de que yo tuviera que hacer un esfuerzo para reconocer en aquella ama de casa entrada en carnes a la *madame* del Twenty. Se había embutido en una bata de esas acolchadas, sin nada de glamur, y llevaba el pelo recogido, la cara limpia sin huellas de maquillaje y unas zapatillas que las podría haber llevado mi abuela.

—¿Qué me dices de Olga y Sandra? —le pregunté acodados ambos en la barandilla abierta al interior de la manzana, fumando tranquilamente, como dos camaradas.

—¿Qué quieres que te diga, que las dos quieren ser modelos?

—Trabajan para ti.

—Eso ya lo sabes.

—Pero... no necesitan el dinero..., al menos eso creo, ¿no?

—Bueno. Es cierto que son de buena familia, pero tienen ciertas aficiones... muy caras y no pueden ir por ahí pidiendo dinero a papá para ciertas cosas.

—Entiendo. ¿Y qué más?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Olga y Sandra están sospechosamente cerca del asunto del Náutico. ¿Me explico con claridad?

—No sé qué puedo decir —dijo la Francesa dando una larga calada. Fumaba con una elegante boquilla con brillantes, tal vez falsos o tal vez no.

—¿Tenían alguna relación con el difunto..., con los difuntos?

—Alberto solía ir por la agencia. De vez en cuando. Y sí, se relacionaba con ellas, Fernando

supongo que también. Las chicas son habituales del Club Náutico, ya lo sabes. ¿Qué buscas?

No le quise decir que me llamaba la atención que aparecieran en las fotos con García Rañé y en el Blue Sea. Era una posibilidad y uno no cree en las casualidades.

—¿Y qué me dices de Teresa Cunit?

—Va por libre. De esa no sé nada.

—¿Va por libre?, ¿qué quiere decir eso? —No respondió y su silencio levantó aún más mis sospechas. Me encaré con ella y la miré a los ojos—. ¿Hay algo que debería saber? No estás en situación de torearne, Michelle o como coño te llames.

No hay nadie que mienta mejor que una puta, o que una *madame*, claro. Así que no intenté sonsacarla. No iba a soltar prenda, pero estaba claro que sabía mucho más de lo que estaba diciendo: que las chicas, las dos, estaban muy unidas e iban juntas a todas partes, que eran asiduas del Blue Sea y de otros veleros. Cuando salí de su ático seguía sin tener más información y acaricié la idea de llevar a la Francesa ante la jueza. Aunque primero intentaría otro movimiento.

Según la información que teníamos en Jefatura, Sandra Huguet tenía veinte años recién cumplidos y estudiaba primero de Farmacia en la Universidad de Barcelona, además de trabajar como *modelo* en la casa de putas de la Francesa. El problema era que desde hacía días no había hecho acto de presencia en ninguno de sus dos escenarios, la facultad y la agencia Twenty.

El domicilio de sus padres, para mi sorpresa, no se encontraba en Barcelona sino en un pueblo llamado Caldetes o Caldes de Estrach, en la costa, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad. Mis movimientos, aunque no exactamente ilícitos, era mejor que permanecieran en el anonimato, así que no se lo comuniqué a Muñoz, ni a Franco por supuesto, pero pensé que era mejor presentarme en casa de los Huguet de modo oficial, nada de simular un encuentro casual. Una chica que se dedicaba al noble arte de la prostitución, aunque fuera como aficionada, no se dejaría embaucar fácilmente por un tipo como yo, que pretendiera acercarse con cualquier excusa.

El lugar me recordó la mansión de los señores Mas aunque algo más bucólico, con una piscina que rivalizaba con el Mediterráneo y una criada, la que abrió la puerta, más parecida a una madre superiora que a una inmigrante andaluza. Mi presencia intempestiva, la placa y mi educada petición de ver a Sandy al menos llamó la atención de su padre, Ernesto Huguet, alto ejecutivo de la banca, como se apresuró en aclararme.

—¿De qué se trata, inspector...?

—Molina.

—Sí, Molina. Ya me habían hablado de usted. Mi hija ya fue interrogada por un colega suyo. ¿A qué se debe ahora su interés?

—Han quedado algunas lagunas. Estoy recabando información sobre el ambiente que rodeaba al fallecido Alberto García Rañé. Sus amistades, sus contactos. Es el procedimiento habitual.

—Entiendo, pero le aseguro que mi hija no tenía un contacto especial con el señor García Rañé.

—Probablemente tiene razón, pero sería interesante conocer el ambiente en el que se movía. Algo que, comprenderá, no conocemos perfectamente desde la Brigada de Investigación Criminal.

Tal vez fue el nombre de la BIC o mi capacidad de seducción, pero el caso es que Ernesto Huguet asintió en silencio e hizo sonar la campanilla depositada sobre la mesa, junto a la exquisita botella de algún licor prohibitivo que no había tenido la deferencia de ofrecerme. La doncella

atendió de inmediato su petición y al cabo de unos minutos hizo su aparición Sandra Huguet, ataviada con algo parecido a un pantalón, aunque de una longitud notablemente más corta que el mío, el diez por ciento aproximadamente, y una blusa o camisa sin nada debajo, fuera de su anatomía, claro. Traté de pensar en la joven como una fuente de información y nada más aunque era difícil dada su vestimenta, su soltura y su forma de mirar, de todo menos ingenua. Saludó con toda educación y se sentó frente a mí, en otro de los sillones, con las rodillas recatadamente juntas y una sonrisa poco menos que angelical. De hecho, mi sensación fue la de que se acababa de levantar el telón para una representación teatral.

—El inspector Molina quiere hacerte algunas preguntas. ¿Cómo te encuentras hoy, Sandy?

El banquero Huguet me aclaró que su hija se encontraba indispuesta desde hacía algunos días, algo que concordaba con su falta de asistencia a las clases y a su trabajo, por llamarlo de alguna manera, en la agencia. De su respuesta, un murmullo, deduje que se encontraba mucho mejor y me empezó a dar la impresión de que aquella entrevista iba a ser tan difícil como había pensado.

—Dime, Sandra, ¿conocías a Alberto García Rañé?

—Sí —asintió expresivamente—, ya se lo dije al otro inspector, éramos amigos. Solía navegar con él en el Blue Sea.

—Entonces erais muy amigos...

—Amigos —me aclaró Huguet—, yo diría que solo amigos. Era un chico muy retraído.

—Así que usted también lo conocía —disparé al banquero.

—Conocí a su padre, un gran hombre.

—¿Recuerdas dónde estabas la noche del viernes 18?

—Claro —respondió con rapidez—, aquí, en casa, estudiando. Tenía un examen el lunes.

—Ya. Estudias Farmacia, ¿no es cierto?

—Sí. Farmacia.

—Pero... esa semana no había exámenes programados —dije sin tener la menor idea de si los había o no.

—Bueno..., yo..., tal vez no los hubiera ese lunes, pero estamos a final de trimestre..., hay exámenes.

—No solo se estudia a tres días de un examen —salió al quite su padre.

—¿Y Olga Nogués? ¿Qué me dices de Olga?

—¿Qué pasa con Olga? —se envaró Sandra.

—¿Tiene que pasar algo? —dije y noté el nerviosismo de padre e hija.

—Los Nogués son una familia..., tenemos muy buena relación —me aclaró el señor Huguet.

—Sí. Estudiáis juntas, navegáis juntas y hacéis trabajos de modelo para la agencia Twenty.

—Eso es más una afición que un trabajo —insistió el señor Huguet.

—Entiendo. Dime. ¿Tienes idea de por qué los padres de Olga han decidido enviarla a estudiar a Suiza en mitad del curso, dejando su carrera de Farmacia?

—No..., no lo sé.

—Bueno. No tiene importancia —dije espantando el aire a mi alrededor—. Una cosa más. Háblame de esa agencia para la que trabajáis, Twenty. Conoces a su directora, claro.

—Creo que Sandy está un poco cansada. Lleva días indispuesta —acudió el padre en auxilio de la hija poniéndose en pie.

Me despedí amablemente con la seguridad de que las dos muchachas, la presente y la etérea, tenían más secretos que las cuevas de Altamira. Lo que no sabía entonces es que nada más salir yo de la casa, Ernesto Huguet hizo una llamada de teléfono.

16

Aunque no confiara en él en absoluto, mi siguiente paso era mi colega Jesús Iglesias. Él se había encargado de la primera entrevista con los Huguet y los Nogués, y aunque la joven Olga ya había desaparecido en las montañas suizas podía ser que Iglesias hubiera averiguado algo, así que lo primero que hice por la mañana fue acercarme hasta su rincón en la cantina de Jefatura.

—Ya pasé el informe a Franco —me respondió con aire suspicaz.

—Lo sé, pero ya sabes cómo son los jefes. ¿Viste u oíste algo que te hiciera sospechar?

—¿A qué te refieres?

—Bueno. No es normal que de la noche a la mañana una chica como ella deje una carrera de Farmacia y se largue a la otra punta del mundo.

—No exageres, Molina. Es Suiza, está a la vuelta de la esquina, hay muy buenos colegios, católicos y de buenas familias.

Iba a decirle algo sobre las buenas familias pero me lo pensé mejor y di media vuelta después de despedirme amablemente.

Marta Esteller miraba por la ventana admirando el oscuro y sucio patio de luces de mi apartamento. Yo no había salido al patio ni una sola vez desde que ocupaba mi precaria vivienda. Había en él restos de lo que parecía una jaula o algo parecido y no quería averiguar si aún mantenía el olor a algo vivo o muerto. La decoración la completaban un tendedero roñoso y unas cajas de madera amontonadas en un rincón con un aspecto realmente siniestro. De vez en cuando caía de los pisos superiores algún objeto, como una pinza de la ropa, una prenda o alguna otra cosa indefinida. Marta tenía una copa en la mano y la escasa luz que entraba por la ventana ofrecía una curiosa radiografía de su cuerpo, cubierto solo por una de mis camisas. Las últimas dos horas las habíamos empleado en hacer el amor, procurando huir de nuestra común preocupación llamada Club Náutico, aunque pensándolo bien tampoco era moco de pavo el lío personal en el que nos estábamos metiendo.

—Creo que estoy bebiendo demasiado —dijo Marta.

—Te sienta bien. Tienes un color muy apetecible. ¿No te echará en falta tu marido?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —dijo volviéndose con furia—. Eres especialista en estropear un buen momento.

—¡Oh! Vamos —me defendí—. Me gustan estas cosas. Uno de los alicientes es engañar a alguien que se lo merece. Tú me lo has dicho.

—A veces creo que el cinismo es parte de ti —dijo ella. Se acercó a la cama y admiré su

cuerpo con una piel muy blanca y con una suavidad cuyo recuerdo me hizo estremecer—. Le he dicho que iba a hacer unas diligencias fuera de Barcelona.

—¿Diligencias? ¿Y si te llama?

—No le he dado ningún número. No soy estúpida. De todos modos, él siempre sospecha, así que no importa que lo engañe, él siempre cree que lo hago.

—Es curioso. Yo tenía un compañero que pensaba algo así. Decía que cuando has hecho algo, si no tienen pruebas es como si no lo hubieras hecho. Lo puedes negar siempre, y siempre tienes razón.

—Sé muy poco de ti —dijo sentándose a mi lado en la cama—. ¿Dónde estabas hace ocho meses cuando me aceptaron en la carrera judicial?

—Pues... acababa de entrar en mi cura de reposo...

No le quise decir que venía del acuartelamiento de El Goloso, donde había pasado semanas de «charla», como llamaron al exhaustivo interrogatorio. Una charla dirigida por un individuo alto, rubio, con el pelo cortado a cepillo y que hablaba un español sudamericano con acento inglés. Seis semanas en el aula de teórica de uno de los batallones. Larguísimas sesiones en las que, una y otra vez, expliqué cómo había ido todo el asunto de los Obote.

—A causa del asma —afirmó ella.

—Sí, del asma y de otras cosas.

—¿Me lo quieres contar?

—No hay nada que contar —dije tratando de sonreír—, un asunto que salió mal y del que quisieron culparme.

Yo había insistido mil veces en que no se usara a los nigerianos para nada y mis superiores, en especial Ortiz de Gárate, no me habían hecho caso. Pero ese aspecto no parecía importarle a nadie. Sí les importaba todo lo que sabía de Bernardo Obote y de cuándo me enteré que trabajaba para la CIA.

—Eso suele pasar. Siempre se busca un chivo expiatorio —dijo ella.

—Me vinieron a ver a la clínica, mis jefes —le conté en voz baja—, y me trajeron un documento de renuncia al servicio en la Armada. Solo lo tuve que firmar. Licenciado con honores y la entrada en la Policía.

—¿Así de fácil? —murmuró ella.

—Así de difícil.

—Pues a mí no me va a pasar —dijo ella—. He citado a la *madame* esa, Michelle la Francesa. Estoy segura de que sabe dónde estaban esas dos niñas la noche de los hechos. Tú mismo me lo has dicho, ¿no?

—No me apetece hablar de eso. Y tal vez deberíamos dormir un poco.

—¿Quieres dormir un poco? —dijo ella mirándome con los ojos entornados. Se puso en pie, se quitó la camisa y dio una vuelta sobre sí misma para que admirara su cuerpo.

—Es usted un poco desvergonzada, señorita.

Hicimos el amor de nuevo. Esta vez muy despacio, aprovechando cada momento. Tuve una visión fugaz de sangre y gritos cuando ella se estremecía sobre mí. Pude controlarlo y relajarme cuando ella se dejó caer, todavía con la respiración agitada.

Poco a poco sentí cómo el cuerpo de Marta Esteller se distendía y cómo su respiración se iba volviendo más lenta y acompasada. Me quedé dormido y de nuevo me asaltaron los fantasmas.

Bernardo Obote tenía cuatro hijos y su esposa, Graciela, era una ibo guineana de una belleza especial, de estatura alta para el promedio de su tribu, delgada a pesar de sus maternidades y con un dulce carácter que la hacía agradable incluso para los rivales políticos de su marido. Había sido siempre bien recibida en los salones del gobernador y en las embajadas occidentales, y era proverbial el cariño y la dulzura con que trataba a su prole. Vivían en una casa no demasiado lujosa, aunque grande, en el barrio de Pequeña España. Desde que había empezado a gestarse la independencia de la colonia de Guinea Española, la casa de los Obote había estado custodiada por la Guardia Civil, pero tras la salida del contingente español nadie se ocupaba de la seguridad de la familia.

Aquella mañana, cuando llegué a la casa a bordo de un jeep de la Policía que había pertenecido a la Infantería de Marina española, lo que me encontré fue algo tan inenarrable que nadie, ni los soldados españoles ni los policías guineanos, había visto algo semejante. El mayor de los hijos, Bernardo, de dieciséis años, estaba literalmente clavado en el suelo, boca abajo, atravesado por una lanza adornada con plumas yoruba. Probablemente, el muchacho había intentado huir de la casa, lo habían cazado en el patio exterior y una fuerza descomunal había clavado su cuerpo contra el suelo húmedo. Las hijas, Berta y Yolanda, de diez y de ocho años respectivamente, habían sido partidas en dos por un machete, y las dos mitades de sus cuerpos, atados por un tobillo, colgaban de la puerta de entrada. Al pequeño Justino, de cuatro años, lo habían dejado al pie de un muro con la cabeza destrozada y restos de pelo y sangre en el mismo muro. En el dormitorio de los Obote, los cuerpos del matrimonio, horriblemente mutilados, estaban atados a la cama empapada en sangre. Les habían sacado los ojos, a ella le habían abierto el vientre y a él arrancado los genitales. A su alrededor había huesos de animales, plumas de ave y restos que podían ser cualquiera de las vísceras de ellos o de sus hijos. Sufrí un ataque de asma tan violento que tuvieron que llevarme inmediatamente al barco hospital, y dos de los soldados se desmayaron ante la escena.

Después de aquello, obtuve un permiso indefinido. Mi informe, acusando a mis superiores de negligencia al mezclar a los nigerianos y provocar aquella catástrofe, fue enviado a Madrid y enterrado entre el inmenso desastre del golpe de Estado de Macías. Ahí tomé la decisión de abandonar la Armada, a pesar de que me ofrecieron un ascenso y un destino en Madrid, involucrado en un nuevo proyecto de Inteligencia. Pero mi asma bronquial fue suficiente para que todo el mundo comprendiera mi baja del servicio, y con una felicitación del Ministerio de Marina salí catapultado a cualquier puesto que deseara en la Administración del Estado, no sin antes pasar por una cura de reposo.

El último día que pasé en Santa Isabel, todavía en el barco hospital, el único periódico de la recién creada República todavía hablaba de la implicación española en la muerte de la familia Obote y daba detalles, algunos reales, otros inventados, de su horrible destino, pero nadie hablaba de los nigerianos, de Onkoro o del *agé* que reclamaba mi alma, al que había visto, o creía haber visto, cuando me sacaban en una ambulancia de la casa de los Obote.

Cuando terminé de contárselo a Marta Esteller me sentí mejor. O al menos, creí que me sentía mejor. El día había amanecido radiante. El cielo era tan azul que casi dañaba la vista mirarlo. Apenas eran las ocho de la mañana y el sol entraba a raudales por la ventana de mi casa.

—Es horrible —dijo Esteller.

Me miró con algo que interpreté como compasión, o simpatía, con los ojos arrasados en lágrimas. Me tomó la mano en un gesto casi maternal y luego me dio un beso en los labios.

—Es la primera vez que me cuentas algo de ti.

—No soy hablador. Lo habrás notado.

—Entonces, ¿qué ha pasado conmigo?

—No lo sé. ¿Importa eso?

Durante unos minutos jugamos a ser una pareja. Preparamos juntos la mesa para el desayuno y cuando silbó la cafetera me acerqué a los fogones y fue entonces cuando me fijé en el Audi.

—¿Has visto eso? —señalé por la ventana.

—¿Qué?

—Ese coche. No pega con el barrio.

—¿Qué quieres decir?

—Quédate aquí —le dije—. Que parezca que seguimos en la cocina.

Fui como una flecha hasta el dormitorio, me puse unos pantalones, un jersey y los zapatos, y tomé la pistola de la mesilla.

No fui lo bastante rápido. Cuando estaba a punto de alcanzar al Audi, oí arrancar el motor, aceleró bruscamente y ganó distancia con rapidez.

—¿Nos vigilaba? —me preguntó ella.

—Desde luego.

—Me estoy asustando.

—Sí. Asusto un poco —dije sarcástico—. Tienes razón. Me estoy volviendo un poco paranoico.

—Será mejor que vuelva a casa, ¿no crees?

—Sí. Será lo mejor.

Detuve el 1430 gris a la puerta de su casa, un 1430 de color gris del que descendió su señoría Marta Esteller. Desde la ventana del primer piso, Juan Farreras podía ver quién era el conductor del vehículo, pero no hacía falta ser muy listo para imaginarlo. Podía pensar que había ido a alguna urgencia como jueza de guardia, incluso que su inspector de Policía preferido la había acompañado de modo profesional, pero aun así pensé que el marido debía sentir algo más que curiosidad.

Me quedé un rato aparcado frente a la puerta, viendo cómo Marta abría la cancela metálica, cómo atravesaba el jardín y cómo entraba en la casa. Me imaginé el ruido de la cerradura, el golpe de las llaves al caer sobre el taquillón, sus pasos por el corredor y el roce del abrigo sobre el perchero. ¿Qué pasa en los matrimonios hasta el punto de que todas aquellas señales, aquellos ruidos, no importan?

Giré la llave de contacto y dejé de pensar en Marta Esteller, y también en mi obsesión, mientras conducía de vuelta al Clot.

17

Paco, el carterista, no solía ir voluntariamente a la Jefatura de Policía de Vía Layetana. De hecho, no solía ir por allí porque cuando los agentes lo invitaban era casi siempre a la comisaría de la calle Conde del Asalto. Pero aquel día se presentó en la Jefatura, lloroso, agitado y con las manos tan temblorosas que nadie hubiera dicho que era un carterista. Lo reconocí nada más verlo. Yo también acababa de llegar después de una lucha conmigo mismo para no quedarme en la cama, intentando respirar. Me había despertado con la sensación de vacío o de fracaso, y la opresión en el pecho, igual que el cielo plomizo me anunciaba un mal día. Cuando vi acercarse al carterista, por alguna razón desconocida, se me despertó el recuerdo de un sueño, una de esas pesadillas que me hacía levantarme angustiado y recurrir al salbutamol.

—¿Qué ocurre, Paco? —le pregunté al carterista, incapaz de expresarse con claridad ante el policía de guardia.

—Tengo que ver a don Florencio —sollozó el hombre—, tengo que ver a don Florencio.

—No sé si está... —dije, pero el uniformado asintió con la cabeza—. De acuerdo, ven conmigo.

Subimos por la escalera a la sala de inspectores, donde Muñoz, repantigado en su mesa, se levantó nada más vernos entrar.

—¡Paco!, joder, ¿qué te pasa?, ¿has visto un resucitado o qué?

—Don Florencio, la Francesa, ¡Dios mío!

He visto llorar muchas veces, desde luego también a hombres, pero aquel no era solo un llanto, era una expresión de desolación que, tozudamente, trataba de conectar con mis propios temores. Muñoz hizo un sitio al carterista para que se sentara en una de las incómodas sillas de madera y le sirvió un vaso de agua de la jarra que había en su mesa. Los otros dos agentes que merodeaban por la sala se acercaron. Para ellos, Paco era también un personaje familiar, aunque habitualmente esposado.

—¿Qué le pasa a la Francesa?

—La han matado, don Florencio. Algún malnacido la ha matado...

Sobre las sábanas que habían sido de color rosa, ahora rojas, encontramos el cuerpo rollizo de Michelle, a la que llamaban «la Francesa», con los brazos y las piernas en cruz. Estaba desnuda, atada por los tobillos y las muñecas a los extremos de la cama en un ejercicio tal vez erótico o tal vez criminal. Con el cuerpo cubierto de cortes y de sangre. La mezcla del olor a sangre y a Clair Matin era tan fuerte que tuvieron que abrir las ventanas para ventilar la habitación. Dos agentes de

la Científica, con mascarillas, tomaban huellas en la cama de latón y en las mesillas de noche, y un policía de uniforme, muy joven, miraba el cadáver como alucinado.

—¿Quién la ha encontrado? —interpelé.

—Una de sus chicas —dijo Bastús—. Jenny o Puri... Está ahí, en otra habitación. La chica tiene llave del piso y vino a ver por qué la Francesa no aparecía y se ha encontrado... esto.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Muñoz mirándome fijamente.

—Nada..., no sé...

—¿Habías visto algo así?

—Algo parecido, pero supongo que son imaginaciones mías.

—Compártelas —dijo Muñoz.

—En Guinea era muy corriente usar eso en las peleas de los nigerianos en las plantaciones. Machetes.

Uno de la Científica se puso a hacer fotos y cada fogonazo del *flash* era como un mazazo que nos recordaba quién era la pobre mujer.

El viejo policía me miró con sus ojos más despiertos que de costumbre.

—¿Qué me ocultas? —me espetó.

—Nada, Muñoz. Su señoría la iba a citar.

—Por consejo tuyo. ¿Y esto es todo lo que has conseguido?

—¡Dios! —exclamó Bastús—, ha tenido que ser algo...

—Un machete, Bastús. Esto lo han hecho con un machete —le aseguré con un estremecimiento.

Salimos del dormitorio mientras los de la Científica terminaban su trabajo. Muñoz guardaba un silencio cargado de mensajes. Despacio, como midiendo cada movimiento, sacó la pipa del bolsillo, luego la bolsa de tabaco y empezó con la larga y ritual operación.

—No había visto una cosa como esta en mi vida, te lo aseguro.

—Yo sí. —Y me estremecí al decirlo.

—Estoy viejo para esto —murmuró Muñoz—. ¿De qué hablasteis?

—Nada en concreto, me dio la impresión de que sabía algo que relacionaba a las dos chicas con el muerto y se lo dije a la juez.

—Pues se lo ha llevado a la tumba.

La Puri, alias Jenny, nos esperaba sentada sobre una colcha floreada que cubría una cama, parte del mobiliario de lo que parecía ser una habitación de invitados. La acompañaba otra de las chicas. A mí ya me estaba costando respirar. Traté de llevar a mis pulmones un poco de aire, presintiendo un nuevo ataque de asma, y me quedé apoyado en el quicio de la puerta. Tenía la sensación de que había algo, un hilo sangriento que me unía con el asunto de Michelle. Estuve un momento traspuesto mientras Muñoz se sentaba junto a la Puri y la tomaba de la mano. Me pareció como si mi compañero se sintiera cercano a la muchacha, una simple prostituta llegada de algún pueblo de la España profunda. La chica se echó a llorar.

—Vamos, tranquila, confías en mí, ¿no?

—Claro, don Florencio.

Muñoz la tomó por la barbilla con suavidad haciendo que lo mirara.

—A ver, cuéntame. Qué ha pasado.

Ella negó con la cabeza. Muñoz volvió a presionarle la mano con una ternura que me dio la

impresión de que mostraba la vena franciscana del viejo policía. Le dio unos golpecitos en la mano y el llanto se hizo más tenue hasta que levantó la cabeza y lo miró con los ojos arrasados en lágrimas.

—Estaba cubierta de sangre..., ¡señor! Nunca había visto algo así..., sangre por todas partes.

—¿Viste a alguien, a alguna persona que entrara o saliera?

—No. A nadie, don Florencio. A nadie. Me puse a gritar y llegaron las otras chicas, y el portero, luego ya no sé, me desmayé, creo...

—¿Vinieron otras chicas? —le pregunté.

—Sí... —intervino Vanessa, sentada al otro lado de Puri—, yo subí cuando oí gritar...

—Está bien. No te preocupes —la tranquilizó Muñoz—. ¿Quieres que te llevemos a casa?

—No, no hace falta, don Florencio. Me viene a buscar mi novio...

—Tú lo tuviste que ver cuando salía.

—Yo no vi nada. Iba con un cliente, vi salir a un hombre.

—¿Le viste la cara? —dijo Muñoz.

—¿Cómo era?, ¿alto, bajo, normal? —la apremié.

—¿Normal? No lo vi bien. Estaba oscuro. Es un portal muy oscuro. Allí se ponen las pajilleras...

—¡Vamos, Vanessa! —exclamó Muñoz—. ¿Cómo iba vestido?

—No lo sé. Ya le digo que todo estaba muy oscuro.

—Creo que llevaba un traje... —dijo Puri.

—¿Y tu cliente no pudo verlo mejor?

—Mi cliente me iba tocando el culo y no miraba. Además, llevaba una kurda importante.

Muñoz asintió. Les dijimos que volveríamos a hablar con las dos.

Encendí un cigarrillo nada más salir del edificio. Muñoz llevaba la pipa encendida en la boca. Se volvió hacia mí antes de que pudiera decir nada.

—No lo quiero oír —dijo apuntándome con el dedo—. No quiero oír historias sobre conspiraciones, ni aquí ni en África.

El discurso de Franco apenas duró dos minutos, pero la orden del día estaba clara: el equipo debía cerrar el caso del Náutico, y Muñoz y un servidor nos ocuparíamos del asesinato de Michelle porque la ciudad de Barcelona no podía permitirse que un individuo fuera haciendo semejante salvajada, aunque la víctima fuera una habitual de los bajos fondos. Ninguno dijimos nada y nuestras expresiones fueron desde la sonrisa desdeñosa de Iglesias hasta la mirada indescriptible que Muñoz dirigió a su jefe.

Florencio Muñoz miró al cielo amenazador, se subió el cuello del abrigo y metió las manos en los bolsillos. Me estaba esperando en la puerta de la Jefatura cuando el inspector de primera Jesús Iglesias se acercó a él y le sonrió de aquella manera que ponía los nervios de punta a Muñoz.

—¿Qué quieres, Iglesias?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No. No he ido a misa este domingo.

—Irás al infierno, pero no era eso. Se trata de Molina.

—¿Qué pasa con Molina?

—Sé que no le caigo bien.

—No caes bien a nadie, Iglesias. Ya lo deberías saber.

—A él especialmente.

—¿Por qué lo dices?

—Se le nota. ¿Qué opinas de él?, ¿es de fiar?

—¿Qué quieres decir? —se mosqueó Muñoz.

—He hecho averiguaciones sobre él. Sirvió mucho tiempo en Guinea. Eso quiere decir que tuvo muchos contactos con negros comunistas, con revolucionarios, militares portugueses, agentes ingleses y americanos...

—¿Y eso qué?

—Nada. Nada en concreto, pero me pregunto si es adicto o no lo es.

—Adicto a qué, ¿a la morfina?

—Muñoz, ya sabes a lo que me refiero. Mi trabajo es vigilar la subversión. Y no sé si Molina colabora...

—Yo tampoco colaboro.

—Ya lo sé, pero lo tuyo es diferente. No colaboras porque te caigo mal, la pregunta es si él no colabora porque le caigo mal o por otra cosa.

—Mira, Iglesias, tienes una mente retorcida. En lugar de hacerte pajas mentales, más vale que vayas a que te las hagan de verdad. O te las haces tú. ¡Que te jodan!

Rezongando en su fuero interno contra Iglesias y sus paranoias, Muñoz inició el encendido de la pipa, pero le habían salido sabañones en las manos y se encontraba más a gusto con ellas a resguardo, así que abortó la operación. Cuando me acerqué yo y encendí un cigarrillo, todavía estaba furioso aunque no supe adivinar si era con Franco, con Iglesias o con todo el mundo.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

—Seguir las órdenes. Tenemos mucho trabajo. Primero ver qué sabe la Jenny. ¿Y tú no tenías una pista con un vigilante del puerto? Pues luego a por él.

El banco de madera parecía especialmente duro y eso que era uno más en el parque, salvo que no estaba vacío como el resto. A aquella hora no había críos correteando ni paseantes, unos en el colegio y los otros a buen recaudo en algún sitio mínimamente más cálido que la intemperie. Desde el banco podía ver la estación de Francia y sus escasos usuarios y poca cosa más, así que detectó enseguida la presencia de su informador, con una bufanda que había conocido mejores tiempos y el escaso cabello revoloteando sobre una cabeza inclinada, como si quisiera asegurarse de cada paso que daba. Paco llegó a su altura y se sentó en el otro extremo del banco.

—Paco, ¿estás disimulando? Todo el mundo sabe que eres mi hombre, ¿te crees que alguien se va a fijar si te sientas más cerca? Tengo el oído un poco duro y no me apetece que grites aquí en medio.

—Vale, don Florencio —dijo el carterista y arrastró su culo hasta colocarse a un palmo del policía.

—¿Qué más has oído por ahí?

—Todo el mundo está asustado, don Florencio. Se dice que hay un grupo de italianos que

quieren hacerse con el negocio. Solo son rumores, pero he oído que le querían controlar el negocio a la Francesa y que ella les dio con la puerta en las narices.

—Eso lo vengo oyendo desde hace años. ¿De dónde lo has sacado?

—Se dice por ahí.

—Venga, Paco. Eso no me sirve. No me vale que te inventes una cosa y ya está. Ya sabes cómo va esto. Tú me ayudas, yo te ayudo.

—Se lo digo en serio. Me lo chivaron de una reunión, de una partida de cartas en la calle Joaquín Costa, ya sabe dónde.

—¿Quién había en esa partida?

—Eso no lo sé, el soplo vino de un primo mío que tiene un amigo camarero y que les servía las copas y las cenas.

—Un primo de un amigo —bufó Muñoz.

—No. Un amigo de un primo. Camarero.

—Necesito algo más, Paco. Un nombre. Una dirección. Se lo debemos a la Francesa.

—No sé nada más, pero le diré una cosa. El amigo de mi primo dijo que había un tipo nuevo con mala pinta, que lo habían visto por los billares de la Avenida de la Luz, ya sabe, los del subterráneo.

—Está bien. Cuéntame cómo era la mala pinta de ese tipo y luego nos vamos, que empieza a hacer frío.

Muñoz lo vio alejarse con los mismos andares, como si quisiera pasar desapercibido, desvalido y asustado, tanto que uno podía llegar a pensar que Paco era un pobre hombre, pero Muñoz sabía que no era lo que parecía. Paco era un superviviente, un tipo duro bien considerado en su profesión y muy bien relacionado, con la habilidad de saber jugar en dos terrenos a la vez, cosa nada fácil pues entre los suyos, los del barrio, todo el mundo sabía que pasaba información a Muñoz, aunque a nadie parecía importarle.

Cuando se levantó del banco, Muñoz notó el familiar dolor en las articulaciones, la prueba más fehaciente de que la jubilación estaba próxima. Caminó despacio hacia la estación pensando en qué podía llevar a casa para la cena y al momento le vino a la imaginación el cuerpo destrozado de Michelle. En sus tiempos, hacía unos cuantos años, había disfrutado de él como casi todos los policías de la Jefatura; el pago de la lozana francesa por los servicios prestados, pero llegó un momento en que ni él ni ella estaban para historias y solo había quedado una buena amistad y una colaboración más cercana a la profesión de él que a la de ella. «Nada mejor que un burdel como fuente de información», le había dicho Franco, como si él no lo supiera, aunque discrepaba en su fuero interno porque sabía que un confesionario era una mejor fuente.

Y luego, en todo aquel asunto, estaban los temores enfermizos de Molina con sus historias de africanos asesinos.

El billar estaba en una galería subterránea, al fondo de un pasillo al que se podía llegar directamente desde la calle, pasando por delante de un cine cutre y desangelado. A primera hora de la mañana no había clientes y las mesas de billar lucían verdes y vacías como campos de césped recién cortado.

El inspector Florencio Muñoz se dirigió a la barra situada a la izquierda, se sentó en un taburete a la espera de que el barman se acercara a él, despacio, como si pensara que su temprano

cliente fuera un peligro.

—Qué hay, don Florencio —dijo sin dejar de frotar el vaso que llevaba en la mano.

—Pues ya ves. Tirando.

—¿Qué se le ofrece?

—Pues un café y un poco de información.

—Lo primero está hecho.

—¿Y lo segundo? ¿Te vas a hacer el remolón?

—Nada de eso, don Florencio, pero a veces usted se cree que yo sé cosas que no sé. Y me cuesta trabajo...

—No digas más. Tú quieres que te pregunte cosas que sabes, ¿no es eso?

—Bueno..., algo así.

—Entonces empezaremos por averiguar lo que sabes y luego te lo pregunto. Vamos a ver. Un tipo, italiano, unos cincuenta años, alto, elegante y que juega al billar. ¿Lo has visto?

—Lo he visto —asintió el barman mirando de reojo a su alrededor—, claro que lo he visto. Hace meses que ronda por aquí.

—Estupendo. ¿Lo ves? Ya hablamos de algo que sabes. Se dedica a...

—Se está haciendo un nombre. Yo no sé nada, pero anda conectando con gente. Maneja dinero, hace amigos.

—¿Qué clase de amigos?

—Macarras —dijo el barman tras una ligera duda—, si quiere le puedo decir...

—Los conozco a todos. ¿Cómo se llama? —Muñoz sacó una libretita y un lápiz de su bolsillo.

—Todos lo llaman Tomasso, nada más.

—¿Ofrece chicas?

—Eso no lo he oído.

—¿Y qué has oído? —preguntó Muñoz endureciendo el tono.

—Me busco la ruina..., don Florencio.

—La ruina te la buscarás si no colaboras —le espetó el inspector—. Ya sabes que te protegeré si me ayudas, pero de mí no te puede proteger nadie.

—Hubo otro... —murmuró el barman.

—¿Otro, qué otro?

—Siempre viene gente nueva, no mucha, pero de vez en cuando...

—¿Me lo vas a contar o tendremos que cabrearnos?

—¡No, por dios! Cuando nos enteramos de lo de la pobre Michelle, resulta que él, el italiano, estaba en tratos con ella. Tenían que verse esa misma tarde... y la cosa se suspendió, claro, ¡qué tontería!

—¿Y el otro que ha aparecido?

—Era un negro. Bueno, no negro, uno de esos mulatos o como se llamen. Solo vino un día y estuvo haciendo preguntas sobre el italiano. Es todo lo que sé. No lo he vuelto a ver.

—Bien. Escúchame. Tienes mi número de teléfono. En cuanto aparezca, me llamas, ¿entendido? Al momento.

—Sí, don Florencio.

—Y con disimulo, no quiero que te vayan a hacer daño.

18

Me gustaba pasear por el puerto. A ciertas horas era un sitio tranquilo y solitario, casi acogedor. Los tinglados, vacíos y oscuros, invitaban a reflexionar, igual que las siluetas de los barcos, silenciosos y apenas balanceándose por un mar en calma. Nada hacía pensar que allí cerca, en las aguas oscuras del Club Náutico se había encontrado un cadáver, un cuerpo que había estado lleno de vida y de ilusiones, o de problemas y contradicciones, pero un ser humano al fin y al cabo. Un pobre tipo que de la noche a la mañana se había convertido en nada, en solo un resto. Desde el muelle comercial, a lo lejos, podía ver el pantalán que terminaba en un ángulo recto, continuando hacia la derecha, y en ese embarcadero estaba atracado el Blue Sea, el clase dragón patroneado por Ignacio Rosell. Era un velero hermoso, grácil, bien construido y que sin duda hubiera hecho un buen papel en la Olimpiada de Múnich. Era un buen barco, bien equipado, y a popa desplegaba la bandera de España. Al otro lado de la dársena había un carguero, un maderero con bandera liberiana.

Unos meses antes, mucho más al sur de El Aaiún, en el precario embarcadero camerunés de Duala, había otro carguero muy parecido, también con bandera de conveniencia. En el muelle me esperaba un europeo vestido con una sudada sahariana caqui y un sombrero arrugado, encasquetado para resguardarse de la lluvia. No lo había visto nunca, pero el hombre me sonrió cuando desembarqué del vapor y me alargó la mano en un cordial saludo.

—Me llamo Sánchez. Trabajo en la embajada de Yaundé. He traído una avioneta y si no le importa nos vamos enseguida a la capital. Este agujero es infumable.

—¿Y en qué trabaja exactamente en la embajada? —dije ya sentado en el todoterreno que nos llevaba a la precaria pista.

—¿Qué le ocurre?, respira mal. Es esta maldita humedad. A mí me pasa a veces.

—No se preocupe..., señor Sánchez.

—Soy el cónsul. Bueno, en realidad una especie de correveidile, todo lo que el embajador no quiere hacer. Me han dicho que ha tenido usted dificultades en Santa Isabel.

—Sí. Dificultades —concedí con un jadeo.

Cada vez me costaba más respirar. En los últimos días los ataques de asma habían sido más frecuentes y más fuertes, hasta el punto de que poco a poco toda mi actividad se estaba volcando en respirar, incluido durante la terrible travesía desde Santa Isabel.

—Yo de usted iría a ver a un médico en cuanto lleguemos.

Sánchez tuvo el buen criterio de llevarme directamente al hospital. Mientras respiraba a través

de la mascarilla de oxígeno, sedado, creía ver al *agé*, que me miraba fijamente desde la puerta de la habitación. Todavía pensaba entonces que la presencia del yoruba era algo mental, que estaba en mi cabeza debido al remordimiento, igual que veía todavía los cuerpos ensangrentados de los Obote. Cerraba los ojos y mientras intentaba recuperar la respiración lo veía todavía, con su risa satánica, sus ojos rojos y sus plumas de colores en la cabeza que le daban un aspecto todavía más fantasmal. «Quiere tu alma», me había dicho el intérprete, y aunque yo había perdido la fe en el alma o el más allá, quedaba dentro de mí un resquicio de temor. En Guinea, la gente corriente, incluso católicos practicantes, no dejaban de creer en los hechiceros y en los espíritus de la selva, del río o de las montañas. Y de Nigeria, con los yoruba, había llegado la tenebrosa religión del Níger.

Al día siguiente recibí el alta de manos de un médico con aire ausente, al que no parecía importarle mucho si estaba en condiciones de salir a la calle. Más bien parecía preocupado por desalojar una cama que, probablemente, era más necesaria para un caso más grave. Me estaba poniendo la camisa cuando apareció mi jefe, el capitán Ortiz de Gárate.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Sobreviviré.

—He venido en cuanto me he enterado. No tenía ni idea de que estuvieras tan... mal.

—No es para tanto. ¿Solo has venido a verme?

—Tengo orden de devolverte a Madrid. Hay un avión que nos llevará a Las Palmas y allí embarcaremos.

—¿Voy detenido?

—No digas tonterías. Yo tengo que volver y me han ordenado que te lleve conmigo. Eso es todo. Tengo un coche ahí fuera.

—¿De qué va esto? —pregunté cuando circulábamos en dirección al aeródromo.

—Ya lo sabes. Obote no era lo que parecía ser. Y ahora hay quien reclama.

—O sea que alguien la ha cagado y me lo quieren cargar a mí.

—No. Alguien la ha cagado y están recabando información.

—Tú sabes todo lo que pasó. El problema es que los americanos no se fían de nosotros y que no iban a compartir una información como esa, ¿me equivoco?

—Ahí está nuestro avión.

Casi no hablamos en el vuelo a bordo del viejo Heinkel. Dormí casi todo el tiempo y en la base naval de Las Palmas una fragata nos esperaba para regresar a su base en Cádiz, así que apenas si tuvimos tiempo de atravesar la ciudad y ocupar nuestro camarote compartido.

De lo sucedido en las semanas siguientes guardo un recuerdo difuso. Por un lado, el regreso a casa de un modo que pareció que solucionaba todos los problemas. Pero una noche, después de hacer el amor con Gloria, tuve una de las horribles pesadillas que devolvió las cosas a su estado normal, es decir, al temor, a los reproches, al bloqueo de toda relación. Gloria estuvo llorando casi hasta el amanecer mientras yo me veía incapaz de decir ni una palabra de consuelo.

Desperté de mi evocación contemplando el carguero de bandera liberiana. Me puse al volante y conduje hacia la plaza de España, donde estaban las oficinas del documento de identidad. Cabía la posibilidad de que el documento de identidad de Ernesto Sala, el vigilante desaparecido, se hubiera expedido o renovado en Barcelona, así que me puse a buscar uno a uno entre los emitidos

los últimos meses. Para ahorrar tiempo, llamé también a la oficina de expedición de Lérica pidiendo que alguien hiciera lo mismo, aunque el funcionario que me atendió no dio saltos de alegría.

El orden de las copias de los documentos era, por decirlo de alguna manera, original. Estaban agrupados por fecha de expedición, algo inútil para mí, así que tuve que repasar uno a uno buscando el de Ernesto Sala y sin la seguridad de que estuviera allí. Tampoco era de despreciar el hecho de que el chico podía vivir fuera de la ciudad y hubiera tramitado el carné en su lugar de residencia. Cuando me di cuenta pasaban las siete de la tarde y yo seguía hurgando entre los carnés de identidad sin ningún resultado. Y de pronto se me ocurrió algo. Si el chico había aprobado un examen de acceso como vigilante, debía estar en algún registro ¿en la Policía! Me llamé estúpido mil veces e hice una llamada a la Jefatura.

Efectivamente, existía un registro de guardas jurados y vigilantes, pero no en la Policía sino en la Guardia Civil, dado que muchos de ellos podían incluso llevar armas. En la Comandancia de la calle San Pablo, el acceso a los registros estaba ya cerrado, pero me aseguraron que podría consultarlos al día siguiente. Se podía decir que había acabado mi jornada laboral, así que tomé una decisión y conduje hasta el Club Náutico.

El camarero me sonrió, me sirvió un whisky sin que se lo pidiera y me susurró:

—Ella está aquí.

Me quedé en la barra sin acertar quién era *ella*, aunque no me importaba demasiado. Pero todas las dudas se disiparon cuando la vi aparecer. Era *ella*, Teresa Cunit, que había elegido lo peor de su vestuario para mantenerla a distancia. Llevaba algo que podía calificarse de vestido, pero no por su tamaño, que apenas sobrepasaba sus caderas y dejaba la espalda al descubierto. Era difícil calibrar dónde terminaban las transparencias y dónde empezaba la nada. Se sentó a mi lado, en lo alto de un taburete, con tal exhibición de piernas que hasta el whisky me pareció bueno.

—¿No va a invitarme a una copa?

Lo hice. Y nos quedamos en la barra disfrutándola. Tal vez fue el alcohol, el desencanto, el futuro que se me avecinaba o la sensación de pasar página, pero el caso es que me sentí a gusto con Teresa Cunit. Alberto García Rañé tenía motivos para estar colado por ella y para meterse «en las vasijas del faraón», como decía Sinuhé el Egipcio. Cuando terminamos el whisky salimos al aire libre y me señaló uno de los yates atracados en el muelle más lejano.

—El Corsario —dijo— es el yate de mi marido. Solo lo usa para hacerse fotografías en la cubierta, sin quitarse el traje, aunque sin corbata, porque según él no es adecuada para un capitán de barco.

El Corsario se mecía suavemente ocultando y mostrando el lejano muelle comercial, y volví a ver la caseta del vigilante. De alguna manera, siempre había tenido la intuición de que aquella caseta era el camino.

—¿Qué hace usted por aquí? —me preguntó Teresa Cunit—. Si no es indiscreción.

—Me gusta el mar.

—No le preguntaré por su trabajo, pero mi marido dice que están a punto de cerrar la investigación.

—Su marido está muy bien enterado.

—Tiene buenas amistades.

—Sí, es lo que tiene codearse con la realeza. ¿Y usted qué tal lo lleva?

—Ya no me tuteas.

—Estoy de servicio. Y hablando de eso, tengo que irme.

—Siempre. Es una constante en su comportamiento.

—¿Se dedica usted a analizar a la gente?

—Solo a los hombres. Resulta fácil —dijo ella.

—Tengo que irme. —Le di beso suave en los labios a Teresa Cunit sin importarme que nos vieran.

Cuando llegué descolgué el teléfono y marqué el número de Gloria. En la comisaría me había dejado un mensaje: «Lláname enseguida. Es urgente» . ¿Urgente?, ¿qué podía ser urgente en un barco que se hunde? A lo mejor, saltar al agua para tener una oportunidad. Gloria se puso enseguida al teléfono.

—He presentado una demanda de separación —dijo.

No supe qué responder y ella insistió:

—¿Me has oído?

—Te he oído.

—Ni siquiera así tienes nada que decir.

—Te dije que vinieras conmigo. Nunca he querido separarme de ti.

—Tú no te oíste decirlo. No es necesario que finjas más. Supongo que para ti es un descanso, igual que para mí.

—Esto no deberíamos hablarlo por teléfono.

—Ya sabes dónde vivo —dijo. Y colgó.

Me senté en el sillón y respiré hondo. Probablemente tenía razón, era un descanso. Un frente cerrado. Ya solo me quedaban tres o cuatro. Eché un vistazo a mi entorno, al que por mucho tiempo iba a ser mi nuevo hogar. Una salita oscura con un balcón que daba a ninguna parte, una vieja librería con más polvo que libros y una mesita para que alguien con más clase que yo tomara el té.

19

En la puerta de la Jefatura estaba el joven Planas con una expresión como la de un conspirador a punto de tener una reunión clandestina. Llevaba en la mano su libretita de tapas marrones y sonrió de un modo discreto al verme llegar.

—¿Algo interesante? —dije.

—Tengo los datos que me ha dado Sentís sobre la autopsia de la Francesa.

—Sorpréndeme.

—El informe oficial lo tendrá hoy mismo, pero adelanta que la causa de la muerte es un «desangrado» y que todos los cortes se los hicieron *pre mortem*, pero que ninguno era mortal de necesidad. Según me ha dicho, parecía obra de un sádico, cortando en los sitios que más daño podía hacer...

El encendedor no acababa de prender así que lo lancé al suelo y lo aplasté de un golpe.

—También he hecho algunas averiguaciones sobre el club privado ese de la avenida del Tibidabo.

—¿Qué has encontrado? —le pregunté algo más calmado.

—Un sitio muy bien relacionado. —Leyó del bloc de notas—. Propiedad de Jorge Díaz Bacardí, concejal del Ayuntamiento, industrial dedicado a la electrónica, la construcción y la banca, amigo íntimo del gobernador civil, según me han dicho, y miembro de cierta organización católica que mejor no nombrar. Por lo que he podido averiguar, en esa casa hacen fiestas privadas, es una especie de club muy selecto.

—Qué más.

—Bueno. —Volví a consultar sus notas—. Me han dicho que suelen ir gentes... con las que mejor no meterse, desde... el señor Mas hasta un BMW con los guiones tapados. Y poco más. Se montan... orgías y ciertas personas —señaló con el dedo índice hacia arriba—, tienen barra libre..., ya me entiendes.

—Sí. Creo que te entiendo.

Todavía me sentí lleno de furia cuando entré en la sala de detectives. Muñoz no estaba y sobre mi mesa había una sucinta nota de su puño y letra: «¿Te has vuelto loco?».

Muñoz era un buen tipo. Y era un buen poli, pero de verdad, de los que se habían pateado la calle, de los que conocían bien el mundo del hampa, tanto el de los callejones oscuros como el de las mansiones en la parte alta. Y además, era de las personas que no van por ahí dando consejos, aunque tengan claro que la estás cagando. Pero no le hice caso y presenté el informe.

De esa forma obedecía órdenes y daba el caso por cerrado, aunque no del modo que querían.

Y aun así, mi intención era seguir investigando. No podía aceptar que el marinero de guardia fuera el culpable de la muerte de García Rañé ni que Riera falleciera por una sobredosis. No le interesaba a nadie más que a mí, pero tenía un as en la manga: el vigilante de noche de la Estación de Mercancías, así que hice la llamada al registro de la Guardia Civil.

Allí sí figuraba Ernesto Sala, veintitrés años, y una dirección, una pensión en la ciudad de Cornellá. Había costado, pero al menos ya tenía una pista. Acababa de colgar el teléfono intentado controlar mi respiración cuando sonó de nuevo y la voz seca de Franco dijo:

—A mi despacho.

De la cara del jefe de la BIC había desaparecido la sonrisa de las dos últimas veces. Pero lo peor era que en su despacho, sentado en uno de los sillones, con su cigarrillo con boquilla colgando de los labios finos y crueles, estaba Iglesias mirándome con esa expresión que solo tienen los jugadores cuando su mano les garantiza la partida. Claro que no se sabe quién gana hasta que todo el mundo enseña sus cartas.

—Siéntese, Molina. Hemos estado valorando su informe. —Me fijé en el plural. ¿Iglesias?, ¿qué pintaba Iglesias?—. Todo es..., cómo le diría yo..., desconcertante. Para mí, que todo estaba claro. ¿A qué vienen todos esos comentarios sobre el brazo derecho de Fernando Riera y la agresión a la *madame*?

Franco había ido subiendo la voz, endureciendo el gesto y golpeando la mesa con el dedo, cada vez con más intensidad. Llegué a temer por el tablero o por el dedo del jefe de la BIC, según cuál fuera más duro.

—¿No va a decir nada?

—¿Qué hace él aquí? —pregunté señalando con la cabeza a Iglesias.

Franco soltó un bufido y mi colega perdió la sonrisa de golpe, pero las dos cosas pasaron rápidamente y Franco me miró como si ya estuviera hablando con un desahuciado.

—El inspector Iglesias está aquí porque en breve me sustituirá al frente de la BIC, cuando Márquez se jubile y yo pase a ser comisario jefe de Barcelona, ¿satisfecho? Y me ha comentado que, al parecer, cuando usted registró el piso de Alberto García Rañé pasó por alto propaganda clandestina y libros del Partido Comunista, lo que hace pensar que estamos ante un grupo de subversivos y drogadictos.

—En el piso no había nada de eso —dije.

—No me joda, Molina —gruñó Franco.

—Es posible que tú no lo vieras —terció Iglesias—, buscabas otras cosas, pero en un segundo registro yo sí lo buscaba y lo encontré.

—¿Y dónde lo encontraste exactamente? —pregunté—. ¿En tu coche?

—¡Inspector! —gritó Franco—. He tenido mucha paciencia con usted y con esa... juez. El inspector Iglesias se ocupará de cerrar este caso, de enviarlo al juzgado y terminar de una vez con esto.

—No te preocupes, Molina —dijo Iglesias con un tono casi eclesiástico—, está en buenas manos.

—¿Y ya está? —dije con escaso cuidado—. Así que vamos a cerrar en falso.

—Que me cuelguen si le entiendo, Molina —dijo Franco—. Todas las pruebas apuntan al desgraciado ese que se fue al otro barrio por una sobredosis o que lo liquidaron por un ajuste de cuentas, que tanto da. Y usted me habla de... cerrar en falso. ¿Ve lo que voy a hacer? —Con gesto

furioso rompió mi informe y desparramó los trozos sobre la mesa. La furia le salía por los ojos—. Iglesias hará el informe pertinente. Y ahora, desaparezca de mi vista.

El bar era uno de esos locales desangelados y fríos, pero resultaba un pelo más acogedor meterse allí después del despacho de Franco. Había muy pocos clientes y entre ellos destacaba la figura de Marta Esteller, que me esperaba sentada a una mesa, en el rincón más alejado de la entrada. La funda de cuero de la pistola, demasiado apretada, se me clavaba en el costado. Esteller me sonrió mientras me acercaba y no dijo nada hasta que me acomodé a su lado. Me vino a la cabeza que llevaba un par de días actuando frente a tres grandes mujeres, cada una a su estilo, y yo sin saber qué hacer con ninguna de ellas.

—Me han liquidado —dije nada más sentarme—, cerrarán el caso como mejor les parezca y se acabó.

Sobre la mesa tenía un café a medio consumir. Hice una seña al camarero y esperé hasta que me trajo uno para mí. Me quedé pensativo, mirando el local con su suelo forrado de madera y sus grandes ventanales abiertos a la oscuridad de la calle. Fuera, tras las ventanas, debía haber gentes con la vida tan complicada como la mía o transparente como un cristal.

—¿No vas a decir nada?

—También a mí me han ordenado que lo cierre. Pero soy una juez en ejercicio, no pueden ordenarme algo así.

—En mi caso, no soy yo quien decide.

—¿Y te han ordenado que dejes la investigación?

—De una patada.

—Si no eres tú, será otro agente, pero si yo decido seguir, tienen que obedecerme e investigar. Le conté cómo estaban las cosas y ella se recostó en el sofá pensativa y encendió un cigarrillo.

—No se puede cerrar —dijo—. Tú mismo dejas un montón de interrogantes.

—No los conoces. Harán lo que sea si les interesa. Y créeme, les interesa. Higinio Mas es un tipo muy poderoso. Hay muchos intereses de por medio. No nos dejarán investigarlo. No pueden obligarte, pero también te lo pueden quitar y dárselo a otro juez más manejable.

—No es tan fácil. Nos quedan las dos chicas. Podemos presionar por ahí...

—Yo no puedo hacer nada —sonreí—. Y sin la declaración de la Francesa, no tienes base para pedir la comparecencia de las niñas. Olvídalo.

No quise decirle que aún veía una vía de investigación. El vigilante desaparecido.

—¿Y eso es todo?

—El principal sospechoso está muerto —traté de hacerle entender—. Es así de sencillo. No tiene familia, nadie se va a preocupar por que le carguen un muerto. Y Sentís no puede asegurar si alguien le metió la sobredosis o se la inyectó solo. A nadie le importa dónde se clavó la aguja. Hay gente que puede manejar las dos manos, cualquier fiscal lo podrá demostrar sin bajarse del coche.

—Entonces, ¿nos rendimos? —dijo Marta Esteller mirándome como la primera vez en el Club Náutico.

—Yo no he dicho eso.

—Pues entonces yo haré lo que tenga que hacer.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer? —dije con segundas intenciones.

No respondió y la pregunta quedó en el aire. Yo quería saber también si había algo entre nosotros, precisamente aquella noche quería saberlo, pero ella tenía otras prioridades. Se levantó, se puso el abrigo, me dio un beso en la mejilla y salió del bar. Cuando cruzó la puerta yo tenía algo claro, no podía dejarla sola.

La pensión estaba a un tiro de piedra de la estación de ferrocarril de Cornellá y a pesar de estar instalada en un edificio centenario, tenía buen aspecto: limpia, cálida y confortable. Aparqué en una callejuela adyacente y caminé hasta ella, observado por la curiosidad de los vecinos. Era la primera vez que pisaba uno de los pueblos del cinturón industrial de Barcelona y tuve la sensación de ser un extraterrestre aterrizando en el planeta Tierra. Estaba seguro de que, aun vistiendo un traje corriente, era catalogado inmediatamente como policía.

La pensión no tenía una recepción como tal, probablemente era un bloque de pisos de tres plantas reconvertido, y al cruzar la puerta, a la derecha, se abría lo que debió ser la residencia de los porteros. A la pregunta de «¿Qué desea?», formulada por una mujer de edad mediana y cabello teñido, respondí mostrando la placa. No es que quisiera mostrarme agresivo, pero no tenía ganas ni tiempo de establecer una relación de confianza para conseguir información.

—Estoy buscando a un chico que se aloja aquí, se llama Ernesto Sala.

—¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada, señora —me mostré condescendiente—, necesito hablar con él.

—Ya no vive aquí. Pagó su cuenta y se fue.

—¿Cuándo pasó eso?

—La semana pasada, el sábado. ¿De verdad no ha hecho nada? Es un buen chico, no lo irá a detener.

—No, señora. Si lo fuera a detener, habría venido la Guardia Civil, que es a la que le toca. Yo estoy investigando otra cosa y necesito hablar con él, ¿lo entiende?

—Me dijo que se había quedado sin trabajo y que se volvía a su pueblo.

—Necesito que me dé su dirección. Le tengo que encontrar. Es muy importante.

No sé si por una bondad natural o por miedo, el caso es que la mujer entró en la trastienda y salió con una pequeña ficha de cartón. Anoté la dirección de Ernesto Sala en un pueblo de Lérida y se la devolví con una sonrisa.

—Gracias, señora.

«Vaya —pensé—, así que dice que se ha quedado sin trabajo y en su trabajo dicen que se ha ido voluntariamente. ¿Qué te ha pasado, Ernesto?».

20

Unas horas más tarde, el alférez de navío Daniel Marín, adscrito a los servicios de protección del príncipe don Juan Carlos de Borbón y Borbón sujetó la puerta metálica de la Comandancia de Marina de Barcelona mientras Ortiz de Gárate salía y luego la cerró tras ellos dando dos vueltas a la llave. La noche estaba fría y el comandante se subió el cuello del abrigo lanzando una mirada al cielo estrellado.

—No me acostumbro a esta temperatura —dijo.

—Son muchos años en el trópico.

—Sí, demasiados.

Los dos hombres se alejaron de la Comandancia por el aparcamiento. A aquella hora el tráfico de vehículos y personas en la Rambla y el cercano paseo de Colón todavía era intenso, y las luces de los barcos atracados en los muelles daban un toque de vida a la zona portuaria. Se detuvieron junto a un BMW negro con los cristales tintados y Ortiz de Gárate le habló al alférez mirando por encima de él, como si no quisiera tropezarse con sus ojos.

—Lo de esa puta ha sido la chapuza más grande de todo este asunto, Marín —le espetó—. Me dijo que podíamos confiar en que su hombre la asustaría y mire el resultado. Haga algo y hágalo ya.

—Sí, señor.

—Me vuelvo a Madrid. No quiero cabos sueltos.

Marín observó al BMW mientras se alejaba y frunció los labios mientras su cabeza funcionaba a toda velocidad. Luego se metió en la cabina telefónica más cercana. Cuando el comisario Franco respondió al otro lado de la línea, el alférez solo dijo: «Tenemos que hablar».

Bastús se puso en cuclillas frente al cuerpo tendido en el suelo que obstruía la puerta del apartamento. El aspecto cuidado y elegante del policía engañaba un poco: Bastús no tenía nada de débil o de sentimental, tal vez por eso era capaz de estar frente a un cadáver sin sentirse especialmente impresionado, aunque en su fuero interno debía reconocer que un fiambre es siempre algo impresionante.

Había perdido el brazo en un estúpido accidente de coche, fuera de servicio, en parte por pura mala suerte y en parte por su manía de conducir con el brazo izquierdo fuera de la ventanilla. La gran experiencia de Bastús y su eficacia habían sido suficientes para mantenerle en su puesto con un solo brazo. Además, era diestro y la falta del brazo izquierdo fue algo que pudo ir superando. Era capaz de conducir y de hacerlo todo con una sola mano, y era un nadador y un gimnasta

consumado. Y no tenía intención de colocarse ninguna prótesis ni de hacerse trajes «con una sola manga», como él mismo decía. Bastús seguía siendo un tipo duro, en jerga del negocio.

El disparo, certero y limpio, destacaba en el centro de la frente. El joven Planas, el primero en llegar al escenario del crimen, llevaba su sempiterna libretita y una cara de haber dormido poco.

—Parece un solo disparo a cierta distancia. No hay huellas de pólvora. El orificio es limpio.

—¿Bala de camisa metálica? —inquirió Bastús.

—Nos lo dirá Sentís, pero yo diría que sí.

Bastús se colocó los guantes y registró concienzudamente el cadáver. No era habitual no encontrar nada en los bolsillos, pero en ese caso así era. No había ni llaves, ni documentación ni siquiera unas monedas. Tal vez la explicación era que el individuo debía estar dentro del apartamento cuando algo le hizo abrir la puerta. Podía ser la llamada de un conocido, un ruido. El tipo iba descalzo, así que no iba a salir, sino que estaba dentro y algo llamó su atención.

—El juez de guardia llegará enseguida —dijo Planas—, ya se lo han comunicado.

El cuerpo había quedado cruzado en el umbral de su apartamento, con el tronco dentro del recibidor y las piernas en el descansillo frente al ascensor, así que Bastús pasó por encima para entrar directamente en un salón oscuro amueblado con sobriedad, salvo por la espesa cortina que cubría el ventanal. Le dio la impresión de entrar en el piso de unos ancianos que todavía conservaban el mobiliario de su boda. Madera maciza, colores oscuros, retratos decimonónicos o poco menos. Al fondo, un pequeño pasillo llevaba a un dormitorio tan sobrio como el salón, con un baño anexo. El resto de la vivienda consistía solo en una habitación vacía y una minúscula cocina. Planas hurgaba debajo de la cama y Bastús le vio torcer el gesto.

—Mira esto —dijo.

En sus manos enguantadas mostraba algo que a Bastús le hizo abrir los ojos, sorprendido como nunca lo había estado.

—¡Dios santo!

Bastús tomó en sus manos el machete. Era como si el arma brillara en la oscuridad del dormitorio. Planas descorrió las cortinas y la luz de primera hora de la mañana se reflejó en el machete, ligeramente curvo, casi de medio metro de hoja afilada y cubierta de sangre, y una fina empuñadura adornada con plumas.

—Esto le va a encantar a Molina —sonrió Bastús.

21

El decimonoveno ataque de asma me sobrevino cuando estaba a punto de aparcar, cerca de mi cubículo. Detuve el coche sobre una acera, en una esquina, tratando de recuperar el aliento, pero solo el salbutamol lo consiguió después de unos minutos angustiosos. Me volvió a atacar cuando metía la llave en la cerradura y apenas si pude tumbarme sobre la cama. En el suelo, junto a la mesilla, tenía la botella de oxígeno y la mascarilla para emergencias. No la había utilizado desde mi llegada a Barcelona, pero aquella noche lo tuve que hacer. Me quedé dormido como un leño después de prometerme a mí mismo que por la mañana volvería a visitar a la psicóloga, y me despertó el insistente timbre de la puerta. El reloj de la mesilla marcaba las once y el sol entraba a raudales por la ventana. Al otro lado de la mirilla estaba Muñoz.

—¡Vaya! —exclamó cuando le abrí la puerta—. Tienes un aspecto horrible.

—Eso me lo digo yo muchas veces.

Le vi echar una ojeada mientras me las entendía con la cafetera. Muñoz no había estado nunca en mi casa. Sí conocía el barrio del Clot, desde luego, con sus casitas bajas, sus calles estrechas y su regusto a barrio obrero de principios de siglo. Mi café siempre ha sido bueno, mejor que el de la Jefatura, y me entretuve en prepararlo mientras Muñoz se acomodaba en el sofá, dejaba sobre la mesita un expediente marrón e iniciaba el ritual de la pipa.

—¿Es tu mujer? —preguntó señalando la única foto a la vista.

—Ya no. Bueno, no exactamente. Nos estamos separando..., se está separando.

—Un feo asunto.

Le serví el café y esperé, cómodamente sentado, a que rellenara la pipa y la encendiera. Charlar con Muñoz, aunque fuera sobre algo grave, era una de las cosas que encontraba agradables, sobre todo teniendo en cuenta que había recuperado la respiración.

—¿Qué te trae por aquí? —lo animé—, y no me digas que es mi café.

—¿Qué tal tu asma?

—De buena salud.

—Te estábamos esperando en la Jefatura esta mañana y Franco ha soltado pestes de ti, pero le he convencido de que tenías un ataque. Por cierto, debes tener el teléfono mal colgado.

—¿Por qué me esperabais? —dije por decir algo después de comprobar que, efectivamente, el teléfono estaba mal colgado.

—Ha aparecido otro fiambre. Y llevamos cuatro.

Me quedé un momento callado. No tenía ni idea de cuál era la estadística de delitos de aquella magnitud, pero me daba la impresión de que el ritmo de homicidios estaba resultando

extraordinario.

—¿Quién es el afortunado?

—Se llamaba Tomasso de Bianco, italiano. Un tiro en la cabeza. Proxenetista profesional, no muy conocido, la verdad. Te preguntarás qué tiene de interesante.

No me dio tiempo, y me quedé helado cuando Muñoz me alargó la fotografía que extrajo del expediente. Era en blanco y negro, de un machete donde se apreciaba claramente la hoja manchada. Observé con atención las plumas de la empuñadura y la respiración se me empezó a hacer más pesada.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—¿Dónde crees? Junto al cadáver del pavo. La hoja cubierta de sangre. La están analizando ahora y buscando huellas, pero Sentís no tiene dudas de que es el que rajó a Michelle. Habrá que esperar, pero si lo es, tenemos una explicación y un asesino.

Serví el café mientras le explicaba que se trataba de un machete yoruba, de los utilizados en los ritos orishas, como los que yo había presenciado en Guinea. Me alargó el expediente, enviado diligentemente por la Interpol con algún añadido autóctono. Tomasso di Bianco. Nacido en Mesina, Italia, reclamado en su país y en Francia. Asesinato, extorsión, explotación de mujeres... Instalado en Barcelona desde hacía unos seis meses, sin acusaciones ni órdenes de extradición. Propietario de varios pisos en Barcelona, negocios de exportación e importación.

—Y Bastús va y encuentra el machete, el arma homicida usada contra la Francesa —dije después de torcer el gesto.

—Ya ves. Al parecer, Tomasso abrió la puerta y se encontró con la bala. A estas horas se está comprobando a ver si el arma está registrada pero no creo en los Reyes Magos. Márquez ha ordenado que se controlen los aeropuertos, las estaciones de tren y las carreteras. Quiere pillar a toda costa al tipo que le ha metido la bala.

—¿O sea que nos creemos que viene desde Italia para montar un negocio, lo usan para liquidar a la Francesa y luego lo eliminan? ¿Nos hemos vuelto todos idiotas?

—Molina, empiezo a pensar que no estás tan chiflado como me parecía.

—Es gracioso.

—¿Qué te parece gracioso? —sonrió Muñoz.

—Pues que precisamente yo empiezo a pensar que estoy un poco chiflado.

Eran más de las doce de la noche cuando marqué un número de teléfono de Madrid, pero pensé que al teniente de la Guardia Civil Santos Requena no le importaría.

—Diga —respondió con su habitual sequedad.

—¿Santos? No te habré despertado.

—¿Sabes qué hora es?

—¿Y tú sabes quién soy?

—Claro que sé quién eres, ¿quién iba a llamar a alguien a las doce de la noche sino Cristóbal Molina? ¿Cómo estás?

—Estoy bien. No tenía nada que hacer y he pensado: voy a llamar a Requena.

—En fin —rio el guardia civil—, ya que me has despertado, ¿qué tripa se te ha roto?

—Necesito información.

—¿Así, sin más?, ¿después de un año sin saber de ti? ¿Y qué información?

—Sobre asesinos que usan un machete.

Santos Requena era una de las pocas amistades que había conservado de mis años en Guinea. Ambos habíamos abandonado la colonia cuando ya la independencia era un hecho, pero él había resistido unos meses más, hasta que el ambiente fue insoportable y le ordenaron salir de allí. Yo había pasado por mi calvario hasta caer en la Policía, y Requena había regresado a Madrid y lo habían aparcado en una oficina anodina en la dirección general.

En pocas palabras le conté los crímenes de Barcelona y la estúpida idea de que tal vez tenía algo que ver con otros crímenes y otros tiempos.

—¿Con Guinea? —dijo Requena con su voz de carajillo—. Estás loco. ¿De qué crímenes me hablas, de los de Macías, de los ibos, de los hausa, de los agentes de medio mundo conspirando?

—De los italianos.

—¡Ah! Me sorprendes. Pensaba que hablabas del asunto de los Obote. Del desastre por el que saliste despedido.

—Necesito saber algo sobre un tipo que usa el machete, sea italiano o africano, me da igual, básicamente si trabaja o ha trabajado para nosotros. En Guinea, aquí o donde sea.

—Difícil me lo pones. ¿Tengo tiempo?, ¡no, claro! Lo quieres ya. ¿De verdad estás buscando un patrón o solo estás removiendo cadáveres?

—Santos, ha usado un machete yoruba, uno del ritual de orishas. No sé dónde está la conexión, pero la hay. El machete, la maldad, la violencia gratuita. La obra de un carnicero —respiré hondo y esperé a que Requena respondiera.

—A mí también me afectó lo de Obote. Aquello fue un desastre. A nadie le interesó aclarar el crimen. Aún me acuerdo, Cristóbal. No me lo he podido quitar de la cabeza.

—Yo aún sueño con ellos —le dije.

—Mira. Los italianos no usan esos métodos. Por lo menos, que yo sepa. Eso es cosa de nigerianos, pero los nigerianos son yoruba, hausa o ibo, a cual peor, por cierto. No van viajando por ahí ni tienen nada que ver con los italianos. Pero hay algo..., el machete. Conozco a muchos compañeros que se trajeron uno de recuerdo.

—¿Quieres decir que podría ser de alguno de los nuestros?

—Eso son palabras mayores, Cristóbal.

—Inténtalo. Es un favor.

—De acuerdo. ¿Has mantenido contacto con alguien de allí? Me enteré de que habías ido a parar a la Policía.

—No. Para nada. —No quise mencionar a Ortiz de Gárate—. ¿Quién te puede dar información?

—Hubo un poli —reflexionó Requena—. Un investigador guineano que se jugó la vida para averiguar quién había sido el cabrón desalmado que hizo aquello a los Obote. Se jugó la vida y la perdió. Está enterrado en Santa Isabel. Lo que quedó de él cuando Macías tomó el poder. Lo mataron como a un perro. Era un buen tipo. Lo formamos nosotros, buen investigador, con instinto y sin miedo. Pudimos sacar a su esposa y sus hijos, pero él se quedó. No hubo forma de convencerlo y lo mataron. Su familia está aquí y han conservado toneladas de archivos y de papeles.

—Inténtalo —casi le supliqué.

Me dio la impresión de que Requena lo lograría.

Me tomé también esa mañana libre tratando de reponerme y por la tarde, cuando me dirigía a la sala de inspectores en la Jefatura, todavía me faltaba el aire. Me crucé por el pasillo con Iglesias, escoltado por dos individuos con toda la pinta de abogados, y me hizo una seña para que lo siguiera. En la sala estaban todos, Planas, Bastús, Muñoz y el resto de la Brigada, cada uno sentado a su mesa o sobre ella, algunos con caras de aburrimiento. Iglesias entró satisfecho de la vida y me lanzó una mirada de satisfacción. Todo el mundo sabía que Iglesias estaba en pleno ascenso, y ya había empezado a circular el rumor sobre Franco como comisario jefe con Iglesias al frente de la BIC. Nadie me dirigió la palabra. También había corrido la voz de que yo estaba más conchabado con la jueza Esteller que con la Brigada. Cuando hizo su aparición Franco se callaron los rumores y las conversaciones. A su lado se colocó Iglesias, escoltados ambos por los dos abogados trajeados. En dos palabras, Franco nos anunció de qué iba la cosa y luego nos lo dejó claro:

—Alberto García Rañé y Fernando Riera compartían un negocio de tráfico de estupefacientes, como quedó demostrado en los registros efectuados en el piso del primero y en el barco del que era propietario y donde vivía su amigo y cómplice Fernando Riera. En la noche del viernes, ambos salieron a navegar en el pequeño velero propiedad de García Rañé. Tuvieron una pelea en el mar y Riera golpeó a García Rañé con algún objeto contundente que no hemos podido hallar y que le causó heridas de consideración, lanzándolo al agua, donde se ahogó. Riera volvió a tierra pensando que lo había matado y las corrientes arrastraron el cadáver hasta el Club Náutico, donde él mismo lo encontró por la mañana. Descubierta el hecho y ante la presión de los investigadores —tuvo la deferencia de lanzarme una mirada—, Riera, siguiendo su adicción, se inyectó una sobredosis de heroína, no sabemos si voluntaria o accidentalmente, resultando muerto. Valoradas pues las pruebas y las circunstancias, consideramos el caso cerrado y hemos remitido a la Fiscalía el informe final recomendando su cierre. El servicio de prensa de la Jefatura emitirá inmediatamente un comunicado dirigido a la prensa y quiero felicitar a los inspectores Muñoz, Molina e Iglesias por el buen trabajo efectuado. Nada más, vuelvan a sus ocupaciones.

Ni una palabra sobre Michelle, la Francesa. Ni sobre el italiano del machete.

Mi única ocupación era sentarme a mi mesa y echar un vistazo a los papeles acumulados, uno de ellos una carta de mi esposa, curiosamente enviada a la Jefatura en lugar de a mi casa. Me quedé mirando el sobre, seguro de que contenía la documentación de nuestra separación judicial. Mientras encendía un cigarrillo recordé detalles de nuestra vida en común y finalmente abrí el sobre para ver que estaba equivocado.

No había documentos de ningún letrado, sino una carta de Gloria en la que me hablaba de sus largas horas de soledad, de la convicción de que nuestro matrimonio había sido un error y de la seguridad de que yo no la había amado nunca como ella esperaba ser amada. «Nada de pasar cuentas», decía, solo acabar de definir si quería acudir a Madrid a firmar personalmente la separación y a recoger mis pertenencias, o si prefería que ella se encargara de todo. Me sacó del dilema el timbre del teléfono para meterme en otro más grave.

—Me alegro de oírte —dije cuando oí la voz de Marta Esteller.

—Tenía que hablar contigo —dijo y esperé—. Me hablaste de un vigilante nocturno que tal vez...

—Sí. El de la Estación de Mercancías.

—¿Sabes dónde localizarlo?

—Sí, lo sé.

—Soy la juez que instruye el caso y te ordeno que vayas a verlo.

Me quedé en silencio sin saber si la jueza hablaba en serio o Marta me pedía un favor.

—¿Para eso me has llamado? —dije.

—¿Lo harás? —me lanzó con un tono de voz que rozaba la amenaza—. Nadie sabrá que me has dado tú la información, pero si la tengo, puedo seguir por ahí y no podrán parar la investigación.

—El caso del Náutico se ha cerrado. Ya no tengo nada que hacer y el informe se ha remitido a la Fiscalía.

—Soy yo quien decide si se cierra o no.

Colgué y reflexioné mientras encendía otro cigarrillo. No sé de dónde saqué el ánimo suficiente como para coger un mapa de carreteras y echar un vistazo al pueblo de Lérida donde vivía Ernesto Sala. No me llevaría más de tres o cuatro horas ir y volver. Y tal vez tuviera alguna utilidad. Pero ¿de qué serviría si el vigilante me confirmaba que el Blue Sea se había hecho a la mar aquella noche?

22

Ernesto Sala se secó el sudor de la frente y tomó un sorbo de cerveza. Hacía calor dentro del bar del pueblo y los troncos chisporroteaban en la chimenea como si lo hicieran en silencio, tapado el ruido por las conversaciones a gritos. En el televisor se desgranaban las imágenes de un telediario pero nadie atendía a ellas, aunque tampoco hubieran oído nada. A su lado, dos de sus mejores amigos jugaban a ver quién tenía más fuerza, echando un pulso sobre la barra del bar, así que Ernesto tomó su cerveza y se fue al otro lado del local, a una de las mesas vacías.

El bar era algo más que un lugar para tomarse unas cervezas o unos cafés. Se podía decir que era el centro cultural, con sus mesas para jugar a las cartas o al dominó, su televisor siempre encendido, sus carteles de toros y de boxeo y sus anuncios de las fiestas locales que perdían color día a día hasta que eran sustituidos por los del año siguiente. A través de la ventana podía ver el rastro de las últimas lluvias y a algunas mujeres por la calle, a esa hora en que ellas salían a dar un paseo y los hombres a pasar el rato antes de la cena echando una partida. Sin embargo, aquella tarde de viernes había algo diferente: un hombre, alto y joven, aterido de frío con un traje y sin ninguna prenda de abrigo encima, se dirigía al local. Ernesto sintió que le costaba tragar cuando le vio empujar la puerta y dirigirse a la barra.

El barman era un viejo legionario, rozando los setenta años, instalado allí desde que al final de la guerra decidió que no tenía ningún sitio a donde volver y consiguió de sus amigos vencedores que le otorgaran la licencia del bar que había sido el local de Esquerra Republicana. Con el paso del tiempo se había mostrado como un buen hombre, atrapado en la calamidad de la guerra, sin odio y sin ningún interés particular. Dejaron de llamarlo forastero para pasar a ser Pep, uno más. Y Pep, desde la barra, lanzó una mirada a Ernesto que quería decir: «Chico, no he podido hacer nada».

Tomé mi vaso de whisky recién servido y me acerqué a Ernesto Sala. Era un chico delgado, de estatura media, con un pelo bien cortado, de un color castaño claro, y ojos igualmente claros. No parecía tener miedo aunque estaba claro que sabía que yo era un policía. Me senté frente a él sin decir nada, tomé un sorbo de whisky y contemplé la plaza, todavía con charcos donde se reflejaba el cielo azul, transparente, que contribuía a la sensación de frío.

—Me llamo Molina —dije—, soy inspector de la Brigada Criminal de Barcelona. ¿Quieres ver mi placa?

—No hace falta —contestó Ernesto.

—Me alegro. Es mejor así porque no tengo ningún interés en crearte problemas. Hace un frío del copón en este pueblo. Voy a tener que descongelarme a base de whisky. Supongo que no me

equivoco y eres Ernesto Sala, ¿no? —El muchacho asintió—. Tu madre me ha dicho que podría encontrarte aquí. La he tenido que tranquilizar.

—¿Está bien? Mi madre está enferma y...

—No te preocupes. Se ha quedado tranquila. Tu padre está con ella y hasta me ha invitado a comer. Le he dicho que sí para que vea que no te quiero ningún mal, aunque es posible que no me pueda quedar y resulte un maleducado.

—Mi madre es muy mirada para esas cosas.

—Quiero que sepas algo. No estoy aquí para nada que tenga que ver contigo. De ser así, habría enviado a la Guardia Civil. Estoy fuera de mi jurisdicción y lo que me trae aquí es obtener información. Necesito que me ayudes.

—¿En qué le puedo ayudar yo? —preguntó Ernesto sin mirarme a los ojos.

No parecía un mal chico, puede que hasta fuera inteligente, y eso podía ser bueno o podía ser malo.

—Para empezar te diré mi situación. Tengo un muerto, mejor dicho dos, pero uno es el origen de todo. Tengo algunas cabos sueltos que necesito atar, ¿entiendes?

—Le entiendo.

—Alguien me dijo que tú estabas de guardia la noche del viernes día 18 en la garita de la Estación de Mercancías y, lo he comprobado, desde allí se ve claramente el Club Náutico, y desde luego, si algún barco, sea velero, lancha o lo que sea, sale de él para ir hacia mar abierto pasa por delante de la garita, a cinco o seis metros como mucho.

—Sí, señor —me confirmó.

—Mi sospecha es que hubo un barco que salió esa noche, el Blue Sea, probablemente sobre las once, y que regresó horas después, pasadas las tres de la mañana. Era una noche tranquila, con escaso viento, con una temperatura algo superior a la del resto de los días, por lo que no me sirve que me digas que no estabas en tu sitio. —Tomé otro trago para dejarle pensar—. Eso, además de que me han dicho que eres una persona cumplidora, que estaban muy contentos con tu trabajo y que nadie se explica por qué lo has dejado. Tu padre está vivo y en perfecto estado de salud. Las faenas del campo en esta época no son gran cosa y tú ya habías pedido septiembre de vacaciones para ayudar a tu padre a recoger la almendra. Así que me inclino a pensar dos cosas: una, que viste algo que no debías, y dos, que alguien te ha presionado para que desaparezcas.

—Nadie me ha presionado —dijo Ernesto.

—Entonces más a mi favor. Viste algo y sabes que eso es importante.

—¿Y dice usted que no tiene nada contra mí?

—Te lo aseguro. Si creyera en esas cosas te lo juraría, pero no creo y no sirve de nada. Solo tienes mi palabra.

—Mi padre no ha entendido nada. Está resentido conmigo porque quería que saliera del pueblo y que fuera alguien. Y ya ve. He vuelto aquí y todavía no sé si he hecho bien.

—Uno toma sus propias decisiones. A veces equivocadas, pero nadie es perfecto. ¿Qué viste esa noche?

—Leí en los periódicos lo de la muerte de ese chico del Club, Alberto García Rañé. No lo conocía de nada, claro...

—¿Y qué?

—Desde la garita..., los veleros pasan rozando el muelle, a menos de seis metros algunos. Se

distingue a la gente embarcada, claro. Tengo buena vista y buena memoria, sé reconocer las caras.
—Ernesto miró por la ventana y cerró un poco los ojos.

El sol poniente nos daba de lleno y creaba un ambiente agradable. Algo estaba a punto de suceder y sentí como si una garra me atenazara el cuello. Empecé a toser antes de poder sacar el pañuelo del bolsillo. Ernesto no supo qué hacer y desde la barra llegó Pep, que me ayudó a ponerme en pie. Poco a poco fui recuperando la respiración, me senté e hizo un gesto a Pep dándole las gracias.

—Perdona —le dije a Ernesto—, estas cosas me pasan... ¿Estás seguro que reconocerías las caras?

—De los que pasaran junto al muelle, sí. Me gustaba ver los barcos desde allí. Aquellos días los vi salir a todos, a la regata, con los marineros manejando las velas... Era un espectáculo, por eso no me lo perdía cada vez que uno salía. Nos saludábamos y yo les deseaba suerte.

—Está bien. Aquella noche, la del día 18. ¿Viste salir el barco? —El muchacho asintió.

—¿Era el Blue Sea?

—Eso no lo distinguí. El nombre va en la popa y ya estaba lejos cuando viró.

—Pero viste bien a los tripulantes.

Volvió a asentir. Y entonces noté algo que hasta entonces no se había manifestado. Miedo. De la cartera saqué la fotografía de Alberto García Rañé y se la mostré.

—¿Lo viste?

—Es el muerto, ¿verdad?

—¿Iba o no iba?

Ernesto afirmó con la cabeza. Luego mostré otra foto donde se veía la cara sonriente de Higinio Mas que parecía desbordar autosuficiencia.

—¿Y este hombre?

Ernesto solo lanzó una mirada de soslayo a la foto, pero lo estaba negando ya antes de fijar la vista.

—No. Ese no iba...

—Ni la has mirado.

—No era ese hombre.

—¿De qué tienes miedo? Si este hombre iba en el barco, le puedo acusar de homicidio, ¿no lo entiendes? Lo tuyo es solo una pieza. Eres un chico listo. Tengo posibilidades de empapelarlo y lo tuyo es importante, pero no te comprometes a nada.

—No era ese hombre —volvió a repetir Ernesto ralentizando la voz.

—Está bien —concedí—. ¿Cuánta gente iba en el barco?

—Seis. Tres hombres jóvenes y tres mujeres, una de ellas era... una mujer muy guapa y dos chicas muy jóvenes.

—Y Alberto era uno de los hombres. —El chico asintió—. ¿Y los otros?, ¿los reconocerías si los vieras?

De momento no contestó. Observé su actitud. Le vi desviar la vista hacia la calle y morderse los labios. Saqué la tercera foto. Le mostré la cara sonriente y un poco borrosa de Fernando Riera, y Ernesto volvió a afirmar, en silencio. Pero eran tres hombres y algo empezó a rondar por mi cabeza, algo tan angustiante como mis sueños y tan perturbador como un *agé* salido de la selva.

—¿Por qué te has ido de Barcelona?, ¿por qué has dejado un trabajo que te costó tanto

conseguir?, ¿por qué has echado por la borda tu porvenir? Estabas inscrito en una escuela de adultos. Tenías planes, un trabajo fijo, un sueldo decente. ¿Te fuiste por no declarar contra un ricachón del Club Náutico?

—No lo entiende, ¿verdad? —me espetó Ernesto mirándome a los ojos—. No lo ha entendido todavía, ¡maldita sea!

—¿Qué es lo que no entiendo? —mordí las palabras.

—El tercer hombre.

La crisis de asma me sobrevino apenas enfilada la carretera de regreso a Barcelona. Fueron solo unos minutos, pero la sensación de ahogo fue tan fuerte que tuve que detener el vehículo en el arcén para no perder el control del volante. Alguien, alguno de los muchos médicos que me habían tratado, me dijo una vez que había un componente psicológico en las crisis asmáticas y que era importante controlar los nervios y no dejarse llevar por el pánico. Como si eso fuera tan fácil. Me recuperé con algo muy parecido a un esfuerzo de voluntad, pero desde luego ayudado por el salbutamol. Conduje despacio, tratando de recomponer mis pensamientos. Siempre que me asaltaba una crisis era como si todo mi cerebro sufriera una sacudida: las ideas se mezclaban y se subían las unas sobre las otras. Y en aquel momento, superado el ahogo, fui consciente del inmenso peligro que estaba corriendo. De un modo sistemático, como había aprendido en años de trabajo, fui atando cabos y componiendo el drama en mi cabeza, y de pronto tuve un *flash* y vi la habitación de la pobre enferma, de Montserrat Rañé. «Claro —me dije—, eso es lo que me rondaba por la cabeza.» Consulté el mapa de carreteras de la guantería y pisé el acelerador.

Era la hora de la cena en la residencia Los Tilos y el comedor lucía en todo su esplendor, con todas las luces encendidas, dos camareras sirviendo las cenas y medio centenar de ancianos sentados disciplinadamente a las mesas.

—No puede hablar ahora con la señora Rañé —me dijo la enfermera—, es la hora de la cena, y no sabe lo difícil que es que se concentre en algo tan simple.

—No necesito hablar con ella. Solo ver su habitación. Será suficiente.

—Está bien. ¿Le ocurre algo? Tiene muy mal aspecto.

La habitación de Montserrat Rañé estaba limpia y pulcramente ordenada, todo en su lugar, tal y como la había visto la otra vez. La mecedora con una cubierta de ganchillo de todos los colores posibles, la cama todavía hecha con su colcha blanca e impoluta, y sobre una estantería la fotografía que había recordado vagamente.

Y la fotografía mostraba a tres personas, sonrientes, sobre la cubierta de un barco del que se veía claramente el nombre. Dos hombres y una mujer, felices, vestidos de blanco, sobre el velero Fortuna. Un hombre joven, alto y rubio, con un indudable aire aristocrático apoyándose en los hombros de Teresa Cunit y Alberto García Rañé.

En el despacho de la Audiencia de Barcelona, la jueza Esteller encendió la luz de la lamparilla de sobremesa y siguió repasando los documentos que estaba intentando descifrar desde primera hora de la tarde. Los delitos económicos no eran su fuerte y los informes del fiscal eran cualquier cosa menos claros, así que le estaba costando un gran esfuerzo establecer qué clase de delito estaba cometiendo el constructor demandado por sus víctimas. El sol se había puesto hacía horas y casi sin darse cuenta había estado trabajando con una escasa luz mientras oía repicar la

máquina de escribir de Manuel. Su ayudante entró con unos folios en la mano y los dejó sobre la mesa con un suspiro de satisfacción.

—Ya está listo. Más informes para leer, señoría.

—Está bien, Manuel, pero ¿no deberías haberte ido ya a casa? ¿Qué hora es?

—Sí, señoría. Son más de las once. Hace tres o cuatro horas que tenía que haberme ido, pero soy un poco masoquista.

—¿No ha llamado el inspector Molina?

—No, señoría, ¿quiere que lo busque?

—No. No hace falta. Anda, vete. Yo voy a acabar de leer esto y me marchó también.

—Sí, señoría. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Qué va a hacer con el caso del Náutico?, ¿lo va a cerrar?

—Buena pregunta —respondió Esteller dejando el bolígrafo sobre la mesa llena de papeles—. La Policía considera que ya está claro y el presidente de la Audiencia es de la misma opinión.

—¿Y si no lo hace?

—Ya le he comunicado al presidente que no lo cerraré en falso. Lo dejaré abierto y ordenaré nuevas diligencias.

—Eso le creará problemas, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—Llevo muchos años en esto. Hay gente a la que no se la puede tocar, y cuando aparecen individuos como Higinio Mas es que algo pasa.

—¿Y tú qué crees que pasa?

—No hay que ser muy perspicaz, señoría. Las pruebas para la Olimpiada de Múnich son de alto nivel. ¿Cómo le diría? Son como la presentación en sociedad del futuro jefe del Estado, ¿cómo vamos a ir a Múnich con el armador de su buque implicado en un homicidio?

—Tampoco está claro que el señor Mas esté implicado. Ni siquiera podemos probar dónde ocurrió. Las declaraciones de unos y otros se contradicen con los informes forenses. Todo el mundo quiere darlo por concluido, eso sí lo entiendo, pero ¿y la justicia?

—¿Sabe una cosa, señoría? Me alegro de no estar en su lugar y también me alegro de que esté usted al frente de este asunto.

—Gracias, Manuel. Yo creo que no me alegro tanto.

—Si no tiene nada más...

—Claro. Puedes irte. Gracias por todo. Mañana nos espera un día duro.

Esteller volvió a sumergirse en sus papeles pero ya le empezaba a costar trabajo concentrarse en ellos. Tenía razón Manuel, ¿cómo podía presentarse ante el presidente de la Audiencia y decirle: «Voy a encausar a Higinio Mas por homicidio y a su mujer por encubrimiento, y voy a abrir una investigación para determinar si la muerte de Fernando Riera ha sido un homicidio o un asesinato». Esteller sonrió ante la idea de semejante atrevimiento.

Volvió a mirar el reloj y pensó que tal vez ya era hora de irse a casa. Se dejó caer en el respaldo del sillón y un ruido llamó su atención. No supo si provenía de la calle o del interior del edificio. Lo volvió a oír, un roce, tal vez el quejido de una puerta.

—¿Manuel? —llamó. No respondió nadie y se puso en pie con prevención—. ¿Eres tú?

Despacio, salió a la antesala, a oscuras, y volvió a oír algo, esta vez más sutil, como si estuviera más lejos. Se asomó al pasillo y creyó ver una sombra hacia la izquierda, cerca de la ventana que daba a la calle. Junto a ella había dos puertas cerradas, dos despachos de colegas. Se dirigió hacia allá con el corazón latiéndole a toda prisa. Intentó abrir una de las puertas y luego la otra. La segunda cedió, pero en su interior no había nada ni nadie; registró con la vista el mobiliario y la ventana con la persiana levantada que dejaba entrar algo de claridad.

Volvió dispuesta a coger su abrigo y su bolso, pero al entrar en su despacho se quedó helada. Sobre la mesa había un sobre grande, amarillo. Retrocedió inmediatamente y escudriñó el pasillo en ambas direcciones. No había nadie, pero era obvio que habían entrado, que la habían hecho salir del despacho y le habían dejado allí...

Con la respiración agitada, se sentó en su sillón y se quedó observando el sobre. Era de tamaño folio, no estaba cerrado, solo doblada la solapa, así que no tuvo que tomar el abrecartas para ver lo que había dentro: una colección de fotografías que se desparramaron sobre la mesa.

Todavía respiraba con dificultad cuando llegué a la Audiencia. El guardia civil de la puerta me saludó cuando le mostré mi identificación y me confirmó que, efectivamente, la jueza Esteller seguía en su despacho. Hubiera preferido subir las escaleras porque eso me daba un poco más de tiempo para reflexionar, pero mis pulmones eran como un viejo fuelle y tomé el ascensor hasta el primer piso. Todo estaba a oscuras, salvo el haz de luz que salía del despacho de Marta Esteller. Ella estaba sentada en su sillón, con la cabeza gacha y las manos cruzadas sobre la mesa.

Sin decir palabra, deposité la fotografía que había tomado de la habitación de Montserrat Rañé y esperé hasta que ella la miró. Tenía los ojos arrasados en lágrimas y no supe qué le pasaba.

—Has tardado mucho —musitó.

—No era el Blue Sea —dije—. Estábamos equivocados.

Ella no respondió. Se secó las lágrimas y luego tomó el sobre depositado a un lado. Lo abrió y desparramó su contenido por la mesa. Un puñado de excelentes fotografías en blanco y negro nos mostraban a la jueza Marta Esteller y a mí mismo en lo que cualquiera hubiera calificado como la historia de nuestra relación, desde nuestras charlas en la escalera de la Audiencia hasta el fin de semana anterior, pasando por la primera y tórrida noche en mi pequeño apartamento de la calle Movimiento Nacional. Caras de felicidad, cuerpos desnudos, manos entrelazadas y la sensación de que nuestras vidas habían explotado como globos de feria.

—¿Qué vamos a hacer? —sollozó ella.

—Es solo un aviso, Marta. Te avisan de que las harán públicas si continúas. Eso es todo. Nos hundirán a los dos, sobre todo a ti. Solo tienes que hacer lo que quieren. No pararán, ahora ya sabemos por qué. Hay dos cadáveres y están dispuestos a hundirte, y de paso también a mí.

—¿Tengo que dejarlo?

—Eso es tu privilegio. Si no lo dejas, será tu último caso como juez, lo sabes, ¿no?, y el final de tu matrimonio, probablemente la pérdida de tu hija, y desde luego el final de tu carrera.

—Y si lo dejo, siempre sabré que no sirvo para esto. Que no he hecho mi trabajo, que he acusado a un inocente y que dos muertes quedarán impunes.

—Eso es.

—¿De dónde sales tú, para que estas cosas te parezcan aceptables?

—Del mundo real, Marta, del mundo real.

—¿Tú también vas a pedirme que lo deje?

—No. Voy a pedirte que me dejes solucionarlo a mí.

23

El lugar de la cita era una playa desangelada tras las vías del tren, más allá del paseo marítimo. Me esperaba sentada en la arena, tras un viejo chiringuito medio derribado por las olas o por el tiempo. El mar estaba en calma y las luces del atardecer se reflejaban en el agua, tersa y gris.

Me acerqué despacio, observando a mi alrededor, como siempre. Recordaba otros encuentros, otros lugares solitarios, siempre con el peligro de que alguien no invitado estuviera presente. Aquella vez no era lo mismo. Podía estar seguro de que nadie más iba a acudir al encuentro.

Teresa Cunit se puso en pie cuando me vio llegar. Iba vestida de modo discreto, con unos vaqueros y una cazadora. Llevaba las gafas de sol colocadas sobre la cabeza, a modo de diadema, y supuse que llevaba mucho tiempo allí, mucho más del que yo la había estado observando. La había visto fumar mientras contemplaba el horizonte, el mar en el que había sucedido la tragedia.

En aquel momento ya no me sentía como el policía que intentaba sacar información de un presunto culpable, era algo más. Era la necesidad de saber la verdad, la necesidad de superar la tragedia que me tenía enganchado desde hacía años. Si no había podido castigar a los culpables del crimen de los Obote, quería atrapar a los que habían matado a dos muchachos inocentes, porque estaba seguro de que eran inocentes de todo, mucho más que cualquiera de los implicados, incluido el más alto.

—¿Querías verme? —dijo ella.

—¿Te sorprende?

—No, en absoluto. ¿Damos un paseo?

Nos alejamos hacia la zona más triste y desolada de una playa triste y desolada. Teresa Cunit era una mujer inteligente y no hacía falta ser muy listo para saber que aquella no era una cita amorosa. Lo veía en su actitud, de una cierta derrota, como si hubiera llegado al final de un camino y solo deseara descansar. La circunstancia soñada por un interrogador. Encendí un cigarrillo y dejé pasar unos minutos mientras crujía la arena bajo nuestros pasos.

Empecé a hablar, pero no de lo que nos unía y nos separaba, no del desgraciado asunto del Club Náutico, del heredero o de las fiestas a bordo de un velero. Le hablé de crueldad, de maldad, de ese sentimiento ancestral arraigado en los hombres, indisolublemente unido al miedo. Tenemos miedo, luego somos crueles y malvados. Y esa maldad está escondida en lo más profundo de nosotros, nos corroe por dentro y sale a la superficie cuando el miedo se hace insoportable. Entonces somos capaces de acciones que nos repugnan o ni siquiera eso, acciones que nos envilecen y nos retrotraen a eso que Conrad llamó *El corazón de las tinieblas*. Porque Conrad no hablaba de un río o de una selva tenebrosa, hablaba de nosotros mismos, de nuestras culpas y de nuestras carencias, de nuestros miedos, de nuestra crueldad.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó ella con las lágrimas desbordando de sus ojos.

—No. ¿Qué me quieres decir tú? ¿Qué deuda tienes, Teresa? Estabas en el Fortuna, ¿verdad? Aquella noche. Lo viste todo.

No respondió, se limitó a seguir caminando, con la cabeza gacha, mirando sus zapatos hundirse en la arena húmeda.

—Sé que el Fortuna salió aquella noche —añadí—. Tengo un testigo.

—¿Y qué más crees saber?

Le hablé de las seis personas a bordo del velero. De los dos hombres jóvenes, Alberto y Fernando, de dos chicas menores de edad y de la «hermosa mujer» de la que me había hablado mi testigo.

—Eras tú. La mujer eras tú. Estabas allí, lo viste todo. Eres protagonista y tienes miedo. Lo sé, pero no tienes por qué ser cruel y malvada. No es tu naturaleza. Estabas en el entierro, fuiste a ver el sitio donde lo encontraron. Lo recuerdas con cariño.

—¿Y qué si yo iba en el velero?

—¿Qué pasó?

—No te servirá de nada...

La tomé del brazo, la hice detenerse y la miré a los ojos. No era una mala persona y tal vez tenía algo de conciencia. La ligera brisa le removía el pelo y vi sus ojos, tan verdes, arrasados en lágrimas.

—Tú lo querías. Tienes una deuda con ese chico, no puedes dejarlo pasar como si nada. ¿Qué pasó en ese barco?

En cierto modo, sentí algo de pena por ella. Desde el primer momento supe que había sentido la muerte de su amante, que Alberto García Rañé significaba algo para una mujer hastiada de la vida que llevaba. Le solté el brazo y echó a andar de nuevo. Rompió a llorar. Y luego empezó a hablar. Con voz temblorosa, entre sollozos y lágrimas.

Seis personas, una fiesta a bordo del velero; ella y Alberto, Sonia, Sandra, el hombre alto, rubio y aristócrata. Al timón, el único sobrio del grupo, Fernando Riera, marinero de guardia, el amigo de confianza de Alberto García Rañé, el único que no tenía categoría para sumarse a la fiesta, el que se iba a encargar de llevarlos sanos y salvos de vuelta al muelle.

—¿Quién lo mató?

—¡Nadie lo mató!, ¡nadie lo mató!

—¿Qué me vas a contar, eso tan bonito de que lo mató el mar? —dije deteniéndola de nuevo.

—Fue un accidente —susurró—, fue un accidente. Ella quiso gobernar el barco, era una cría, una estúpida y borracha cría, no estaba en condiciones, pero quería impresionarlo... Empujó a Fernando y lo apartó del timón.

Alcohol, hierba, cocaína, el motor a toda máquina, el velero rozando el muelle de la Estación de Mercancías con una niña al timón, borracha como una cuba, ¿y quién se iba a oponer? ¡Era una fiesta! Una jodida fiesta, y nadie podía negarle nada, ni el joven alto, rubio y aristócrata; ni Fernando, que debía manejarlo; ni Alberto, que intentó disuadirla.

—Cogió la rueda del timón. Estuvimos a punto de estrellarnos contra el muelle exterior, todos se reían, al salir a mar abierto se le fue de las manos..., escoró y la botavara salió disparada como... un cohete y le destrozó la cabeza. —Un sollozo rompió la última frase y Teresa Cunit se derrumbó sobre la arena.

—Y Alberto cayó al agua.

—Lo perdimos de vista. Fernando cogió el timón y... volvimos a puerto... A él... lo estaban esperando en su coche y se lo llevaron. Uno de... esos hombres habló con Fernando. La chica estaba tan borracha y drogada que no se había enterado de nada..., las llevé a las dos a su casa.

—Dejasteis que se ahogara.

—¡No! ¡Creímos que el golpe lo había matado! —gritó llorosa.

—Y lo dejasteis morir. Dejasteis que se ahogara.

—No podíamos hacer nada —sollozó—, y tú no podrás hacer nada...

—Tú me ayudarás. Tú harás una declaración ante la juez y contarás lo mismo que me has contado.

—No haré nada de eso, inspector Molina —dijo con entereza—, no diré una palabra. Nunca estuve en ese velero, pasé la noche en el club de la avenida del Tibidabo, con mi marido, jugando al intercambio de parejas. Eso es lo que acordamos y eso declararemos.

—Lo que acordasteis. Estáis todos en esto, ¿verdad?

De alguna manera, Teresa Cunit tenía necesidad de contarle todo, y mucho mejor contárselo a alguien como yo, que no podría hacer nada. Me habló de una reunión, de un plan.

—Lo negaremos todo. Todos tenemos coartadas.

Pero hubo algo más porque en la reunión no estaba Fernando. No había sitio para un simple empleado. «Convince a Fernando para que declare que aquella noche estaba contigo, en el barco de Alberto, que esa será su coartada y luego tú lo negarás. Así que todas las sospechas recaerán sobre él. Nuestros empleados jurarán que tú y yo estábamos en el club, y Michelle jurará que Olga y Sandra estaban con ella.» Solo Fernando Riera quedó fuera del trato. Solo el marinero de guardia.

—A Michelle le pagaron bien. Sandra no recordaba nada, y Nogués envió fuera a su hija..., todo tenía que salir bien.

—Y los matasteis. Matasteis a Fernando y a la Francesa para cubrirlo todo.

—¡No, por dios! No sé nada de eso. Nadie dijo nada de matar a nadie. ¡No puedes creer eso!

—¿Y por qué no voy a creerlo?

Volví a casa sintiéndome con las manos vacías. Depositario de un secreto, como si el secreto fuera parte de mi naturaleza. Había dejado marchar a Teresa Cunit con la furia contenida dentro de mí, con la convicción de que ella tenía razón: no importa lo que le pasara, jamás hablaría de aquella noche. Y sin ella no habría testigos: tres muertos, dos drogadas sin memoria y alguien inalcanzable. Solo quedaba Ernesto Sala, pero dudaba de que su declaración sirviera de nada. Curiosamente, lo que más me afectaba era que no podría cumplir mi palabra, no podría ayudar a Marta Esteller. Estaba sola, absolutamente sola en su lucha contra molinos de viento. Lo único que me quedaba era tratar de evitar que destrozara su carrera y su vida.

Llegué a la calle del Movimiento Nacional cuando una fina lluvia empezó a caer, en silencio, como si respetara la hora del sueño. La calle estaba a oscuras, con todas las farolas apagadas. No pensé en ello cuando cerraba la portezuela del coche, ni cuando sacaba las llaves del bolsillo frente a mi puerta. Entonces una voz dijo:

—¡Vaya! Ya has aparecido, ¿con cuál de esas zorras has estado?

Intenté revolverme, pero algo duro me golpeó los riñones, con tal fuerza que creí que me

partía en dos.

—Te dijimos que te metieras en tus asuntos, pero nunca haces lo que se te dice.

Ya en el suelo hubo otro golpe, esta vez me llegó desde arriba, claro, sobre la espalda. Sentí que me faltaba el aire.

—Hola, Marín —jadeé—. ¿Qué tal está tu mujer?

Al alférez de navío Daniel Marín no le hizo gracia. Una violenta patada en el costado casi me levantó del suelo. Unos brazos fuertes me levantaron y me sujetaron para que un puño, duro como una piedra, se estrellara contra mi estómago. Luego vino una tanda, en el pecho, en el estómago y en los costados. Eran dos o tres, al mismo tiempo. Turnándose.

Perdí de vista el lugar donde estaba, la hora del día... «¿Y las luces?, ¿dónde están las luces?» Le oí decir algo a Marín como «sentido del humor» y luego su puño se aplastó contra mi cara. Me acordé de que llevaba una pistola, pero ni siquiera podía encontrar mis manos, y los golpes, precisos, secos y duros, me repasaron sin dejarme respirar. La cara, el cuello, el pecho, los riñones, las piernas. Luego el aire se negó a entrar en mis pulmones y sentí que ya nada tenía importancia.

24

En la puerta del Club Náutico, un agente de la Policía Armada impedía el acceso de algunos periodistas que habían pretendido entrar en el recinto. A un lado de la entrada, un coche patrulla obstruía el acceso al aparcamiento. Un poco más allá, una unidad de antidisturbios con casco y escopetas se mantenía agrupada alrededor de su Land Rover.

Sobre el pantalán más lejano, varios agentes de uniforme custodiaban el velero Fortuna. Se había colocado una pasarela hasta el barco, pero en la cubierta no había nadie, y Bastús charlaba distendidamente con otros colegas de paisano cigarrillo en mano. La jueza Marta Esteller discutía acaloradamente con Iglesias y Franco.

En lo alto de la Capitanía, la bandera ondeaba furiosa, sacudida por un viento de levante que rizaba incluso las aguas de la dársena. Al otro lado de la manga de agua, sobre el Muelle de la Madera, un grupo de curiosos, junto al carguero de bandera liberiana, observaba la concentración de policías frente al velero clasificado para las pruebas de vela de Múnich.

Más allá parecía como si la ciudad fuera totalmente ignorante de lo que estaba sucediendo en su Real Club Náutico. El día era especialmente luminoso. Del edificio principal del Club, como si los persiguiera el diablo, aparecieron Higinio Mas y Eugenio Rosell, a la carrera, volando literalmente hacia el Fortuna. Los cuatro hombres, Mas, Rosell, Iglesias y Franco rodearon a la jueza, en el borde del pantalán, acosada por gritos y gestos.

Bastús y dos agentes más se acercaron despacio al grupo, mientras el teniente que mandaba el contingente de la Policía Armada miraba a un lado y a otro buscando a alguien que le dijera qué debía hacer. Una orden ladrada por Franco le hizo correr hacia la entrada del Club, donde dispersó a los periodistas concentrados. Cuando uno de ellos trató de pedir explicaciones, el teniente, rojo de ira, lo empujó lanzándolo contra la valla. Fue entonces cuando observó la columna de vehículos que se acercaban.

En cabeza iba un 1430 del 091, seguido por dos vehículos oficiales con los cristales tintados de negro, y un Land Rover de la Guardia Civil cerrando la marcha. Cuando llegaron a su altura, el teniente reconoció sin duda al comisario jefe Márquez. De otro coche bajaron dos hombres, uno de mediana edad que el teniente creyó reconocer como el presidente de la Audiencia, y un desconocido alto y con el pelo gris muy corto.

—Eche a todos esos de aquí —le ordenó secamente Márquez.

Esteller los vio llegar por el pantalán, sin prisas. El juez Armando Alonso, presidente de la Audiencia, caminaba cabizbajo, con las manos cruzadas a la espalda, hablando en voz baja con el comisario. Con ellos venía Ortiz de Gárate.

—Marta —saludó el juez Alonso a Esteller.

—Señoría —respondió ella.

—¿Podemos hablar?

Ortiz de Gárate y el comisario se quedaron charlando con Rosell y Mas mientras Iglesias y Franco se retiraron unos pasos. Esteller y el juez Alonso parecían tener también una charla relajada, pero Bastús, atento a cómo se desarrollaban los acontecimientos, estaba seguro de que era cualquier cosa menos amigable. Todo el mundo parecía haberse quedado paralizado mientras Alonso y Esteller hablaban. Bastús se movió despacio, paseando, y se enfrentó al Fortuna. Desde el pantalán no podía ver bien la botavara, naturalmente, pero hubiera dado cualquier cosa por analizarla tal y como le había ordenado la jueza, aunque mucho se temía que algo había hecho cambiar los planes y que eso no iba a ser posible.

—Ese barco ya debería estar en Kiel, Marta —decía en aquel momento el juez Alonso—. Y ese es el menor de los detalles. ¿Qué pretendes? Y permíteme la confianza porque sabes que siempre te he cuidado como a una hija. Confié en ti, te apoyé para que obtuvieras un puesto en la Magistratura, pero he de confesarte que me has defraudado.

—Señoría, en ese barco hay pruebas...

—¿Pruebas? No hay pruebas, solo indicios fruto de una interpretación torcida de los hechos. He visto los informes policiales y lo siento mucho, pero tu buen juicio está... viciado.

—¿Qué quiere decir?

—He visto las fotos, Marta. He visto las fotos.

—Eso no...

—¿No tiene nada que ver, ibas a decir? Te has dejado influir por ese inspector Molina. ¿Sabes a qué se dedicaba antes de entrar en la Policía? Un agente provocador, un espía, especialista en montar operaciones complicadas e interesadas. Ha estado sometido a tratamiento psicológico, está enfermo, es un paranoico, y tú te has dejado arrastrar a sus... locas teorías. ¿Te das cuenta? ¿Cuál va a ser tu próximo paso?, ¿imputar a su alteza?

—Nadie ha hablado de su alteza, señorita, pero...

—Esto se ha terminado, Marta —dijo Alonso endureciendo el semblante—. Estás relevada del caso. Y sintiéndolo mucho, tengo que abrirte un expediente disciplinario. No puedo permitir que una juez en ejercicio cometa adulterio con el policía encargado de la investigación.

—Eso no cambia los hechos —dijo ella con un hilo de voz.

—Desde luego que los cambia. Deberías saber que los hechos se establecen en un juicio, no antes.

—Y que ese juicio nunca tendrá lugar.

—Esta conversación se ha terminado. Quiero verte mañana a las nueve en mi despacho, sin falta. ¿Está claro? Y ahora haz el favor de dejar esto. Vuelve a casa y trata de explicarle a tu marido qué ha pasado con ese policía.

A unos metros de distancia, Bastús se percató de que no había habido despedida, ni apretón de manos ni saludo alguno entre sus señorías. Sin decir una palabra, Marta Esteller se alejó hacia el edificio del Club seguida por todas las miradas. Bastús vio cómo todos, incluida la unidad de la Policía Armada, iban abandonando los pantalanes. Echó una mirada el velero Fortuna, atracado a unos pasos de él, y sacó el paquete de cigarrillos.

Al abrir los ojos lo primero que vi fue un espacio blanco y luminoso. Era un techo, desde

luego. Me sentí desconcertado. Oí algo, percibí movimiento a mi alrededor, y poco a poco todo se fue aclarando. Marín, la calle oscura, la imposibilidad de respirar, el dolor de cabeza. Intenté levantar una mano, la izquierda, algo que me costó un gran esfuerzo, pero lo conseguí. Tenía un cable metido en la muñeca, bajo una venda. La derecha la tenía libre, o al menos no tenía ningún cable, pero un dolor casi insoportable en el hombro me impedía moverla.

A mi izquierda apareció una enfermera, algo borrosa, con cofia. Se acercó tanto que pude percibir su colonia, algo infantil. Me abstuve de hacer la clásica pregunta de dónde estoy. Parecía obvio.

—¿Cómo se encuentra?

Cuando intenté contestar me di cuenta de que tenía una máscara sobre la cara, probablemente oxígeno. Asentí con los ojos. No me encontraba ni bien ni mal. La enfermera maniobró y me quitó la mascarilla. Podía respirar bien, aunque me dolía el pecho.

—¿Estoy vivo? —pregunté por decir algo.

—Desde luego —dijo la enfermera—, ahora viene el doctor. No intente hacer ningún esfuerzo.

Me hizo gracia lo de hacer esfuerzos. Cerré los ojos y traté de respirar hondo, aunque el dolor en el pecho me lo impidió. Debieron pasar unos minutos y una voz de hombre me hizo abrir los ojos.

—Inspector Molina. Le han dado un buen repaso, si me permite la expresión. Tiene dos costillas rotas, una fisura en el pómulo, hematomas en gran parte del cuerpo, fractura de tibia, un hombro dislocado y, por suerte, nada de heridas internas. ¿Me sigue?

—Le sigo.

—Lo peor ha sido su crisis de asma. El salbutamol que llevaba en el bolsillo, ¿de dónde lo ha sacado? No se comercializa en España.

—Un amigo inglés —dije.

—Necesitará un descanso pero no corre ningún peligro. Ahí fuera hay un compañero que quiere verle. Le he dicho que solo unos minutos.

Asentí tratando de que no se me descuadernara la cabeza. El compañero era Muñoz. No sé por qué había pensado que tal vez Franco se habría dignado acercarse a ver a su subordinado. Claro que, bien pensado, no me tenía ningún aprecio.

—Estás hecho un desastre —dijo Muñoz—. Te he traído una botella de whisky pero me la han requisado en recepción.

—No tienen corazón —dije.

—¿Viste quién fue? —preguntó Muñoz.

—Desde luego.

—Como tienes tantos frentes abiertos, habrá que preguntarte cuál de tus numerosos enemigos te ajustó las cuentas —dijo Muñoz mientras sacaba la pipa.

—Un marido celoso. —Me asaltó la risa y me dio tal pinchazo en el pecho que tuve que cerrar los ojos.

—A propósito —me aclaró Muñoz—, ya te enterarás de primera mano, pero van a apartar del caso a la juez Esteller. La intención es pasarlo a otro juez que lo cierre de inmediato a petición de la Fiscalía.

—¿Me vas a dar el parte meteorológico?

—Marejada. Por decirlo con suavidad. Hubo una movida importante en el Club Náutico. Es la

comidilla de la Jefatura. Iglesias se ha colgado la medalla y todos contentos. Y... todavía hay más —anunció Muñoz—. Las fotos. Han corrido por los despachos. A estas alturas eres muy famoso, tú y las tetas de su señoría.

—Genial.

—Lo tuyo, la agresión, le han encargado a Planas que lo investigue, pero el chico tiene más miedo que vergüenza. Dudo que averigüe nada.

—No se lo reprocho. ¿Y el caso del italiano?

Muñoz me alargó *La Vanguardia* del día, abierta por la página de sucesos: «Ajuste de cuentas entre bandas», decía el titular del artículo de apenas una docena de líneas. Una conocida *madame* de los bajos fondos asesinada por un sicario de la mafia italiana que a su vez había sido eliminado posteriormente. El caso había sido notificado a la Interpol dada la implicación de mafiosos extranjeros.

El resto del día lo pasé en un duermevela permanente, tratando de mantenerme lúcido y despierto, pero no era nada fácil. Lo de Marín y sus esbirros había sido también un aviso, solo que algo menos sofisticado que el de la jueza. Todo ello aderezado con una venganza personal. Alguien, probablemente otra enfermera, entró a verme y me tomó la temperatura. Era noche cerrada y la oí gruñir algo. Manióbró en el gotero que llevaba unido a mi brazo y luego volví a dormir. Me despertó algo. Una sacudida en el hombro. Mi primera reacción fue echar mano a la pistola, claro que caí en la cuenta de que solo llevaba puesta una estúpida bata y estaba en la habitación de un hospital.

—¡Bastús! ¿Qué haces aquí? —exclamé sorprendido.

Me había sacudido el hombro con su única mano y volvía la mirada, receloso, hacia la puerta. Por un momento pensé que podía formar parte del equipo que pretendía anularme, pero cuando le vi llevarse un dedo a los labios indicándome silencio me acabé de despistar.

—Tenía que venir —dijo—, me he colado, así que será mejor que no nos oigan. No quiero que nadie sepa que he estado aquí.

—¿Qué pasa?

—Muñoz ya te ha contado lo del Náutico, ¿no?

—No mucho.

—Yo estaba allí.

Bastús se sentó sobre la cama y me contó en voz baja cómo la jueza había tenido la osadía de ordenar el registro del Fortuna.

—Se armó la de Dios. Vino el comisario jefe, el presidente de la Audiencia, en fin, un pastel. No se hizo, claro, y todo el mundo se largó. Despaché a mi equipo y cuando me di cuenta, me habían dejado solo, así que... —Miró a su alrededor antes de añadir—: Me metí en el jodido barco y eché un vistazo. El palo ese, la bota no sé qué.

—La botavara —le aclaré.

—Ese. Lo habían limpiado, pero mal, como siempre. Había restos de sangre y de cabello humano, diría yo. Sangre seca. En la parte de atrás, bajo las tablas, también había más restos de sangre. Ahí no habían limpiado. Y alguna fibra de tela enganchada en... como se llame, como si hubiera arrastrado algo pesado.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—¿A quién? No jodas. Esas cosas no se dicen. Te lo digo a ti porque me jode que puteen a un

compañero por hacer su trabajo. Y no, no he guardado nada. Sin una orden judicial no serviría de nada, ¿lo entiendes?

—Sí, Bastús, claro que lo entiendo. Y te lo agradezco, pero ten cuidado, si alguien descubre lo que has hecho, te juegas la carrera.

—No te preocupes —rio irónico—. Tengo mucha mano izquierda.

25

Cuando uno se recupera en un hospital, de lo que sea, se agradecen las visitas. No todas, desde luego, pero sí la mayoría. El tiempo se hace largo y pesado, sin nada que hacer y la mayor parte de las veces sin energía para nada. Al segundo día los médicos me anunciaron que me darían el alta a la mañana siguiente, aunque con un montón de recomendaciones y de consejos. Y aquella tarde, a la hora de las visitas, apareció Marta Esteller.

Me dio la impresión de que algo había cambiado en ella. Llevaba un conjunto de color gris con una camisa llena de transparencias, muy al estilo *hippy*. Nada más lejos de su imagen de juez de la Audiencia, el pelo con un corte nuevo y más propio de una fan de los Beatles. Me sonrió, se acercó a la cama y depositó un beso de lo más casto sobre mi frente. Olía bien y tenía los labios tan suaves como los recordaba.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—En reparación. ¿Y tú?

—Como decías tú, en dique seco.

—¿Te han despedido?

—No pueden hacerlo así como así. Alonso se está pensando si me expedienta o si acepta mi dimisión.

—¿Ya la has presentado?

—No. Y eso es lo curioso, él valora si la acepta antes de que la presente.

—¿Ya sabes lo que han encontrado en el Fortuna?

—Me lo imagino.

—Entonces no hace falta hablar de ello, ¿no?

—No. No hace falta. Pero si piensan que me he rendido, es que no me conocen.

—Pues yo no soy un héroe. Ya ves —dije haciendo un gesto que pretendió abarcar mi anatomía bajo la sábana.

—Sabes que nuestras fotos han llegado a todos los rincones donde debían llegar, ¿no? —me anunció con una sonrisa desmañada.

Asentí con la cabeza y tomé su mano. Estaba fría, y la dejó allí entre las mías.

—¿Y tu marido?

—Es un hombre razonable, como dice él. Lo que quiere decir que instar una separación le acarrearía muchos problemas, sobre todo financieros. Nos casamos en separación de bienes y, por suerte o por desgracia, mi fortuna supera la suya por diez a uno. Son sus palabras. Así que no va a pasar nada. Yo no moveré un dedo porque podría perder a mi hija. Lo entiendes, ¿no?

—Claro —dije.

Lo entendía, y entendía que si algo estaba lejos de mi mente en aquel momento era meterme en otra relación más o menos formal. No estaba seguro de qué era lo que me unía a Marta Esteller, probablemente la quería, pero todo lo que yo podía querer, que no era demasiado. Del modo más egoísta, pensé que me lo ponía fácil.

—De todos modos —siguió ella—, no es momento de hablar de eso, ¿no? ¿Qué vas a hacer?

—De entrada, salir de aquí lo antes posible. Luego puedo optar por buscar al que me ha hecho esto y pegarle un tiro, o volver a la Jefatura y seguir con mi trabajo, si es que no me echan también, lo cual es muy posible.

Charlamos un rato más sobre cosas sin importancia, como mis heridas, la muerte de la Francesa, la tesis que intentaba zanjar el crimen del Club Náutico y la regata que tendría lugar en Kiel con la participación del Fortuna.

Cuando salió de la habitación tras un beso de despedida, me dio la impresión de que finalizaba una etapa. Probablemente estaba sucediendo algo que odio y es que una relación de amantes se iba a convertir en una amistad. Busqué la compañía de un cigarrillo, pero no era fácil con la cajetilla en un cajón cerca de mi mano izquierda inmovilizada por un vendaje. Iba a pedir auxilio cuando hizo su entrada una enfermera.

—Tiene usted una llamada. He dicho que espere. ¿Cómo se encuentra?

—Podré moverme —dije—, si me ayudas.

Ya me había levantado un par de veces, con ayuda, y noté que los dolores habían cedido y me movía mucho mejor. Aun así, me tuve que agarrar a la enfermera para llegar hasta la recepción. En el teléfono me saludó la voz de Santos Requena desde Madrid, tan tomada como siempre.

—Me han dicho que estás jodido. ¿En qué lío te has metido?

—Esta es una ciudad dura.

—Sí. Me habían hablado —dijo el guardia civil con su habitual sentido del humor—. Solo quería saludarte y ver cómo estabas.

—Se agradece.

—Oye, y de paso. No me has dicho nada, ¿has recibido el material?

—¿Qué material?

—¡Por dios! Hace un montón de días que te envié lo que encontré.

—No he recibido nada —dije súbitamente preocupado.

—Charles Onkoro, un mulato nigeriano. Un especialista del machete, joder. Es lo único que he encontrado. Te mandé la foto por el engendro ese del fax y un sobre a tu nombre por valija con el resto.

—Te juro que no tengo nada.

—Pues mira a ver porque se habrá traspapelado, ya hace más de una semana. El sobre llevaba una copia de la ficha policial abierta en Santa Isabel en 1966. En el 68 participó en lo de Obote. Y adivina quién le salvó el culo.

—Me tienes sobre ascuas.

—Tu amigo el alférez Daniel Marín.

Colgué después de darle las gracias. Y me quedé un rato apoyado en el mostrador tratando de recuperar el aliento. No existen las casualidades. Onkoro, Marín y la muerte de un pringado italiano como caído del cielo junto al yate Fortuna. Creció la opresión en el pecho y en mi cabeza

se reprodujeron las infernales imágenes que me perseguían desde el golfo de Guinea. Y ahora el mal podría estar aquí.

El médico me miró al día siguiente con aire escéptico cuando le aseguré que podía mover bien el hombro, que mis problemas para respirar no tenían nada que ver con las costillas rotas y que procuraría no hacer ningún esfuerzo durante los siguientes quince días. No me creyó, desde luego, pero me dio el alta. Los protocolos sanitarios recomendaban que me retuviera ingresado todavía un par de días, pero la alternativa era que me la diera o que me la tomara yo por la brava. Metí la bolsa con mis pertenencias en el asiento de atrás del 1430 y enfilé el camino hacia el Clot, pero al momento me lo pensé mejor, di un volantazo y me dirigí a la Jefatura.

No estaba en condiciones de correr una maratón pero al menos podía andar, respiraba con normalidad y el dolor del hombro casi había desaparecido. Y hablando de eso, ¿quién había hecho desaparecer el material que me envió mi amigo de la Guardia Civil? Podía haber esperado a estar repuesto del todo, pero no tenía ninguna intención de quedarme sentado en un sillón y dando vueltas a la cabeza, así que me presenté en la Jefatura.

Lo primero que hice fue ir a ver al uniformado encargado de la valija, a preguntar por el sobre de Requena. No tenía ni idea de qué le hablaba. Revisó su libro de entradas y allí no figuraba ningún sobre que hubiera llegado a mi nombre, ni cosa semejante.

—¿Se te puede haber pasado? —pregunté.

—Si llega, lo anoto —me dijo secamente.

Lo que podía ser mala suerte era que se perdiera un sobre, algo que podía pasar. Pero que se perdiera también la foto enviada por fax era otra cosa. El compañero de la valija no sabía nada del fax, pero me envió al responsable de comunicaciones, un inspector veterano.

—Tú eres Molina, ¿no? Te has hecho famoso.

—Sí, como Raphael. La he cantado bien, ¿no?

—He visto esas fotos que corren por ahí. Yo también me habría enrollado con la juez, pero te va a salir caro. ¿Aún estás de baja?

—Ya no.

—¿Quién fue, el marido?

—¿Tú qué crees? —le dije ya empezando a mosquearme.

—¡Oh! Perdona, colega. Pero estas cosas..., bueno, ¿qué quieres?

—Hace unos días llegó un fax con una foto enviada desde Madrid...

—¿Qué clase de foto?

—Un tío medio negro, guineano... o algo así.

—No sé. ¿La pidió alguien?

—No. Vino a mi nombre.

—Todo lo que llega lo recoge la secretaria de Márquez. Oye, dime una cosa...

—No me jodas, no quiero hablar de eso.

—Espera, joder, no te he dicho que no. Este aparato —dio una palmadita al fax— es mío y solo mío. Fuera de mi turno se cierra. Además, queda constancia de todo lo que llega en su memoria. Es un aparatito milagroso. Cierto —dijo después de mirar una pantalla—, llegó un fax de Madrid, una foto. La máquina la registró pero yo no la he visto.

—¿Quién la recogió?

—Pilar, la secre del comisario, supongo.

Cabía una posibilidad. Llámese burocracia, suerte o algo parecido. Me dirigí a la primera planta, hasta la antesala de Márquez. Pilar no sabía de qué le hablaba pero me dijo que tenía un montón de papeles por revisar y que lo normal era que decidiera ella misma lo que era importante para el comisario o lo que se enviaba a los jefes de Brigada. Cuando dijo: «Sí, aquí está», empecé a pensar que la vida no era algo tan negro.

Tampoco era negro exactamente el tipo que me miraba desde la foto: joven, alto y delgado, era un mulato sin duda, probablemente hijo de algún colono europeo violador y de una joven africana violada. No sonreía, antes al contrario parecía taladrar con la mirada al fotógrafo y todo él emanaba una agresividad que iba más allá de su buen traje y su corbata. No había ninguna nota en el fax y Pilar me hizo firmar un recibí «para hacer las cosas bien», dijo.

Cuando salí me crucé con un par de compañeros que me miraron como si acabara de salir de la tumba y empezaron a cuchichear a mis espaldas, pero mi cabeza estaba en otro sitio. ¿Franco? ¿Franco había requisado la documentación enviada a mi nombre desde Madrid? ¿Y por qué no la foto? ¿Un fallo?

Un colega que entraba de turno en aquel momento me hizo un gesto obsceno que respondí elevando el dedo corazón en el aire. Muñoz no estaba en su sitio y nadie sabía dónde andaba. Probablemente se había ido a casa. Sentado en mi silla, todavía intentando centrarme, tuve de pronto una idea.

Bastús estaba en su mesa, en un rincón con cierta intimidad. Estaba escribiendo a máquina con su única mano, con unas gafas redondas metálicas colgando en un precario equilibrio sobre la nariz. Esbozó una sonrisa al verme y siguió escribiendo con una sola mano y, lo que era mucho mejor, con un solo dedo.

—¿Ya te has incorporado?, ¿qué tal el hombro?

—Bien. Oye, necesito que me eches una mano, aunque sea la derecha. Procesaste tú el escenario de la Francesa, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Qué encontraste?

—¿No has visto mi informe?

—No. Cuéntamelo.

—En la búsqueda de huellas había tantas que las agrupamos por características. —Rebuscó en uno de sus cajones y me alargó un par de folios grapados—. Esta es mi copia. No me la pierdas, siempre guardo una por si acaso.

El informe incluía un anexo que era una auténtica colección de huellas, algunas identificadas y otras no. La mayor parte eran de las chicas de Twenty, y había incluso unas mías.

—¿Qué pasa con las que faltan por identificar?

—Pues lo normal —dijo Bastús tomando el expediente en sus manos—: las enviamos a los archivos centrales y puede que a la Interpol, pero eso no lo sé. Muñoz se suele encargar de eso.

26

Siempre supuse que el inspector Florencio Muñoz no tenía coche, pero me equivoqué. Uno no siempre acierta. Un viejo Seat 600 de color gris se detuvo en la puerta de la Jefatura. Estaba seguro de que no me había equivocado con Muñoz salvo en lo que se refería a ese detalle.

Condujo hacia el mar y luego subió por la Rambla. No cruzamos ni una palabra hasta que se desvió hacia una callejuela cerca de la plaza Real. Nos apeamos y él sacó la pipa del bolsillo iniciando el ritual que yo ya conocía. Primero limpiarla con un objeto punzante, una navajita pequeña y afilada, después golpear la cazoleta contra un objeto duro, el capó de cualquier coche aparcado, luego sacar la bolsa del tabaco de pipa y escanciar unas hojas para después apretarlas con el dedo pulgar. La operación final era encenderla con fuertes aspiraciones que hacían entrar la llama del encendedor en la cazoleta. Todo eso mientras caminábamos y sin mirarme ni una sola vez mientras yo estudiaba cada movimiento preguntándome con qué clase de persona estaba tratando.

—He ido al cementerio —dijo—, a ver la tumba de Michelle. ¿Me vas a decir de una vez por qué querías verme o me tendré que fumar toda la pipa?

—Creo que tenemos que hablar.

—Sospecho que es algo grave, ¿no?

—Lo es.

—¿Te he preguntado alguna vez si te gusta el jazz? —Señaló enfrente el garito de la plaza Real.

—Unas cuantas.

—Ahí, un poco más allá, se ha montado una especie de mercado de la heroína. Nadie sabe qué hacer porque los achuchas y se van un poco más lejos. Y por ahí, al lado de la fuente, se juntan los anarquistas. Los conozco a casi todos, teniendo en cuenta que la mitad son policías infiltrados.

—Interesante.

—Sí, mucho —asintió Muñoz después de lanzar una voluta de humo al aire—. ¿Vas a decirme qué quieres o tendré que torturarte?

No le iba a hablar de la foto, no por el momento, así que le conté una historia, «una suposición», le dije. Un policía veterano, con cierto poder, conocedor de su ciudad, con amigos y recursos, se ha hecho un pequeño reino durante años. Conoce a todos los proxenetas, los protege y ellos le informan, controla a la más destacada *madame* de la ciudad; tiene en sus manos el más próspero negocio que puede haber en el filo de la ley: la prostitución. ¿Veinte, treinta chicas? Un flujo de dinero que circula sin demasiados problemas porque Barcelona es una ciudad sin

problemas, salvo los problemas políticos, claro. No hay grandes organizaciones criminales, solo unos cuantos chulos necesitados de que la poli, la poli de barrio, mire hacia otro lado. Y ese policía veterano lo sabe y lo puede hacer. Pero un día sucede algo que lo trastoca todo: un muerto flotando en las aguas del Club Náutico. Y entran en juego otros intereses mucho más importantes que lo que representa ese policía. Todo se complica y el poli tiene que colaborar en taparlo porque se juega mucho. Así que mira para otro lado cuando empiezan a desaparecer los testigos, la joven que se va a Suiza, el marinero de guardia con sobredosis, la *madame* asesinada por la competencia..., no puede hacer otra cosa. El caso es que de pronto se le ocurre a alguien la solución: un cabeza de turco llegado de Sicilia. Y el policía veterano que controla la prostitución y los barrios bajos urde un plan en el que el italiano es el protagonista. Claro que hay que quitarlo de en medio. No está claro quién es el instigador, o los auténticos protagonistas, desde luego profesionales con machete africano o con munición de 9 milímetros. Una jugada maestra. Así nadie relaciona los crímenes con el verdadero móvil, ocultar qué pasó en ese maldito barco.

Llegado a ese punto detuve el relato. Muñoz seguía fumando en pipa tranquilamente. Estábamos en el lugar más desierto del mundo. Una calle solitaria, un par de fábricas cerradas, algunas bombillas avaras de luz y un bloque de viviendas tan cutre y desangelado que uno se preguntaba quién podría vivir allí. La pistola se me clavaba en el costado y me hacía daño en las costillas todavía a medio reparar. Ya no llevaba el brazo en cabestrillo, pero aún me cubría el hombro un vendaje y mi respiración era cualquier cosa menos normal.

—¿De dónde has sacado esa historia, de alguna novela americana?

—De una foto y unos documentos desaparecidos.

—Poca cosa para acusar a alguien.

—Suficiente para mí.

—Entonces, ¿de quién estamos hablando? —Muñoz sacudió la pipa para vaciarla y luego la volvió a guardar en el bolsillo superior de la americana.

No me pareció preocupado, ni siquiera curioso. Los hombros un poco cargados hacia delante, la mirada vacía, perdida en algún punto por detrás de mí.

—Hablamos de la persona que hizo desaparecer la información que me enviaron desde Madrid.

Estábamos en la puerta del Club de Jazz. No había actuación aquella noche, lo que quería decir que el local se convertía más que nunca en punto de reunión de polis, macarras, putas y demás fauna de la plaza dedicada a la realeza. Muñoz pidió un coñac solo, en su línea, y un whisky para mí. Le dije lo que pensaba, que en todo aquello tenían mucho que ver ciertos personajes conocidos en Guinea y las andanzas de los servicios de inteligencia en aquellos años terribles.

—Y buscaron un cómplice en la Policía de Barcelona.

—¿Yo? —dijo Muñoz.

—En algún momento lo pensé, sí.

Muñoz frunció los labios de aquella manera tan personal y dijo:

—Mientras tú estabas metiéndote en líos de faldas y en un asunto que no podías resolver, Bastús me pasó una huella encontrada en el escenario de la Francesa y estoy esperando la información de Madrid.

—Sé dónde estaban las niñas la noche del viernes, sé por qué ha muerto la Francesa y sé cuál

es el puñetero barco que salió aquella noche —dije.

—¿Y crees que yo no?

En el local sonaba un blues de Ray Charles: «Por favor, ten piedad, Señor ten misericordia de mí. Bueno, si he hecho mal a alguien, Señor, ten piedad por favor».

Seguimos un rato en el Club de Jazz charlando de nuestras sospechas. Nos separamos con la sospecha de que nuestra corta amistad era algo sólido. Encendí un cigarrillo mientras veía el Seat 600 girar en la primera esquina.

La imagen del espejo era la mía, desde luego. Más viejo de lo que yo mismo tenía en mi cabeza. Eso que llaman patas de gallo alrededor de los ojos, una huella casi vertical a cada lado de los labios, un par de arrugas en el entrecejo y algún claro que otro en la cabellera. Pero básicamente, yo. El mismo oficial de la Armada que había decidido dedicar su carrera al secreto y la marginalidad. El mismo que había recorrido kilómetros de selva y de sabana, que había hecho cosas que prefería no recordar. Y el mismo que había creído encontrar la estabilidad en un trabajo de policía y en un matrimonio sin pasión.

En mi mesa había dos notas, dos llamadas, una de Gloria y otra de Esteller. Descolgué el teléfono y marqué su número. No me importó que contestara su marido. Le dije: «¿Puede ponerse su señoría?». Y le oí decir en voz alta: «Es el inspector Molina». Todo muy civilizado.

—¿Me has llamado? —pregunté.

—Sí, creo que debías saberlo. Me he negado a cerrar el sumario del Club Náutico. Voy a pedir a Suiza la extradición de la señorita Olga Nogués y que se cite al vigilante Ernesto Sala.

Antes de que colgara, aún le pude decir:

—Te la estás jugando, señoría.

El hombro casi no me dolía y al parecer mis costillas estaban en su sitio, reparadas y listas para la acción. Iba a tomar el ascensor de la Jefatura cuando al abrirse la puerta me di de narices nada menos que con Franco. Su rostro pétreo y adusto se iluminó al momento, como si hubiera visto a su novia.

—¿Molina! Vaya, me alegro de que estés bien. A ti quería verte —añadió tuteándome por primera vez—. ¿Podemos hablar un momento?

Me indicó que lo siguiera y fui tras él en dirección a la escalera que llevaba al sótano, a los calabozos y al archivo. Bajé los escalones viendo sus anchas espaldas, su calvicie y sus andares muy ligeros para su peso y su aspecto. En el primer rellano abrió la puerta metálica donde la señal de prohibido el paso estaba bien visible y se apartó a un lado para dejarme pasar.

Luego todo sucedió muy rápido, cerró la puerta y, antes de ser consciente de lo que pasaba, un brazo grueso como un tronco de árbol se estampó en mi cuello y me aplastó contra la pared, al tiempo que una mano extraía mi propia pistola de la funda y se empotraba en mis costillas aún resentidas.

—Y ahora, pedazo de cabrón, me vas a decir qué cojones estás haciendo. ¿Qué estás preguntando sobre mí?, ¿qué mierda estás removiendo, maldito malnacido?

Antes de poder responder, noté cómo el cañón de la pistola se clavaba entre las costillas y pugnaba por abrirme un agujero. Traté de respirar, pero entre el brazo sobre mi nuez y el hierro me resultaba de lo más difícil.

—No sé de qué me hablas... —jadeé.

—Eres como un grano en el culo y espero que te den tu merecido. O mejor, te lo daré yo si vuelves a meter las narices en mis asuntos. Tú o esa zorra con la que te acuestas. No me costaría nada meteros un par de balas en las tripas y, ¿sabes?, luego solo tengo que decir que se te fue la olla. No estás bien de la cabeza, todo el mundo lo sabe... Más vale que no os crucéis más en mi camino.

Me soltó, me metió la pistola en la sobaquera, me dio unos golpecitos en el hombro aún dolorido y abrió la puerta. Antes de salir, se volvió hacia mí y añadió:

—Estás advertido.

En mi mesa no había ni un papel, como si alguien se hubiera ocupado de decirme que allí no quedaba nada para mí. Muñoz estaba en su mesa, frente a la mía, y me miró con aire ausente. La pipa le colgaba de los labios. La sacudió un poco sobre la mesa y se la guardó en el bolsillo superior de la americana, un poco deformado por la costumbre de llevar allí la cachimba.

—Parece que salgas del cubo de la basura. ¿Qué te ha pasado?

—He tenido un mal despertar.

—Corre la voz de que Franco tiene los días contados. Se puede despedir del ascenso —dijo en voz baja.

—¿Tengo que alegrarme? —dije mientras revisaba los cajones de mi mesa.

La verdad es que ni siquiera había llegado a instalarme. Alguno de mis colegas lucían fotografías familiares sobre sus mesas, otros tenían montones de papeles por despachar, expedientes que revisar o notas sobre el teléfono. A mi alrededor se había hecho un vacío al que yo había contribuido en gran medida.

Sin hacer caso de mi incisivo comentario, Muñoz me explicó que el comisario Márquez no estaba dispuesto a dejar tras él a un personaje como Franco, así que había pospuesto su jubilación dejando claro que el actual jefe de la BIC no lo iba a suceder. Se rumoreaba que iban a enviar a alguien de Madrid para que se hiciera cargo de Barcelona.

—¿Y el asunto de la Francesa? —pregunté.

—Sigue abierto. Márquez quiere que se investigue. Una buena idea. Pero... —Muñoz miró a su alrededor como buscando intimidad.

Velasco estaba en su mesa y un poco más lejos, Planas charlaba con un hombre desconocido para mí.

—¿Qué pasa? —dije esperándome algo malo.

—¿Qué sabes de un tal Ernesto Sala?

—¿Debería saber algo? —me alarmé.

—No sé de qué va, pero lo ha traído la Guardia Civil. Ahora mismo está en el despacho de Márquez con Iglesias y el fiscal Navarro.

Salí como alma que lleva el diablo hacia el segundo piso, a la zona VIP de la Jefatura. No tenía ni idea de qué iba a hacer, si es que podía hacer algo. De todos modos, ¿qué sentido tenía seguir implicándome? Lo único que tenía que hacer era meterme en mis propios asuntos, sentarme a mi mesa y esperar a que alguien, en algún sitio oscuro y lóbrego, matara a otra persona para tener un nuevo caso. Y eso era todo.

Cuando salí al pasillo vi claramente de qué iba aquello. Estaban en la puerta del despacho de Márquez como si de un grupo de amigos se tratara. Ernesto Sala llevaba un traje algo anticuado,

de esos que le compran a uno cuando alcanza la mayoría de edad. Las mangas le quedaban un poco cortas y la americana, con seguridad, no le abrochaba, pero se había puesto una corbata con topos azules y rojos. Sonreía de una forma desmañada, como el que se ve obligado a fingir naturalidad, y cuando me vio aparecer la sonrisa se convirtió en una mueca que quería decir: «Lo siento». A su lado estaba Iglesias y un tipo trajeado, ¿abogado?, mucho más elegante, y era este el que hablaba distendidamente con el fiscal Navarro. Márquez y Ortiz de Gárate se me quedaron mirando cuando me acercaba y el comisario jefe elevó la barbilla en el aire como interrogándome. Fue Navarro el que se acercó a mí y me puso en mi lugar.

—¡Ah!, inspector Molina. Creo que ya conoce a Ernesto Sala. Ha sido muy interesante charlar con él. Nos ha puesto en antecedentes. Al parecer, vio cómo el velero de Alberto García Rañé pasaba junto a su garita la noche de autos. Una suerte. Ha reconocido el barco en el muelle del Club Náutico y a sus dos tripulantes, García Rañé y Fernando Riera. Eso lo cambia todo, y así lo trasladaremos al juzgado.

No dije nada. Ortiz de Gárate encendió un cigarrillo sin mirarme y Márquez se metió en su despacho después de estrechar la mano de mi antiguo jefe. Iglesias se acercó a mí con una mueca que podía ser de desprecio o simplemente que se olía a sí mismo.

—Vas a tener que explicar por qué no informaste de tu encuentro con el vigilante —señaló a Ernesto Sala.

—Vete a la mierda —dije amablemente.

Y conseguí respirar bien profundo una vez en la calle. Tal vez tenía razón la psicóloga y me convenía hablar con claridad para descargar tensiones. El comandante Ortiz de Gárate me ofreció un cigarrillo y lo acepté. Al fin y al cabo, estaba haciendo su trabajo, como siempre habíamos hecho. Unas veces mejor y otras peor.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me dijo.

—No lo sé. Supongo que Márquez espera mi dimisión.

—Cuando quieras, podemos hablar.

—Sí, tal vez podríamos hablar de un cierto nigeriano y del alférez Marín, ¿no te parece?

—Tú sabrás.

—Da recuerdos a Marín. Dile que le tengo presente en mis oraciones.

Germán Ortiz de Gárate lanzó el cigarrillo al suelo, lo pisó con la misma precisión que me había pisoteado. Le di la espalda y eché a andar Vía Layetana abajo, en dirección al mar.

27

En el despacho de Márquez hacía calor. Leyó mi carta de dimisión, atentamente, mientras fumaba en silencio, y aunque no me invitó a sentarme percibí, en cierto modo, algo de respeto en su actitud. Cuando terminó de leerla, se echó atrás en el sillón y me miró a los ojos sin pestañear.

—Sabe que me jubilo dentro de un mes, ¿no?

—Lo sé.

—Me sustituirá González Noblejas. Un buen policía. Viene de Burgos y tiene mucha experiencia.

—Pensé que le sucedería Franco —dije en un alarde de imprudencia.

—Eso no es de su incumbencia —respondió rápido—. Y a pesar de su incontinencia verbal, vamos a hacer una cosa. Esta carta se va a quedar aquí —abrió un cajón de su escritorio y la echó dentro—, junto con algunos asuntos pendientes que resolveré antes de irme. O puede que se lo deje al nuevo comisario jefe. De momento seguirá usted en sus funciones, luego mi sucesor verá qué hacer con usted. Ahora quiero que ayude al inspector Muñoz en el caso del asesino del machete.

—Sí, jefe, se lo agradezco...

—No me dé las gracias. Lamento lo ocurrido —añadió—. Pero no puedo hacer más. Tal vez mi sucesor piense que no hay para tanto y vuelva usted a sus funciones.

No esperaba menos de él, incluso no tenía por qué decirme que lamentaba nada. Como Ortiz de Gárate, Márquez había hecho lo que tenía que hacer, aunque fuera una injusticia y dos buenos muchachos quedaran enterrados en el olvido.

Junto a la noticia de la desaparición del sumario del asunto de la calle Capitán Arenas, el periódico que ojeaba Muñoz traía también unas líneas sobre la investigación policial en torno a la muerte de «un personaje italiano buscado por la Interpol». Cuando entré en la sala de detectives, mi compañero me mostró *La Vanguardia* con el artículo donde pude leer que se había «activado» la búsqueda del asesino del italiano.

—Nos vamos —dijo Muñoz dejando el periódico sobre la mesa—. ¿Te suena de algo Miguel Jacinto?

Aquello sí fue una auténtica sorpresa y Muñoz lo debió notar.

—¿No tienes nada que contarme?

—Solo mis paranoias. ¿Quién es Miguel Jacinto?

—Había huellas. No en la casa de Tomasso o en el machete, como buscábamos, sino en casa

de la Francesa. Bastús es muy bueno. No hay gran cosa del tal Jacinto, guineano, lo fichó la Brigada en Madrid y pasó por Carabanchel, pero el juez ordenó su puesta en libertad y se volatilizó.

Me enseñó una foto. Mala, en blanco y negro, recibida por fax. Mulato, no más de treinta años y unos ojos redondos y duros que miraban desafiantes a la cámara. Me quedé petrificado aunque en el fondo aquello iba más allá de la sorpresa. Era el mismo hombre, unos años más tal vez, menos elegante, pero desde la foto Charles Onkoro me miraba con los mismos ojos malvados.

—¿Qué pasa? —inquirió Muñoz—. ¿Lo conoces?

—No. Ni idea —mentí.

—De acuerdo. Pues ahora nos vamos.

—¿Adónde?

—Me aseguran que está en Barcelona. Tengo una dirección. Ya he enviado a un coche patrulla.

La Vía Layetana presentaba el aspecto de un lunes cualquiera. Locales recién abiertos, tráfico de coches y de personas, temperatura que ya anunciaba el verano. Nos metimos en mi coche y arranqué siguiendo después las instrucciones de Muñoz. Enfilamos calle abajo y tomamos el paseo de Colón en dirección al parque de la Ciudadela.

El edificio donde presuntamente vivía el tal Charles Onkoro, alias Miguel Jacinto, en el barrio de la Barceloneta, debía tener doscientos años al menos a juzgar por la fachada, que parecía caerse de puro vieja. Un agente de uniforme del 091 nos esperaba en la esquina más alejada y nos informó de lo que los vecinos de la calle habían contado.

—Nadie parece conocerlo, inspectores. El bloque tiene dos viviendas y la de la planta baja está deshabitada. En la superior dicen que vive una joven. Está ahí ahora.

—Está bien. Quédate en el coche y que no se te vea.

Muñoz subía con cierto esfuerzo una escalera empinada y mal conservada. El último piso tenía solo una puerta y pegué la oreja a ella. Se oía algo de música y Muñoz la golpeó con la mano, prescindiendo del timbre.

—¡Policía, abra!

En una situación como aquella suele suceder que en el interior del apartamento en cuestión se produce algo así como un revuelo, aunque depende casi siempre del nivel de culpa que sienta el ocupante. Oímos cómo una mano nerviosa quitaba la aguja del tocadiscos rayando el vinilo. Luego la inquilina tropezaba con algo en el suelo.

Echamos manos de las pistolas porque cabía la posibilidad de que nuestro hombre estuviera dentro. Muñoz repitió: «¡Policía, abra!». Me retiré un poco hacia atrás y encañoné la puerta mientras se abría lentamente. En esas circunstancias es cuando los nervios deben estar más templados para no cometer una estupidez. Lo primero que vimos fue una mano femenina que movía la hoja de madera, tan antigua como la fachada, y luego la cara de una joven, pálida y con los labios apretados.

—Hola, Vanessa —dijo Muñoz.

El piso delataba que tenía una ocupante femenina. Olía bien, estaba limpio y había cuadros bucólicos en las paredes, cortinas y hasta una alfombra delante del sofá. La pequeña cocina parecía algo más desordenada, pero aceptable, y la cama lucía pulcramente hecha. En el armario y en los cajones solo había ropa y objetos femeninos.

Muñoz había hecho que Vanessa se sentara en el pequeño sofá, apenas para dos personas, y

estaba tratando de tranquilizarla. Lo escuché mientras yo inspeccionaba el cuarto de baño. La gente busca siempre lugares más o menos insólitos para lo que no quiere ser encontrado, y detrás de la taza del váter había un envoltorio, una caja de galletas metálica, y en su interior lo que podríamos calificar del equipo del heroinómano: jeringuilla, cucharilla y una tira de goma de las usadas por los practicantes.

—Mira esto —dije mostrándoselo.

No me cuadraba que un individuo reclutado por Marín se inyectara heroína. Vanessa se echó a llorar. Muñoz le tomó los brazos y observó las huellas de los pinchazos. Yo no era consciente de habérselas visto antes, pero probablemente Muñoz ya se había fijado en casa de la Francesa.

—Dime, ¿dónde está tu amigo?

—No lo sé, don Florencio —negó ella con la cabeza—. Se fue esta mañana y no sé dónde ha ido, le juro que no lo sé.

—¿Y qué es lo que sabes? —le pregunté.

Me miró, tal vez más asustada que frente a Muñoz. Los dejé mientras terminaba de revisar el apartamento. Registré el escritorio, pero estaba seguro de que Charles Onkoro, alias Miguel Jacinto, no era nada descuidado. Más bien lo veía como un fantasma, una sombra que había salido de la selva y se había materializado a cinco mil kilómetros. No encontré gran cosa: papel de cartas en blanco, una revista atrasada y una foto de Vanessa, más joven, con una pareja de cierta edad. Pero había algo más: una guía de Barcelona. Le eché una ojeada y descubrí algo que hizo saltar mis alarmas. La tomé y le enseñé a Muñoz la página que tenía doblada una esquina.

—Es el barrio de la juez Esteller —dije.

—Será mejor que te acerques —asintió Muñoz—, yo llevaré a nuestra amiga a la Jefatura.

Todo dentro de mí se removía entre la alarma y el odio. Alarma por lo que individuos como Onkoro o Marín podían estar maquinando, y odio al pensar que Charles Onkoro estaba en el origen de todas mis pesadillas.

Conduje con calma hasta el barrio alto y me detuve ante la mansión de cuatro plantas rodeada de una verja. Las luces estaban encendidas y me pareció ver a alguien, así que salí del coche, me acerqué hasta la cabina telefónica y llamé. Era su voz la que respondió.

—No, nada, estoy trabajando —dijo—, Juan y la niña están fuera.

Colgué, volví al coche y lo primero que hice fue revisar mi Astra de 9 milímetros y asegurarme de que el cargador estaba lleno y había una bala en la recámara. Luego me dispuse a pasar la noche frente a la casa de su señoría, la jueza Marta Esteller.

En el interior de un coche las horas pasan mucho más despacio que en cualquier otro sitio. Es un hecho comprobado. Se pueden hacer muy pocas cosas, fumar o comer un bocado, pero no hay que apartar la vista del objetivo porque un descuido de unos segundos basta para perder lo que has ido a buscar.

Las horas se desgranaron con lentitud y nada me aseguraba que Onkoro iba a aparecer. Podía pasar cualquier cosa, que ya estuviera sobre aviso y hubiera huido, que hubiera cambiado de refugio o que ya lo hubiera alcanzado el destino y se estuviera enfriando en una cuneta.

Comprobé por la radio que Muñoz ya había llegado a la Jefatura y encendí el enésimo cigarrillo de la noche. Las luces de la casa de Ferreras se habían apagado y la única farola de la calle iluminaba un amplio espacio frente al edificio.

Al fondo de la calle apareció una pareja, salida de alguno de los coches aparcados, y los vi

arrumbarse contra la pared aunque se separaron enseguida y se enzarzaron en una discusión que terminó cuando ella levantó las manos, dijo algo en voz alta y se alejó después sin volverse para mirar. El hombre se encogió de hombros y anduvo en sentido contrario hacia donde yo estaba dentro del 1430. Era un chico muy joven, tal vez demasiado joven para asimilar una negativa. Eso era algo que yo tenía muy asumido. Podía haber sido algo lo de mi relación con Marta Esteller, pero estaba seguro de que yo mismo no le había puesto nunca demasiada fe. «No eres hombre de fidelidades», me dije.

Una vez más me asaltó la sensación de pasar página. La jueza Esteller, Teresa Cunit, Gloria, el recuerdo de Guinea. Empecé a pensar que tal vez mi psicóloga tendría razón y contar el horror vivido podía serme útil. Librarme de las pesadillas. No había nada más importante para mí. Me dio un escalofrío al recordar aquella frase: «Quiere tu alma», pero el mal había tomado la forma de Miguel Jacinto, no de un hechicero yoruba que ya solo existía en mi imaginación. Lo que sí era real, absolutamente real, era la persona de Charles Onkoro, uno de los asesinos del machete, y el recuerdo y el odio se iban haciendo cada vez más grandes, impregnándolo todo.

Me sacaron de mis ensoñaciones unos golpecitos en el cristal que casi me hicieron dar un salto. Allí estaba Planas con su aspecto de universitario de buena familia y su expresión inocente.

—¡Joder, Planas! Otro día te pegaré un tiro.

—Me ha mandado Franco a relevarte. Quiere que vuelvas a la Jefatura.

—¿Qué?

—Eso. Que vuelvas.

—De eso nada —dije más convencido que nunca de que mi puesto estaba allí.

Planas no dijo nada, tal vez era así de inocente o tal vez no. Se sentó a mi lado en el coche y solo añadió:

—Pues yo no vuelvo a decírselo a Franco.

El reloj marcaba las dos de la mañana. Jacinto no había aparecido. Le indiqué a Planas cuál era exactamente la casa que debíamos vigilar y luego nos quedamos un rato en silencio.

—¿Conocías a Vanessa? —le pregunté.

—Sí, claro. Todos la conocemos. Está hecha un flan. No sé en qué lío se ha metido pero lo tiene jodido.

—¿Quién la interroga? —pregunté.

—Iglesias y Muñoz. Se van turnando con Velasco. Ha confesado que ella le abrió la puerta a Jacinto para que entrara en casa de la Francesa, pero que pensaba que solo iba a asustarla.

—A lo mejor no es tan tonta como quiere hacernos creer. ¿Qué más ha dicho?

—No he oído más, pero he visto el informe de Madrid. Parece que se conocían de antes. Ella es de Madrid y él le proporcionaba la....

Calló de improviso y me señaló frente a nosotros. A la altura del primer piso de la mansión algo se había movido, una luz parpadeante.

—¿Eso era una vela? —dijo Planas.

—Quédate aquí —respondí al tiempo que bajaba del coche.

Me deslicé, con cuidado, hacia la esquina a mi derecha. La fachada lateral daba a un callejón oscuro y registré las ventanas del piso bajo. No parecía que estuvieran abiertas, pero un buen profesional sabe que se cierran al entrar. Volví a la parte delantera.

Planas había salido del coche y permanecía junto a él. Se encogió de hombros y me hizo señas

de que no había visto a nadie. ¿Dónde había ido a parar la sombra? Me acerqué hasta la entrada principal y llamé al timbre. Marta Esteller estaba dentro, así que aunque tuviera el sueño muy duro tenía que oír el insistente timbrazo. No tenía motivos para entrar por las bravas, no sin una orden o con la sospecha de que se cometía un delito. No habíamos visto entrar a nadie ni nadie nos pedía auxilio desde dentro. Todo eso pensé en un instante mientras tomaba una decisión.

La puerta era sólida y con una cerradura de seguridad, así que eché mano de la pistola y me fui rápidamente hacia la parte de atrás. No tenía ni idea de si habría una entrada posterior o no, pero parecía que me movía más por un sexto sentido que guiado por la lógica. Y sí, había una entrada trasera y estaba abierta. Maldije mi estupidez. Era una puerta secundaria a la del garaje, que permanecía cerrado. A lo lejos oí la sirena de un coche patrulla.

Dentro del garaje, envuelto en la oscuridad, había un vehículo, vagamente recordado, y todo lo que se supone que puede haber en un garaje amplio. Probé con los interruptores pero no funcionaban las luces, claro. De manual, primero las luces y las comunicaciones. Hubiera apostado cualquier cosa a que tampoco funcionaban los teléfonos. Una escalera interior llevaba a una puerta, también abierta. Sentí una oleada de bilis y mi respiración empezó a hacerse cada vez más pesada. Cerré los ojos un instante y traté de recuperar el control.

Recordé otro lugar y otro tiempo. Santa Isabel, la casa de los Obote, los niños despedazados. Lo reviví como tantas veces y se acentuó la opresión en el pecho. Traté de respirar hondo, atravesé la puerta con cuidado y me detuve un instante para acostumbrarme a la oscuridad. Sentí que me ahogaba y tuve que apoyarme en la pared para recobrar el aliento. Noté algo conocido, una presencia, un recuerdo, algo tenebroso que hacía que me temblara el pulso.

Creí notar un roce frente a mí, al fondo de lo que parecía ser un pasillo con altos techos y puertas a ambos lados. Levanté el arma y recorrí despacio el pasillo. Había una luz al fondo, tenue, oscilante. Me dirigí hacia allí, sin perder de vista el recorrido a ambos lados. Notaba el aire espeso y con un olor... familiar, como de hierba podrida.

Finalmente desemboqué en un salón. La luz era una vela sobre el alféizar de la ventana. A ambos lados había sendas plumas rojas y en el suelo, contra la pared, estaba Marta Esteller.

De lo que pasó entonces solo quedó un recuerdo confuso a base de flases porque casi me era imposible respirar. Una sombra se abalanzó sobre mí, una sombra con los ojos brillantes y crueles; llevaba algo en las manos y luego dos detonaciones, dos disparos seguidos rompieron el silencio e iluminaron por un instante la figura de Charles Onkoro.

Cuando pude recuperar la respiración y la consciencia estaba sentado en la parte de atrás de una ambulancia y a mi lado había un revuelo de agentes de paisano y de uniforme. Las luces de los coches patrulla y de la ambulancia giraban dando al escenario un aspecto extraño, alejando las sombras de la noche. Tenía puesta una mascarilla de oxígeno y a mi lado estaba Muñoz, con las manos en los bolsillos y mirándome como si me estuviera estudiando.

—Ella está bien —dijo—. Va camino del hospital para hacerle un chequeo. Lo tuyo ha sido un ataque de asma de caballo...

—¿Y...? —inquirí quitándome la mascarilla.

—¿Jacinto? Muerto. Planas..., el muy cabrón. Resulta más listo de lo que parecía.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos.

La puerta del despacho del comisario jefe Márquez estaba cerrada, naturalmente, y la secretaria se llevó un dedo a los labios para indicarnos que lo mejor que podíamos hacer era estar callados. Muñoz se acercó a ella y Pilar le dijo por lo bajini que Planas, «el tipo ese de Madrid» y el fiscal Navarro estaban dentro.

No estábamos seguros de que aquello fuera a ninguna parte. Nos quedamos un rato en la antesala hasta que se abrió la puerta y salió el inspector de segunda Jorge Planas. Su semblante serio y tranquilo no decía gran cosa. Nos saludó con una sonrisa, pero de pronto me di cuenta de que el presunto joven inspector, novato y poco eficaz, no era lo que parecía ser. Por un momento, vi dentro a Márquez, Ortiz de Gárate y a Navarro sentados alrededor de la mesa de reuniones, supongo que valorando la situación. En realidad, no había mucho que valorar: un individuo que había dejado sus huellas en el escenario del crimen de la Francesa, al que se le había encontrado en su poder el arma homicida y que había atacado en su propia casa a una jueza, con un arma en la mano, había sido abatido por un inspector en obvio acto de servicio.

Faltaba aclarar por qué el individuo en cuestión atacaba a la jueza. Pero ¿a quién le importaba? Probablemente aquella era la última reunión de Márquez en el ejercicio de su cargo y nadie en su sano juicio iniciaría una investigación a pocos días de su jubilación.

—No te preocupes —dijo Muñoz mirando mi expresión—. Esto se acabó.

Planas me miró cuando pasó a mi lado y me guiñó un ojo, o al menos eso creí ver. Se quedó un momento parado frente a la puerta del ascensor.

—Se acabó —dije—. Supongo que incluso le debo la vida a Planas.

Encendí un cigarrillo mientras miraba al joven inspector entrar en el ascensor. Luego la cabina se cerró y se lo llevó hacia las profundidades.

28

En la madrugada del día 5 de septiembre, un grupo de hombres, vestidos con chándal y pasamontañas, saltaron la valla de la Villa Olímpica de Múnich, donde dormían la mayoría de los atletas participantes en los Juegos Olímpicos. Las pruebas de vela ya hacía días que habían concluido en Kiel: el velero Fortuna, patroneado por el príncipe Juan Carlos de Borbón, no había hecho honor a su nombre y había pasado sin pena ni gloria.

Los hombres que saltaron la valla fueron confundidos con atletas que volvían de una noche de juerga fuera del recinto y trataban de pasar desapercibidos. Se dice que algunos atletas estadounidenses, que sí habían salido de juerga aquella noche, saltaron la valla con ellos e incluso los ayudaron a colarse en las instalaciones. No se fijaron en que los chicos a los que ayudaban llevaban abultadas bolsas de deporte; nadie podía imaginar que en ellas llevaban granadas y armas automáticas.

Se trataba de un grupo de ocho miembros del grupo palestino Septiembre Negro, fedayines entrenados en campos del Líbano y de Siria, a donde habían ido a parar después de las trágicas jornadas de septiembre de 1970 en Ammán, cuando el ejército jordano entró a sangre y fuego en los campamentos palestinos.

Alrededor de las cinco de la madrugada en Múnich, los atletas israelíes, como casi todos los demás, dormían en sus habitaciones, pero algunos de ellos se percataron de que algo iba mal y opusieron resistencia, con el resultado de dos israelíes muertos en los primeros momentos. Ocho supervivientes se ocultaron tratando de pasar desapercibidos y nueve fueron retenidos por los fedayines como rehenes.

Según relataron los periódicos en los días posteriores, el intento de rescate por parte de las fuerzas policiales alemanas fue un auténtico desastre, sin preparación, sin medios adecuados y con agentes sin entrenamiento antiterrorista. En total murieron once atletas israelíes, un policía alemán y cinco de los ocho terroristas.

Aquella misma mañana, poco antes de las nueve, yo retiraba mis escasas pertenencias de mi mesa de trabajo después de que el nuevo comisario jefe, Serafín González Noblejas, me comunicara amablemente que había aceptado mi dimisión y que mi baja del servicio era inmediata.

En la comisaría no se hablaba de otra cosa que del atentado de Múnich, con opiniones enfrentadas entre «los judíos de mierda» y «los moros de mierda», todo muy profesional.

En mi mesa había muy poca cosa que llevarse. Algunos papeles personales, unos bolígrafos, un bloc de notas y un cartón de tabaco sin abrir. Mientras lo metía todo en un portafolio de piel con correas, oía las noticias por la radio y los comentarios, a veces profesionales y a veces

jocosos, de mis ya excompañeros. Muñoz no estaba en su mesa y cuando me dirigía hacia la puerta, Velasco y Bastús se acercaron a darme la mano mientras, desde su mesa, Iglesias me dirigía una de sus sarcásticas sonrisas.

29

Los días siguientes los empleé en papeleos diversos y en instalarme en un pequeño despacho alquilado en el edificio conocido como la Torre Urquinaona. Era un ático de cincuenta metros cuadrados, con solo una estancia y un mínimo cuarto de baño pero con un gran ventanal que ocupaba toda una pared orientada hacia el este. Inmerso en los certificados, los permisos y la dotación de mi nuevo oficio, llegué a dejar de lado mis asuntos más personales.

Desde el ataque de Onkoro a la casa de Marta Esteller no había vuelto a tener noticias de ella. Los trámites de mi separación matrimonial seguían su curso y parecía que hubiera cortado todo lazo de unión con mis antiguos compañeros de la Jefatura, aunque eso sí, estaba convencido de que más pronto que tarde debería reanudar unas relaciones que me serían muy provechosas.

Desde primera hora de la mañana me había remangado, había comprado un bote de pintura blanca y una brocha, y me afanaba en pintar las paredes de mi oficina pero a última hora de la tarde estaba ya un poco saturado. Me di una ducha y salí a la calle, como un pimpollo dispuesto a ver qué me ofrecía el mundo. Todavía no me había hecho notar como detective privado, ni siquiera había colocado el letrero en la puerta, así que no era de esperar que viniera ningún cliente.

En la terraza frente al Club de Jazz me sentí rodeado por la fauna del lugar: traficantes, prostitutas, policías fuera de servicio y *hippies* sin nada que hacer. Había refrescado un poco, a punto de acabar el verano y me había puesto mi traje de faena de detective privado, incluida la corbata. Encendí un cigarrillo y lancé el humo al aire viendo cómo las volutas se enroscaban bajo un cielo turquesa. En el Club de Jazz, una larga cola esperaba para asistir al concierto de Elvin Jones Quartet en un resucitado Jamboree que recuperaba algo de su extinto glamur. Me recosté en la incómoda silla de plástico y eché un vistazo a mi alrededor. No vi a nadie que me llamara la atención, ni ojos en la oscuridad, ni sombras en las esquinas ni fantasmas revoloteando por encima de la plaza. Hasta que de manos a boca apareció Florencio Muñoz en carne, hueso y pipa.

—Vaya —dijo—, creí que te dedicarías a la investigación, no a la contemplación.

—Te invito a un coñac —le dije.

—¿Cómo estás?

—Instalándome. ¿Sabes que la normativa me impide investigar delitos públicos? Lo pone en el BOE.

—¿Y qué vas a investigar, infidelidades? Tendrías que investigarte a ti mismo —rio Muñoz—. En la Jefatura te echamos de menos.

—No me lo creo. ¿Vienes solo a mentirme o te traes algo entre manos?

—Traigo noticias.

Sacó de debajo del brazo *La Vanguardia* abierta por la sección de sucesos. Una nota de apenas diez líneas contaba que el Juzgado de Instrucción había cerrado el caso del delincuente llamado Miguel Jacinto, muerto hacía unos meses en un enfrentamiento con la Policía. No decía nada más y no hablaba para nada de la jueza Esteller. El camarero se acercó diligente y le encargué las dos copas de coñac. Cuando nos lo sirvió, con suficiente rapidez, bebimos como dos viejos camaradas.

—Dice «enfrentamiento». —Hizo Muñoz una pausa para ver mi reacción, supuse.

No dije nada. En cierto modo, no me sorprendía.

—¿Y nadie se pregunta por qué iba a por la juez Esteller?

—Hemos investigado, pero el nombre era falso, claro, y no se ha conseguido averiguar quién demonios era en realidad. Nada de machetes ni paranoias. ¿No dices nada?

Bebí un sorbo del coñac, que sabía a rayos. Yo sí sabía cuál era su verdadero nombre y el alférez Daniel Marín también, pero ninguno de los dos tenía interés en hacerlo salir a la luz.

—¿Qué ha sido de Franco? —pregunté cambiando de tema.

—Franco —sonrió Muñoz—. Muerto Jacinto, nada lo relaciona con los crímenes. Le han dado una patada en el culo y está de inspector en un tugurio, en Melilla.

—Mientras no monte un alzamiento nacional... —dije y Muñoz soltó una carcajada.

Se terminó el coñac y pensé lo que había pensado casi siempre, que era un buen tipo. Dio una calada y me dedicó una socarrona sonrisa:

—¡Ah! Por cierto. Estás hablando con el nuevo jefe de la BIC de Barcelona.

Luego se encasquetó la pipa en la boca y se acomodó mejor en el respaldo de la silla.

Barcelona, verano de 2018